

Boletín Oficial

OBISPADO DE OURENSE

AÑO CLXXIII

Nº6

JUNIO 2010



NUESTRA PORTADA:

AÑO SANTO COMPOSTELANO

Santiago matamoros. Obra de Castro Canseco. Puerta norte de la Catedral de Ourense.

Director: MANUEL EMILIO RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

Redacción, administración y fotocomposición: OBISPADO DE OURENSE - Área Informática

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



Boletín Oficial del Obispado de Ourense (Sede vacante)

Año CLXXIII	Junio 2010	Nº 6
-------------	------------	------

SUMARIO

IGLESIA DIOCESANA

Secretaría General

Carta a los jóvenes de los Obispos de Galicia.....	731
Nombramientos y defunciones.....	736

Vicaría de Pastoral

Programación Pastoral Diocesana para el Curso 2010-2011	738
---	-----

IGLESIA EN ESPAÑA

Conferencia Episcopal Española

Nota de prensa final de la CCXVI Reunión de la Comisión Permanente.....	749
Declaración sobre la exposición de símbolos religiosos cristianos en Europa	751
Memoria anual de actividades de la Iglesia en España (2008)	752

IGLESIA UNIVERSAL

Santo Padre Benedicto XVI

Regina Caeli.....	757
Ángelus	758
Audiencias Generales.....	764
Discursos.....	785
Homilías	828
Viaje Apostólico a Chipre (del 4 al 6 de junio de 2010).....	850

Santa Sede

Intervención del Arzobispo Dominique Mamberti, Secretario para las relaciones con los estados, en la sesión de apertura de la 10ª Semana Social de la Iglesia Católica	876
--	-----

CRÓNICA DIOCESANA

Junio	889
-------------	-----

IGLESIA DIOCESANA

SECRETARÍA GENERAL

Carta a los jóvenes de los Obispos de Galicia *“Como el Apóstol Santiago, amigos del Señor”*

Queridos amigos:

Dos grandes eventos, el Año Santo Compostelano 2010, en el que también peregrinará a Santiago Su Santidad, Benedicto XVI, y la Jornada Mundial de la Juventud de Madrid del año 2011, nos animan a escribiros esta breve carta.

En momentos muy especiales, se generan expectativas y despiertan esperanzas; así sucede en primer lugar con el Año Santo. No sólo por los actos festivos que lo rodean, sino por el acontecimiento extraordinario que el Apóstol vivió y que cambió su destino: el encuentro con Jesucristo, que lo conmovió profundamente y lo hizo capaz de ir en su Nombre hasta el confín de la tierra. Santiago es alguien que trae hasta nosotros esperanzas nuevas y grandes perdones.

Y realmente lo que necesitan nuestros corazones es una novedad. No sólo porque, a veces, estemos viviendo en circunstancias que nos parecen muy negativas, sino porque lo que el mundo nos ofrece, por agradable o interesante que sea, no se corresponde nunca del todo con nuestros deseos y aspiraciones. Nada parece suficiente para definirnos, para explicar lo que cada uno es en lo íntimo; nada es capaz de evitar que al final de cada vivencia quede un cierto sentimiento de insatisfacción, la espera de algo más.

El Apóstol Santiago nos habla por experiencia de algo grande y nuevo, que responde plenamente a lo que espera el corazón; de un amor y una compañía que hace posible estar en el mundo en el modo justo, eliminando toda sensación de inutilidad o de frustración.

Esta buena noticia, que resuena de modo especial en quienes peregrinan este año, es una invitación a un camino de vida, que es además factible y real. Y aunque es un camino personal, que se abre a cada uno, es al mismo tiempo, un camino en compañía y, en el fondo, una amistad. Jesucristo nos aporta la verdad y la alegría invitándonos a una relación profunda, hecha de amor y entrega, la suya en primer lugar.

Nuestra fe es creíble porque tiene la fuerza de la amistad de los que caminan unidos, sin exclusiones ni fronteras, guiados por el verdadero Maestro. Por eso, el camino de Santiago tiene, en su meta una presencia y un abrazo de amigo, que el peregrino da al Apóstol.

En particular, en este Año Santo tendrá lugar una especial Peregrinación y Encuentro de Jóvenes (PEJ 2010) que se celebrará en Compostela del 5 al 8 de agosto, bajo el lema: *“Como el Apóstol Santiago, amigos del Señor”*, y en el que participarán jóvenes de todas partes de España.

Durante los días previos, miles de ellos pasarán por nuestras diócesis dirigiéndose a la tumba de Santiago con el fin de acudir a este gran Encuentro. Sería muy significativo que los jóvenes de Galicia fueran los protagonistas de la acogida de estos peregrinos en las diferentes etapas del camino y, por supuesto, en la organización de la PEJ, y que luego todos pudiéramos participar unidos en los días de la celebración en Santiago.

En el año 2011, la Jornada Mundial de la Juventud nos dará la oportunidad de encontrarnos en Madrid con el Papa, Benedicto XVI, principio y fundamento visible de la unidad de toda la Iglesia; y de descubrir una comunidad inmensa de jóvenes, que supera toda frontera, unidos en libertad y verdad, con el deseo de arraigarse y de construir sobre roca, no sobre mil arenas, siguiendo con fe al Señor Jesús. Será una ocasión única para ver con los propios ojos la presencia del Pueblo joven del Señor en medio del mundo, como gran esperanza para la propia vida.

Durante los días previos al encuentro de Madrid, muchos jóvenes de todo el mundo vendrán a Galicia para conocernos y compartir la fe. Debemos acogerlos en nuestras familias y comunidades. Os animamos a que os pongáis en contacto con vuestra parroquia, a que preguntéis en vuestro centro escolar, a que contactéis con la Delegación de Pastoral de Juventud de vuestra Diócesis. Será una ocasión extraordinaria para todos nosotros, para nuestras parroquias, pueblos y ciudades.

Pocas veces coincidirán en nuestra tierra, en tan breve período de tiempo, tantos acontecimientos significativos: la Peregrinación y Encuentro de Jóvenes (PEJ) este agosto, la visita del Papa a Santiago en noviembre y la Jornada Mundial de la Juventud en Madrid, en verano de 2011. Se trata de una oportunidad especial, providencial, para encontrar y renovar la experiencia de la fe, para experimentar personalmente lo que es la Iglesia.

Queremos pedirnos que toméis estas grandes ocasiones, el Año Santo y la Jornada Mundial, como un don especial del Amor divino a vosotros, los jóvenes. Es el Amor que dio el ser a todas las cosas, el Amor que sostiene y explica la naturaleza y al hombre. Este Amor de Dios, que hemos conocido gracias a Jesucristo, de quien es testigo el apóstol Santiago, fortalecerá vuestras vidas y os hará protagonistas del futuro de nuestra Iglesia y de nuestro mundo.

Miércoles, 16 de junio de 2010

- + *Julián Barrio, Arzobispo de Santiago*
- + *Manuel Sánchez, Obispo de Mondoñedo-Ferrol*
- + *Alfonso Carrasco, Obispo de Lugo*
- + *Luis Quinteiro, Obispo de Tui-Vigo y Administrador Apostólico de Ourense*
- + *José Diéguez, Obispo Emérito de Tui-Vigo*
- + *José Cerviño, Obispo Emérito de Tui-Vigo*

Carta á mocidade dos Bispos de Galicia

“Coma o Apóstolo Santiago, amigos do Señor”

Queridos amigos:

Dous grandes eventos, o Ano Santo Compostelán 2010, no que tamén peregrinará a Santiago a Súa Santidade, Benedito XVI, e a Xornada Mundial da Xuventude de Madrid do ano 2011, anímannos a escribivos esta breve carta.

En momentos moi especiais, xéranse expectativas e espértanse esperanzas; así sucede en primeiro lugar co Ano Santo. Non só polos actos festivos que o rodean, senón polo acontecemento extraordinario que o Apóstolo viviu e que cambiou o seu destino: o encontro con Xesucristo, que o conmoveu profundamente e o fixo capaz de ir no seu Nome ata o confín da terra. Santiago é alguén que trae ata nós esperanzas novas e grandes perdóns.

E realmente o que necesitan os nosos corazóns é unha novidade. Non só porque, ás veces, esteamos a vivir en circunstancias que nos parecen moi negativas, senón porque o que o mundo nos ofrece, por agradable ou interesante que sexa, non se corresponde nunca de todo cos nosos desexos e aspiracións. Nada parece

suficiente para definírnos, para explicar o que cada un é no íntimo; nada é capaz de evitar que ao final de cada vivencia quede certo sentimento de insatisfacción, a espera de algo máis.

O Apóstolo Santiago fálanos por experiencia de algo grande e novo, que responde plenamente ao que espera o corazón; dun amor e unha compañía que fai posible estar no mundo no modo xusto, eliminando toda sensación de inutilidade ou de frustración.

Esta boa noticia, que resoa de modo especial nos que peregrinan este ano, é unha invitación a un camiño de vida, que é ademais factible e real. E aínda que é un camiño persoal, que se abre a cada un, é, ao mesmo, tempo un camiño en compañía e, no fondo, unha amizade. Xesucristo achéganos a verdade e a alegría invitándonos a unha relación profunda, feita de amor e entrega, a súa en primeiro lugar.

A nosa fe é crible porque ten a forza da amizade dos que camiñan unidos, sen exclusións nin fronteiras, guiados polo verdadeiro Mestre. Por iso, o camiño de Santiago ten na súa meta unha presenza e un abrazo de amigo, que o peregrino dá ao Apóstolo.

En particular, neste Ano Santo terá lugar unha especial Peregrinación e Encontro de Mozos (PEJ 2010) que se celebrará en Compostela do 5 ao 8 de agosto, baixo o lema: “Coma o Apóstolo Santiago, amigos do Señor”, e no que participarán mozos de todas partes de España.

Durante os días previos, miles deles pasarán polas nosas dioceses dirixíndose á tumba de Santiago co fin de acudir a este grande Encontro. Sería moi significativo que os mozos de Galicia fosen os protagonistas da acollida destes peregrinos nas diferentes etapas do camiño e, por suposto, na organización da PEJ, e que logo todos puidésemos participar unidos nos días da celebración en Santiago.

No ano 2011, a Xornada Mundial da Xuventude daranos a oportunidade de encontrarnos en Madrid co Papa, Benedito XVI, principio e fundamento visible da unidade de toda a Igrexa; e de descubrir unha comunidade inmensa de mozos, que supera toda fronteira, unidos en liberdade e verdade, co desexo de arraigarse e de construír sobre rocha, non sobre mil areas, seguindo con fe ao Señor Xesús. Será unha ocasión única para ver cos propios ollos a presenza do Pobo xoven do Señor no medio do mundo, como grande esperanza para a propia vida.

Durante os días previos ao encontro de Madrid, moitos mozos de todo o mundo virán a Galicia para coñecernos e compartir a fe. Debemos acollelos nas nosas familias e comunidades. Animámosvos a que vos poñades en contacto coa vosa parroquia, a que preguntedes no voso centro escolar, a que contactedes coa Delegación de Pastoral de Xuventude da vosa Diocese. Será unha ocasión extraordinaria para todos nós, para as nosas parroquias, pobos e cidades.

Poucas veces coincidirán na nosa terra, en tan breve período de tempo, tantos acontecementos significativos: a Peregrinación e Encontro de Mozos (PEJ) este agosto, a visita do Papa a Santiago en novembro e a Xornada Mundial da Xuventude en Madrid, no verán de 2011. Trátase dunha oportunidade especial, providencial, para encontrar e renovar a experiencia da fe, para experimentar persoalmente o que é a Igrexa.

Queremos pedirvos que tomades estas grandes ocasións, o Ano Santo e a Xornada Mundial, como un don especial do Amor divino a vós, os mozos. É o Amor que deu o ser a todas as cousas, o Amor que sostén e explica a natureza e ao home. Este Amor de Deus, que coñecemos grazas a Xesucristo, de quen é testemuña o apóstolo Santiago, fortalecerá as vosas vidas e faravos protagonistas do futuro da nosa Igrexa e do noso mundo.

Mércores, 16 de xuño de 2010

- + *Julián Barrio, Arcebispo de Santiago*
- + *Manuel Sánchez, Bispo de Mondoñedo-Ferrol*
- + *Alfonso Carrasco, Bispo de Lugo*
- + *Luis Quinteiro, Bispo de Tui-Vigo e Administrador Apostólico de Ourense*
- + *José Diéguez, Bispo Emérito de Tui-Vigo*
- + *José Cerviño, Bispo Emérito de Tui-Vigo*

NOMBRAMIENTOS

Con fecha **22 de junio de 2009**, el Sr. Obispo Administrador Apostólico de la Diócesis de Ourense, Monseñor D. Luis Quintero Fiuza, ha tenido a bien realizar los nombramientos del Rvdo. Sr. D. Juan González Nóvoa como Administrador parroquial de San Martín de Lago, del Rvdo. Sr. D. Manuel Carrasco Carrasco como Administrador parroquial de San Pedro Fiz de Navío y del Rvdo. Sr. D. Emilio Outomuro Vázquez como Administrador parroquial de Santa María de Freás de Maside.

DEFUNCIONES

“Como Cristo que, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, así ellos también, liberados de la corrupción, no conocerán ya la muerte y participarán de la resurrección de Cristo, como Cristo participó de nuestra muerte”.

*(De los sermones de S. Atanasio de Antioquía;
Sermón 5, sobre la resurrección de Cristo).*

Oficio de difuntos.

+ Rvdo. Sr. D. Manuel Nóvoa Blanco, (Ex-capellán del CHOU-Piñor). Fallecido el día 1 de junio de 2010 a los 68 años. Había nacido el 24 de abril de 1942 en Villamarín. Fue ordenado sacerdote el 23 de diciembre de 1966, ejerciendo su ministerio en la Diócesis en los siguientes destinos: miembro del equipo pastoral de Santa María la Real de Entrimo desde el 1 de septiembre de 1967 hasta el 30 de julio de 1989, en esta fecha pasó a Capellán del CHOU-Piñor, hasta la fecha de su jubilación por enfermedad. El funeral tuvo lugar el miércoles día 2 de junio en la iglesia parroquial de Santiago de Villamarín.

+ Rvdo. Sr. D. Berardo Sobrino Vila, (Párroco de Sta. M^a de Lamela y Administrador de San Bernardo de Tibiás). Falleció el día 27 de junio de 2010 a los 63 años. Había nacido el 2 de noviembre de 1946 en Santiago de A Rabeda. Fue ordenado presbítero el 26 de julio de 1971, desde ese momento ejerció su ministerio en la Diócesis de Ourense en los siguientes cargos y destinos: Coadjutor de la parroquia de La Asunción de Nuestra Señora de Ourense; párroco de Bon Xesús de Ceboliño, y más tarde párroco de Santa María de Lamela y

administrador de San Bernardo de Tibiás, hasta su fallecimiento. Fue también formador del Seminario Menor de Ourense y Juez del Tribunal eclesiástico. El funeral se celebró el lunes día 28 de en la iglesia parroquial de San Pío X.

VICARÍA DE PASTORAL

Programación Pastoral Diocesana para el Curso 2010-2011

LEMA PARA EL CURSO 2010 - 2011

*“...Edificados en Cristo, firmes en la fe” (Col 2, 7).
Soy Iglesia... Ven y verás.*

OBJETIVO GENERAL CURSO 2010 - 2011

La Iglesia en Ourense, asumiendo el compromiso bautismal, expresa su confianza en los jóvenes y los convoca a ser testigos de Cristo y protagonistas en su misión evangelizadora.

OBJETIVOS ESPECÍFICOS PARA EL CURSO 2010 - 2011 y ACCIONES

OBJETIVO ESPECÍFICO 1º: *Reavivar en la comunidad cristiana la conciencia de que, por el bautismo, todos somos miembros activos y corresponsables en la misión de la Iglesia.*

ACCIONES

1. NIVEL DIOCESANO

- Hacer que la comunidad cristiana tome conciencia de su compromiso bautismal mediante:
 - o Cursillo diocesano sobre la Iglesia, misterio de comunión y misión (Semana de Teología).
 - o Preparación prebautismal de padres y padrinos (acogida, cursillo, celebración,...). Responsable: Delegación de Liturgia y Catequesis.
 - o Preparación a la iniciación cristiana de adultos. Responsable: Delegación de Liturgia y Catequesis.

2. NIVEL ARCIPRESTAL

- Seguir urgiendo el cumplimiento de la normativa diocesana respecto de la Iniciación Cristiana. Responsable: Sr. Arcipreste
- Incorporar seglares a la actividad pastoral del arciprestazgo. Responsable: Sr. Arcipreste.

3. NIVEL PARROQUIAL

- Presentación de la programación pastoral en la parroquia a través de un guión diocesano como marco de la programación parroquial. Responsables: Sr. Cura Párroco y colaboradores.
- Explicar e incidir en homilías dominicales, tiempos fuertes, reuniones de padres,... las exigencias de la condición bautismal. Responsables: Sr. Cura Párroco y equipo de liturgia.
- Crear y promover cauces de participación de los laicos en la parroquia: consejo de pastoral, económico, asamblea parroquial... Responsables: Sr. Cura Párroco y colaboradores.
- Cuidar de manera especial el aspecto vocacional en las catequesis parroquiales. Responsables: Sr. Cura Párroco y Responsable de catequesis.

OBJETIVO ESPECÍFICO 2º: *Proponer a los jóvenes el encuentro con Jesucristo en la Iglesia para que se incorporen a la misión evangelizadora en sus ambientes.*

ACCIONES

1. NIVEL DIOCESANO.

- Potenciar y coordinar todos los movimientos diocesanos que trabajan con jóvenes. Responsables: Delegaciones de Juventud y Apostolado seglar.
- Encuentro diocesano de jóvenes con un trabajo previo (parroquia-arciprestazgo-diócesis) orientada a la JMJ. Responsable: Delegación de Juventud.
- Crear una plataforma de voluntariado donde los jóvenes encuentren espacios para implicarse (Caritas, Manos Unidas, Proyecto Hombre, Residencias, Cárcel,...). Coordinación: la Delegación de Juventud con un equipo en el que estén representadas dichas instituciones.
- Espacio fijo en la revista Comunidad para JMJ.

2. NIVEL ARCIPRESTAL

- Hacer el censo de jóvenes en cada zona o arciprestazgo, al principio de curso. Responsables: Sr. Arcipreste y Responsable de los jóvenes de la zona.
- Convocar un encuentro de jóvenes por zonas o arciprestazgos en el primer trimestre, orientado a la JMJ. Responsables: Sr. Arcipreste y Respon-

sable de los jóvenes de la zona, en coordinación con la Delegación de Juventud.

- Encuentro de confirmandos con el grupo de jóvenes del arciprestazgo, a final de curso. Responsables: Sr. Arcipreste y Responsable de los jóvenes de la zona, en coordinación con la Delegación de Juventud.
- Organizar convivencias, campamentos, retiros y Ejercicios Espirituales. Responsables: Sr. Arcipreste y Responsable de los jóvenes de la zona.

3. NIVEL PARROQUIAL

- Convocar a los jóvenes ya confirmados para invitarlos a participar en los encuentros arciprestales y diocesanos de la JMJ. Responsables: Sr. Cura Párroco y Catequistas.
- Reunión para coordinar parroquia y profesores de religión que trabajen en el ámbito parroquial, en orden a la preparación y participación en la JMJ. Responsables: Sr. Cura Párroco y Responsables de la pastoral con jóvenes.
- Participar en la asamblea diocesana de jóvenes. Responsables: Sr. Cura Párroco y Responsables de la pastoral con jóvenes.
- Utilizar las posibilidades que ofrecen las redes sociales (Facebook, Tuenti, e-mail,...) en la pastoral con jóvenes

OBJETIVO ESPECÍFICO 3º: *Potenciar la formación (capacitación) de los agentes de pastoral (sacerdotes, religiosos, padres, catequistas, profesores, ...) para acoger y acompañar a los jóvenes en su proceso de maduración en la fe.*

ACCIONES

1. NIVEL DIOCESANO

- Orientar la Formación Permanente del clero a tenor de lo expresado en esta programación (Documento Marco de la Comisión Episcopal de Jóvenes). Responsables de la F. Permanente del Clero.
- Cursillo a nivel diocesano para agentes de pastoral y monitores de animación juvenil, como inicio de una escuela de formación de agentes de pastoral con jóvenes. Responsables: Acción Católica de Ourense.

2. NIVEL ARCIPRESTAL

- Animar a los seglares en cada arciprestazgo a participar en los ámbitos de formación diocesana (Cursillos, Escuelas Diocesanas,...). Responsables: Sr. Arcipreste y Responsable de Apostolado Seglar de la zona.
- Proponer por zona o arciprestazgo un sacerdote, religioso o seglar, que sea el responsable de la pastoral con jóvenes. Responsables: los sacerdotes del arciprestazgo.

3. NIVEL PARROQUIAL

- Hacer una súplica permanente por los jóvenes en las diversas celebraciones parroquiales para que descubran su vocación cristiana. Responsables: Sr. Cura Párroco y Delegaciones de Juventud y de Vocaciones.
- Hacer que las familias, "Iglesias Domésticas", tomen conciencia de su compromiso bautismal, aprovechando reuniones con padres, homilías, Escuela de padres, Semana de la Familia,... para motivar y acompañar el proceso de maduración en la fe de sus hijos. Responsables: Sr. Cura Párroco en coordinación con las Delegaciones correspondientes.
- Buscar animadores de jóvenes en la misma parroquia: Responsable: Sr. Cura Párroco.

HACIENDO MEMORIA DE CUATRO AÑOS DE TAREA PASTORAL EN TORNO A LA EUCARISTÍA.

- Un conocimiento más profundo del misterio de la Eucaristía desde sus diversos aspectos.
- Un proceso de reflexión sobre la Iniciación Cristiana y su urgencia para la nueva evangelización.
- La campaña del Domingo: un reto para seguir potenciando el Día del Señor y el compromiso de la Iglesia doméstica en su vivencia.
- La necesidad de promover Caritas y el compromiso con los más desfavorecidos.
- La necesidad de seguir potenciando la Adoración y la Visita al Santísimo.
- Afianzamiento de los Grupos Bíblicos y los encuentros en torno a la Palabra de Dios.
- Se afianza la conciencia de la importancia de la Programación Diocesana de Pastoral.

LEMA PARA O CURSO 2010 - 2011

*“...Edificados en Cristo, firmes na fe” (Col 2, 7)
Son Igrexa... Ven e verás.*

OBXECTIVO XERAL PARA O CURSO CURSO 2010 - 2011

A Igrexa en Ourense, asumindo o compromiso bautismal, expresa a súa confianza nos mozos e convócaos a ser testemuñas de Cristo e protagonistas da súa misión evanxelizadora.

OBXECTIVOS ESPECÍFICOS PARA O CURSO 2010 - 2011

OBXECTIVO ESPECÍFICO 1º: *Reavivar na comunidade cristiá a conciencia de que, polo bautismo, todos somos membros activos e corresponsables na misión da Igrexa.*

ACCIÓNS

1. NIVEL DIOCESÁN

- Facer que a comunidade cristiá tome conciencia do seu compromiso bautismal mediante:
 - o Cursiño diocesano sobre a Igrexa, misterio de comunión e misión (Semana de Teoloxía).
 - o Preparación prebautismal de pais e padriños (acollida, cursiño, celebración,...). Responsable: Delegacións de Liturxia e Catequese.
 - o Preparación á iniciación cristiá de adultos. Responsables: Delegacións de Liturxia e Catequese.

2. NIVEL ARCIPRESTAL

- Seguir urxindo o cumprimento da normativa diocesana respecto da Iniciación Cristiá. Responsable: Sr. Arcipreste.
- Incorporar segres á actividade pastoral do arciprestado. Responsable: Sr. Arcipreste.

3. NIVEL PARROQUIAL

- Presentación da programación pastoral na parroquia a través de un guión diocesano como marco da programación parroquial. Responsables: Sr. Cura Párroco e colaboradores.

- Explicar e incidir en homilías dominicais, tempos fortes, reunións de país,... as esixencias da condición bautismal. Responsables: Sr. Cura Párroco e equipo de liturxia.
- Crear e promover canles de participación dos laicos na parroquia: consello de pastoral, económico, asemblea parroquial... Responsables: Sr. Cura Párroco e colaboradores.
- Coidar de maneira especial o aspecto vocacional nas catequese parroquiais. Responsables: Sr. Cura Párroco e Responsable de catequese.

OBXECTIVO ESPECÍFICO 2º: *Proporlle ós mozos o encontro con Xesucristo na Igrexa para que se incorporen á misión evanxelizadora nos seus ambientes.*

ACCIÓNS:

1. NIVEL DIOCESÁN.

- Potenciar e coordinar tódolos movementos diocesanos que traballan con mozos. Responsables: Delegacións de Mocidade e Apostolado seclar.
- Encontro diocesano de mozos con un traballo previo (parroquia-arciprestado-diocese) orientado á “JMJ”. Responsable: Delegación de Mocidade.
- Crear unha plataforma de voluntariado onde os mozos atopen espazos para implicarse (Caritas, Mans Unidas, Proxecto Home, Residencias, Centro Penitenciario,...). Coordina: Delegación de Mocidade con un equipo no que estean representadas ditas institucións.
- Espacio fixo na revista Comunidade para “JMJ”.

2. NIVEL ARCIPRESTAL

- Facer o censo de mozos en cada zona ou arciprestado, ó principio do curso. Responsables: Sr. Arcipreste e Responsable dos mozos da zona.
- Convocar un encontro de mozos por zonas ou arciprestados no primeiro trimestre, orientado á “JMJ”. Responsables: Sr. Arcipreste e Responsable dos mozos da zona, en coordinación ca Delegación da Mocidade.
- Encontro de confirmandos co grupo de mozos do arciprestado, ó final do curso. Responsables: Sr. Arcipreste e Responsable dos mozos da zona, en coordinación ca Delegación da Mocidade.
- Organizar convivencias, campamentos, retiros e Exercicios Espirituais para a mocidade. Responsables: Sr. Arcipreste e Responsable dos mozos da zona.

3. NIVEL PARROQUIAL

- Convocar ós mozos xa confirmados para invitalos a participar nos encontros arciprestais e diocesanos da “JMJ”. Responsables: Sr. Cura Párroco.
- Reunión para coordinar parroquia e profesores de relixión que traballen no ámbito parroquial, en orden á preparación e participación na “JMJ”. Responsables: Sr. Cura Párroco e Delegación de Mocidade.
- Participar no encontro diocesano de mozos. Responsables: Sr. Cura Párroco e Delegación de Mocidade.
- Utilizar as posibilidades que ofrecen as redes sociais (Facebook, Tuenti, e-mail,...) nesta pastoral da mocidade.

OBXECTIVO ESPECÍFICO 3º: *Potenciar a formación (capacitación) dos axentes de pastoral (sacerdotes, relixiosos, pais, catequistas, profesores,...) para acoller e acompañar ós mozos no seu proceso de maduración na fe.*

ACCIÓNS:

1. NIVEL DIOCESÁN

- Orientar a Formación Permanente do clero a tenor do expresado nesta programación (Documento Marco da Comisión Episcopal da Mocidade). Responsables da Formación Permanente do Clero.
- Cursiño a nivel diocesano para axentes de pastoral e monitores de animación xuvenil, como inicio de unha escola de formación de axentes de pastoral con mozos. Responsable: Acción Católica de Ourense.

2. NIVEL ARCIPRESTAL

- Animar ós segres para que participen nos ámbitos de formación diocesana (Cursiños, Escolas Diocesanas,...). Responsable: o Sr. Arcipreste e Responsable de Apostolado Segrar.
- Proponer por zona ou arciprestado un sacerdote, relixioso ou segregar, que sexa o responsable da pastoral cos mozos. Responsables: os sacerdotes do arciprestado.

3. NIVEL PARROQUIAL

- Rezar nas distintas celebracións parroquiais polos mozos para que descubran a súa vocación cristiá. Responsables: Sr. Cura Párroco e Delegacións da Mocidade e das Vocacións.
- Facer que as familias, “Igrexas Domésticas”, tomen conciencia do seu compromiso bautismal, aproveitando reunións con pais, homilías, Escola de pais, Semana da Familia,... para motivar e acompañar o proceso de maduración na fe dos seus fillos. Responsable: Sr. Cura Párroco en coordinación cas Delegacións correspondentes.
- Buscar animadores de mozos na mesma parroquia: Responsable: Sr. Cura Párroco.

FACENDO MEMORIA DE CATRO ANOS DE TAREFA PASTORAL EN TORNO Á EUCATRISTÍA.

- Un coñecemento máis profundo do misterio da Eucaristía dende os seus diversos aspectos.
- Un proceso de reflexión na Iniciación Cristiá e na súa urxencia para á nova evangelización.
- A campaña do Domingo, un reto a seguir potenciando: o Día do Señor e o compromiso da Igrexa doméstica na súa vivencia.
- A necesidade de promover Caritas e o compromiso cos máis desfavorecidos.
- A necesidade de seguir potenciando a Adoración e a Visita ó Santísimo.
- Afianzamento dos Grupos Bíblicos e os encontros en torno á Palabra de Deus.
- Afíanzase a conciencia da importancia da Programación Diocesana de Pastoral.



IGLESIA EN ESPAÑA

IGLESIA EN ESPAÑA

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Nota de prensa final de la CCXVI Reunión de la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española

Madrid, 22-24 de junio de 2010

La Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española (CEE) ha celebrado su CCXVI reunión durante los días 22 y 23 de junio.

Declaración sobre exposición de símbolos religiosos cristianos en Europa

Ante la inminente resolución de la Corte europea sobre la exposición de símbolos religiosos en las escuelas estatales, los obispos de la Comisión Permanente han aprobado una Declaración en la que destacan “la importancia de la cuestión para las convicciones religiosas de los pueblos y para las tradiciones culturales de Europa”. En el texto, recuerdan que “gracias precisamente al cristianismo, Europa ha sabido afirmar la autonomía de los campos espiritual y temporal y abrirse al principio de la libertad religiosa, respetando tanto los derechos de los creyentes como de los no creyentes”.

La Declaración subraya cómo “la presencia de símbolos religiosos cris-

tianos en los ámbitos públicos, en particular la presencia de la cruz, refleja el sentimiento religioso de los cristianos de todas las confesiones y no pretende excluir a nadie. Al contrario, es expresión de una tradición a la que todos reconocen un gran valor y un gran papel catalizador en el diálogo entre personas de buena voluntad y como sostén para los que sufren y los necesitados, sin distinción de fe, raza o nación”. Además, precisan que “en la cultura y en la tradición religiosa cristianas, la cruz representa la salvación y la libertad de la humanidad. De la cruz surgen el altruismo y la generosidad más acendrados, así como una sincera solidaridad ofrecida a todos, sin imponer nada a nadie”.

Los obispos afirman que “las sociedades de tradición cristiana no deberían oponerse a la exposición pública de sus símbolos religiosos, en particular, en los lugares en los que se educa a los niños. De lo contrario, estas sociedades difícilmente podrán llegar a transmitir a las generaciones futuras su propia identidad y sus valores”. “Sólo en una Europa en la que sean respetada-

das a la vez la libertad religiosa de cada uno y las tradiciones de cada pueblo y nación, podrán desarrollarse relaciones adecuadas entre las religiones y los pueblos, en justicia y en libertad”, concluye la Declaración de la Permanente.

Misiones y enseñanza

La Permanente ha estudiado un documento redactado por la Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias, que preside el Obispo de Jaén, Mons. D. **Ramón del Hoyo López**, titulado “Criterios sobre la cooperación misionera”. El texto pasa a la Asamblea Plenaria del próximo mes de noviembre.

Los obispos también han reflexionado sobre la situación de la enseñanza católica en España, a propósito de un informe presentado por la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, que preside el Obispo de Segorbe-Castellón, Mons. D. **Casimiro López Llorente**.

Calendario de la CEE para el año 2011

La Comisión Permanente ha aprobado el calendario de reuniones de los órganos de la CEE para el año 2011. Las Asambleas Plenarias tendrán lugar del 28 de febrero al 4 de marzo y del 21 al 25 de noviembre. Las reuniones de la Comisión Permanente se celebrarán del 26 al 28 de enero; del 21 al 23 de junio y del 27 al 29 de septiembre.

Como es habitual, las distintas Comisiones Episcopales han informado sobre el cumplimiento del Plan Pastoral. Además, la Comisión Permanente ha revisado los temas económicos y ha efectuado una serie de nombramientos.

Tragedia ferroviaria en Castelldefels (Barcelona)

Tras concluir la Comisión Permanente, se ha tenido conocimiento de la tragedia ferroviaria, ocurrida en la localidad barcelonesa de Castelldefels durante la noche de San Juan, en la que han fallecido al menos 12 personas y otras 14 han resultado heridas. Los obispos quieren expresar su solidaridad con las familias de las víctimas y elevan a Dios oraciones por el eterno descanso de los difuntos y el consuelo de sus familiares y amigos.

Nombramientos

Rvdo. D. Andrés Merino Mateo, sacerdote de la Diócesis de Málaga, como Responsable General Sacerdote del *Movimiento “Misioneros de la Esperanza” (MIES)*.

D. José María Galacho Traverso, laico de la Diócesis de Málaga, como Responsable General Laico del *Movimiento “Misioneros de la Esperanza” (MIES)*.

Rvdo. D. Alfonso López Menéndez, sacerdote de la Archidiócesis de

Oviedo, como Consiliario de la “*Adoración Nocturna Femenina Española*” (ANFE).

D. Eduardo Ibáñez Pulido, laico de la Archidiócesis de Barcelona, como Presidente de la “*Comisión General de Justicia y Paz de España*”.

D. Francisco Javier Alonso Rodríguez, laico de la Archidiócesis de Madrid, como Vicepresidente de la “*Comisión General de Justicia y Paz de España*”.

D^a. Isabel Cuenca Anaya, laica de la Archidiócesis de Sevilla, como Secretaria de la “*Comisión General de Justicia y Paz de España*”.

Declaración sobre la exposición de símbolos religiosos cristianos en Europa

Madrid, 23 de junio de 2010

Junto con otras conferencias episcopales y diversas instancias tanto estatales como sociales de todo el Continente, la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española, reunida cuando se espera una próxima resolución de la Corte europea sobre la exposición de símbolos religiosos en las escuelas estatales, desea subrayar la importancia de la cuestión para las convicciones religiosas de los pueblos y para las tradiciones culturales de Europa.

Gracias precisamente al cristianismo, Europa ha sabido afirmar la autonomía de los campos espiritual y temporal y abrirse al principio de la libertad religiosa, respetando tanto los derechos de los creyentes como de los no creyentes. Esto se ve más claro en nuestros días, cuando otras religiones se difunden entre nosotros al amparo de esa realidad.

La presencia de símbolos religiosos cristianos en los ámbitos públicos, en particular la presencia de la cruz, refleja el sentimiento religioso de los cristianos de todas las confesiones y no pretende excluir a nadie. Al contrario, es expresión de una tradición a la que todos reconocen un gran valor y un gran papel catalizador en el diálogo entre personas de buena voluntad y como sostén para los que sufren y los necesitados, sin distinción de fe, raza o nación.

En la cultura y en la tradición religiosa cristianas, la cruz representa la salvación y la libertad de la humanidad. De la cruz surgen el altruismo y la generosidad más acendrados, así como una sincera solidaridad ofrecida a todos, sin imponer nada a nadie.

En consecuencia, las sociedades de tradición cristiana no deberían oponerse a la exposición pública de sus símbolos religiosos, en particular, en los lugares en los que se educa a los ni-

ños. De lo contrario, estas sociedades difícilmente podrán llegar a transmitir a las generaciones futuras su propia identidad y sus valores. Se convertirían en sociedades contradictorias que rechazan la herencia espiritual y cultural en la que hunden sus raíces y se cierran el camino del futuro. Ponerse en contra de los símbolos de los valores que modelan la historia y la cultura de un pueblo es dejarle indefenso ante otras ofertas culturales, no siempre benéficas, y cegar las fuentes básicas de la ética y del derecho que se han mostrado fecundas en el reconocimiento, la promoción y la tutela de la dignidad de la persona.

El derecho a la libertad religiosa existe y se afirma cada vez más en los

países de Europa. En algunos de ellos se permiten explícitamente otros símbolos religiosos, sea por ley o por su aceptación espontánea. Las iglesias y las comunidades cristianas favorecen el diálogo entre ellas y con otras religiones y actúan como parte integrante de sus respectivas realidades nacionales. En cuanto a los símbolos, existe en Europa una variedad de leyes y una diversa evolución social y jurídica positiva que debe ser respetada en el marco de una justa relación entre los Estados y las Instituciones europeas. Sólo en una Europa en la que sean respetadas a la vez la libertad religiosa de cada uno y las tradiciones de cada pueblo y nación, podrán desarrollarse relaciones adecuadas entre las religiones y los pueblos, en justicia y en libertad.

Memoria anual de actividades de la Iglesia en España (2008)

La actividad de la Iglesia supone un ahorro de miles de millones de euros para las arcas públicas

Los centros asistenciales católicos atendieron durante 2008 a casi 3 millones de personas. Los sacerdotes y agentes de pastoral dedicaron más de 45 millones de horas a los demás. Las aportaciones voluntarias de los fieles son la fuente principal de sostenimiento de diócesis y parroquias.

La Conferencia Episcopal Española (CEE) hace pública, un año más, la

Memoria de Actividades correspondiente, en este caso, al ejercicio 2008. Esta Memoria, que ya se entregaba a la Dirección General de Asuntos Religiosos, en los últimos años se viene presentando de forma más completa y mejorada, tras el compromiso adquirido con motivo del nuevo modelo de asignación tributaria.

En la Memoria, se detallan el reparto del Fondo Común Interdiocesano y las diferentes actividades de la Iglesia católica en nuestro país. Su contenido

ilustra la gran labor que la Iglesia desarrolla, justifica el empleo de los recursos obtenidos mediante las libres aportaciones de los contribuyentes y presenta como conclusión que, aunque valorar en términos económicos la aportación que realiza la Iglesia a la sociedad, es una misión compleja, se puede afirmar que la actividad desplegada, en el ámbito pastoral, educativo, cultural y asistencial, supone un ahorro de miles de decenas de millones de euros para las arcas públicas.

El estudio de la Vicesecretaría para Asuntos Económicos de la CEE, elaborado por la RED GÉNESIS y el G.I.S.I.C (Grupo de Investigación para el Sosténimiento de la Iglesia Católica), recoge datos suministrados por las 69 diócesis españolas.

Entre la información que se aporta, destacan las más de 45 millones de horas de dedicación a los demás por parte de los sacerdotes y agentes de pastoral. El coste que tendrían las actividades ofrecidas por la Iglesia, si hubieran de ser contratadas en el mercado, supondría un importe de 1860 millones de euros. Esto indica que la gratuidad de los recursos y la eficiencia de su uso, supone que cada euro que se invierte en la Iglesia rinde como más de dos veces y media (2,73%) en su servicio equivalente en el mercado.

La inmensa actividad caritativa y asistencial de las instituciones de la Iglesia es consecuencia directa del anuncio y

la vivencia de la fe, por lo que no puede disociarse de la actividad pastoral. Los 4.459 centros asistenciales de la Iglesia, con un total de 2.764.719 personas asistidas, son la expresión más visible de la Cáritas cristiana, como reflejo del amor de Dios al hombre. Según señalan organizaciones, como Manos Unidas y Cáritas, a pesar de la crisis, la colaboración generosa de la sociedad sigue aumentando. En Caritas, por ejemplo, en 2009 se produjo un aumento de socios y donantes de un 12,69% con respecto al año anterior.

En el ámbito educativo, 1.370.151 alumnos están escolarizados en centros de titularidad católica. Los centros católicos concertados, además de transmitir a los jóvenes los valores que se derivan del Evangelio, ahorraron en 2008, 4.148 millones de euros a las administraciones públicas. Tal ahorro resulta de la diferencia entre el coste de una plaza en un centro público y el importe asignado al concierto por plaza.

Se ofrecen también algunos datos significativos sobre la actividad de formación teológica y pastoral. En España hay actualmente 1.387 seminaristas y casi 20.000 alumnos se están formando en Universidades y Facultades Eclesiásticas, así como en otros centros superiores de formación.

Con respecto a la actividad evangelizadora en el extranjero, 17.000 misioneros españoles anuncian el Evangelio por todo el mundo y entregan su vida,

de forma generosa, a los que más lo necesitan. El mayor porcentaje, un 73%, está en América Latina.

Por último, se aborda también la actividad cultural, en la que se destaca la gran labor que la Iglesia realiza en el mantenimiento del 33% de los monumentos existentes en nuestro país. Un patrimonio que la Iglesia debe mantener con gran esfuerzo para que toda la sociedad se beneficie de ello. Pensemos, por ejemplo, en todos los recursos indirectos, relacionados en su mayoría con el turismo, que genera el patrimonio de la Iglesia. Se cita, en este Año Santo Compostelano, la relevancia que tiene el Camino de Santiago, a donde, sólo en 2008, llegaron 125.141 peregrinos, de los cuales más del 80 % lo hicieron por motivaciones religiosas.

La Memoria concluye con datos económicos de las diócesis y parroquias. Estos datos revelan que las aportaciones directas de los fieles son su fuente principal de sostenimiento.

XTANTOS que necesitan tanto

Desde 2008, el sostenimiento de la Iglesia depende exclusivamente de los católicos y de todas aquellas personas

que reconocen la labor que la Iglesia realiza. Quienes libremente quieran hacerlo, pueden marcar la casilla de la Iglesia católica en su Declaración de la Renta. Un 0,7 por ciento de sus impuestos se dedicarán así, sin coste adicional para el contribuyente, a la labor de desempeña la Iglesia. Es un sencillo gesto que no cuesta nada y que, sin embargo, como podemos observar en la Memoria que se presenta, rinde mucho. No supone pagar más impuestos, ni que Hacienda le devuelva menos al contribuyente. Además, es compatible con marcar también la casilla de “Otros fines sociales”.

Con el objetivo de animar a marcar la X en la casilla de la Iglesia católica, el Secretariado para el Sostenimiento Económico de la Iglesia ha puesto marcha la Campaña de la Renta 2010. Como en años anteriores, se utiliza la marca XTANTOS en diversos formatos publicitarios para explicar de forma gráfica la labor de la Iglesia y la necesidad de que cada vez más personas se comprometan con ella para que pueda seguir ayudando a tantos que todavía necesitan tanto.

Puede consultarse más información en www.conferenciaepiscopal.es y www.portantos.es.



IGLESIA UNIVERSAL

IGLESIA UNIVERSAL

SANTO PADRE, BENEDICTO XVI

REGINA CAELI

Plaza de San Pedro. Domingo, 23 de mayo de 2010.

Queridos hermanos y hermanas:

Cincuenta días después de la Pascua, celebramos la solemnidad de Pentecostés, en la que recordamos la manifestación del poder del Espíritu Santo, el cual -como viento y como fuego- descendió sobre los Apóstoles reunidos en el Cenáculo y los hizo capaces de predicar con valentía el Evangelio a todas las naciones (cf. *Hch* 2, 1-13). Sin embargo, el misterio de Pentecostés, que justamente nosotros identificamos con ese acontecimiento, verdadero «bautismo» de la Iglesia, no se limita a él. En efecto, la Iglesia vive constantemente de la efusión del Espíritu Santo, sin el cual se quedaría sin fuerzas, como una barca de vela a la que le faltara el viento. Pentecostés se renueva de modo particular en algunos momentos fuertes, tanto en ámbito local como universal, tanto en pequeñas asambleas como en grandes convocatorias. Los concilios, por ejemplo, han tenido sesiones que se han visto gratificadas por efusiones especiales del Espíritu Santo, y entre ellos está ciertamente el concilio ecuménico Vaticano II. Podemos recordar también el célebre encuentro de los

movimientos eclesiales con el venerable Juan Pablo II, aquí en la plaza de San Pedro, precisamente en Pentecostés de 1998. Pero la Iglesia conoce innumerables «pentecostés» que vivifican las comunidades locales: pensemos en las liturgias, especialmente en las que se viven en momentos especiales para la vida de la comunidad, en las cuales se percibe de modo evidente la fuerza de Dios infundiendo en las almas alegría y entusiasmo. Pensemos en las numerosas asambleas de oración, en las cuales los jóvenes sienten claramente la llamada de Dios a enraizar su vida en su amor, incluso consagrándose totalmente a él.

Por lo tanto, no hay Iglesia sin Pentecostés. Y quiero añadir: no hay Pentecostés sin la Virgen María. Así fue al inicio, en el Cenáculo, donde los discípulos «perseveraban en la oración con un mismo espíritu, en compañía de algunas mujeres, de María, la Madre de Jesús, y de sus hermanos», como nos relata el libro de los *Hechos de los Apóstoles* (1, 14). Y así es siempre, en cada lugar y en cada época. Fui testigo de ello nuevamente hace pocos días, en Fátima. En efecto, ¿qué vivió esa inmensa multitud en la explanada del santuario, donde todos éramos

realmente un solo corazón y una sola alma? Era un renovado Pentecostés. En medio de nosotros, estaba María, la Madre de Jesús. Esta es la experiencia típica de los grandes santuarios marianos -Lourdes, Guadalupe, Pompeya, Loreto- o también de los más pequeños: en cualquier lugar donde los cristianos se reúnen en oración con María, el Señor dona su Espíritu.

Queridos amigos, en esta fiesta de Pentecostés, también nosotros queremos estar espiritualmente unidos a la Madre de Cristo y de la Iglesia invocando con fe una renovada efusión del divino Paráclito. La invocamos por toda la Iglesia, y de modo particular en este Año sacerdotal por todos los ministros del Evangelio, a fin de que el mensaje de la salvación se anuncie a todas las naciones.

ÁNGELUS

Plaza de San Pedro. Domingo, 30 de mayo de 2010

Queridos hermanos y hermanas:

Después del tiempo pascual, que concluyó el domingo pasado con Pentecostés, la liturgia ha vuelto al «tiempo ordinario». Pero esto no quiere decir que el compromiso de los cristianos deba disminuir; al contrario, al haber entrado en la vida divina mediante los sacramentos, estamos llamados diariamente a abrirnos a la acción de la gracia divina, para progresar en el amor a Dios y al prójimo. La solemnidad de hoy, domingo de la Santísima Trinidad, en cierto sentido recapitula la revelación de Dios acontecida en los misterios pascales: muerte y resurrección de Cristo, su ascensión a la derecha del Padre y efusión del Espíritu Santo. La mente y el lenguaje humanos son inadecuados para explicar la relación que

existe entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y, sin embargo, los Padres de la Iglesia trataron de ilustrar el misterio de Dios uno y trino viviéndolo en su propia existencia con profunda fe.

La Trinidad divina, en efecto, pone su morada en nosotros el día del Bautismo: «Yo te bautizo -dice el ministro- en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo». El nombre de Dios, en el cual fuimos bautizados, lo recordamos cada vez que nos santiguamos. El teólogo Romano Guardini, a propósito del signo de la cruz, afirma: «Lo hacemos antes de la oración, para que... nos ponga espiritualmente en orden; concentre en Dios pensamientos, corazón y voluntad; después de la oración, para que permanezca en nosotros lo que Dios nos ha dado ... Esto abraza todo el ser, cuerpo y alma, ... y todo se convierte en consagrado en el nombre del Dios uno y trino» (*Lo spi-*

rito della liturgia. I santi segni, Brescia 2000, pp. 125-126).

Por tanto, en el signo de la cruz y en el nombre del Dios vivo está contenido el anuncio que genera la fe e inspira la oración. Y, al igual que en el Evangelio Jesús promete a los Apóstoles que «cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa» (*Jn 16, 13*), así sucede en la liturgia dominical, cuando los sacerdotes dispensan, cada semana, el pan de la Palabra y de la Eucaristía. También el santo cura de Ars lo recordaba a sus fieles: «¿Quién ha recibido vuestra alma -decía- recién nacidos? El sacerdote. ¿Quién la alimenta para que pueda terminar su peregrinación? El sacerdote. ¿Quién la preparará para comparecer ante Dios, lavándola por última vez en la sangre de Jesucristo? ... Siempre el sacerdote» (*Carta de convocatoria del Año sacerdotal*).

Queridos amigos, hagamos nuestra la oración de san Hilario de Poitiers: «Mantén incontaminada esta fe recta que hay en mí y, hasta mi último aliento, dame también esta voz de mi conciencia, a fin de que me mantenga siempre fiel a lo que profesé en mi regeneración, cuando fui bautizado en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo» (*De Trinitate*, XII, 57: CCL 62/a, 627). Invocando a la Virgen María, primera criatura plenamente habitada por la Santísima Trinidad, pidamos su protección para proseguir bien nuestra peregrinación terrena.

Plaza de San Pedro. Domingo, 13 de junio de 2010

Queridos hermanos y hermanas:

En los días pasados ha concluido el Año sacerdotal. Aquí, en Roma, hemos vivido días inolvidables, con la presencia de más de quince mil sacerdotes de todas las partes del mundo. Por eso, hoy deseo dar gracias a Dios por todos los beneficios que este Año ha producido a la Iglesia universal. Nadie podrá medirlos nunca, pero ciertamente ya se ven sus frutos y se verán todavía más.

El Año sacerdotal concluyó en la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, que tradicionalmente es la «jornada de santificación sacerdotal»; esta vez lo ha sido de manera especial. En efecto, queridos amigos, el sacerdote es un don del Corazón de Cristo: un don para la Iglesia y para el mundo. Del Corazón del Hijo de Dios, desbordante de caridad, proceden todos los bienes de la Iglesia y en él tiene su origen de modo especial la vocación de aquellos hombres que, conquistados por el Señor Jesús, lo dejan todo para dedicarse completamente al servicio del pueblo cristiano, siguiendo el ejemplo del Buen Pastor.

El sacerdote es plasmado por la misma caridad de Cristo, por el amor que lo impulsó a dar la vida por sus amigos y también a perdonar a sus enemigos. Por eso los sacerdotes son los primeros obreros de la civilización del amor.

Y en este momento, pienso en numerosos modelos de sacerdotes, conocidos y menos conocidos, algunos elevados al honor de los altares, y en otros cuyo recuerdo permanece indeleble en los fieles, quizá en una pequeña comunidad parroquial. Como sucedió en Ars, la aldea de Francia donde desempeñó su ministerio san Juan María Vianney. No hace falta añadir nada a lo que ya se ha dicho en los meses pasados. Pero su intercesión nos debe seguir acompañando aún más de ahora en adelante. Que su oración, su «Acto de amor», que tantas veces hemos recitado durante este Año sacerdotal, continúe alimentando nuestro coloquio con Dios.

Quiero recordar otro ejemplo: el padre Jerzy Popiełuszko, sacerdote y mártir, que fue proclamado beato precisamente el domingo pasado en Varsovia. Desempeñó su generoso y valiente ministerio junto a quienes se comprometían por la libertad, por la defensa de la vida y de su dignidad. Esta obra al servicio del bien y de la verdad era un signo de contradicción para el régimen que entonces gobernaba en Polonia. El amor del Corazón de Jesús lo llevó a dar la vida, y su testimonio ha sido semilla de una nueva primavera en la Iglesia y en la sociedad. Si analizamos la historia, podemos observar cuántas páginas de auténtica renovación espiritual y social han sido escritas con la contribución decisiva de sacerdotes católicos, movidos sólo por el celo por el Evangelio y

por el hombre, por su auténtica libertad, religiosa y civil. ¡Cuántas iniciativas de promoción humana integral se han puesto en marcha por la intuición de un corazón sacerdotal!

Queridos hermanos y hermanas, encomendemos al Corazón Inmaculado de María, cuya memoria litúrgica celebramos ayer, a todos los sacerdotes del mundo para que, con la fuerza del Evangelio, sigan construyendo en todas partes la civilización del amor.

Plaza de San Pedro. Domingo, 20 de junio de 2010

Queridos hermanos y hermanas:

Esta mañana en la basílica de San Pedro he conferido el orden presbiteral a catorce diáconos de la diócesis de Roma; por eso, comienzo el Ángelus con retraso. El sacramento del Orden manifiesta, de parte de Dios, su solícita cercanía a los hombres y, de parte de quien lo recibe, la plena disponibilidad a convertirse en instrumento de esta cercanía, con un amor radical a Cristo y a la Iglesia. En el Evangelio de este domingo, el Señor pregunta a sus discípulos: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» (*Lc 9, 20*). A esta pregunta el apóstol Pedro responde prontamente: «Tú eres el Cristo de Dios, el Mesías de Dios» (cf. *ib.*), superando así todas las opiniones terrenas que consideraban a Jesús como

uno de los profetas. Según san Ambrosio, con esta profesión de fe, Pedro «abrazó todas las cosas juntas, porque expresó la naturaleza y el nombre» del Mesías (*Exp. in Lucam VI*, 93: CCL 14, 207). Y Jesús, ante esta profesión de fe, renueva a Pedro y a los demás discípulos la invitación a seguirlo por el camino arduo del amor hasta la cruz. También a nosotros, que podemos conocer al Señor mediante la fe en su Palabra y en los sacramentos, Jesús nos propone que lo sigamos cada día y también a nosotros nos recuerda que para ser sus discípulos es necesario adueñarse del poder de su cruz, vértice de nuestros bienes y corona de nuestra esperanza.

San Máximo el Confesor observa que «el signo distintivo del poder de nuestro Señor Jesucristo es la cruz, que él cargó sobre sus hombros» (*Ambiguum 32: PG 91, 1284 C*). De hecho, «decía a todos: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame” (*Lc 9, 23*)». Tomar la cruz significa comprometerse para vencer el pecado que obstaculiza el camino hacia Dios, aceptar diariamente la voluntad del Señor, aumentar la fe sobre todo ante los problemas, las dificultades y el sufrimiento. La santa carmelita Edith Stein nos lo testimonió en un tiempo de persecución. En 1938, escribió lo siguiente desde el Carmelo de Colonia: «Hoy comprendo ... lo que quiere decir ser esposa del Señor en el signo de la cruz, aunque no se

comprenderá nunca totalmente, puesto que es un misterio... Cuanto más densa es la oscuridad a nuestro alrededor, más debemos abrir el corazón a la luz que viene de lo alto». (*La scelta di Dio. Lettere [1917-1942]*, Roma 1973, 132-133). También en la época actual son muchos los cristianos en el mundo que, animados por el amor a Dios, toman cada día la cruz, tanto la de las pruebas cotidianas, como la que procura la barbarie humana, que a veces requiere la valentía del sacrificio extremo. Que el Señor nos conceda a cada uno poner siempre nuestra sólida esperanza en él, con la seguridad de que, al seguirlo llevando nuestra cruz, llegaremos con él a la luz de la Resurrección.

Encomendemos a la protección materna de la Virgen María a los nuevos sacerdotes, ordenados hoy, que se suman a las filas de cuantos el Señor ha llamado por su nombre: que sean siempre discípulos fieles, anunciadores valientes de la Palabra de Dios y administradores de sus dones de salvación.

Plaza de San Pedro. Domingo, 27 de junio de 2010

Queridos hermanos y hermanas:

Las lecturas bíblicas de la santa misa de este domingo me brindan la oportunidad de retomar el tema de la lla-

mada de Cristo y de sus exigencias, tema que traté también hace una semana con ocasión de las ordenaciones de los nuevos presbíteros de la diócesis de Roma. En efecto, quien tiene la suerte de conocer a un joven o una chica que deja su familia de origen, los estudios o el trabajo para consagrarse a Dios, sabe bien de lo que se trata, porque tiene delante un ejemplo vivo de respuesta radical a la vocación divina. Ésta es una de las experiencias más bellas que se hacen en la Iglesia: ver, palpar la acción del Señor en la vida de las personas; experimentar que Dios no es una entidad abstracta, sino una Realidad tan grande y fuerte que llena de modo sobrea-bundante el corazón del hombre, una Persona viva y cercana, que nos ama y pide ser amada.

El evangelista san Lucas nos presenta a Jesús que, mientras va de camino a Jerusalén, se encuentra con algunos hombres, probablemente jóvenes, que prometen seguirlo dondequiera que vaya. Con ellos, se muestra muy exigente, advirtiéndoles que «el Hijo del hombre -es decir él, el Mesías- no tiene donde reclinar su cabeza», es decir, no tiene una morada estable, y que quien elige trabajar con él en el campo de Dios ya no puede dar marcha atrás (cf. *Lc* 9, 57-58.61-62). A otro en cambio Cristo mismo le dice: «Sígueme», pidiéndole un corte radical con los vínculos familiares (cf. *Lc* 9, 59-60). Estas exigencias pueden parecer demasiado duras, pero en realidad expresan la novedad y la prioridad ab-

soluta del reino de Dios, que se hace presente en la Persona misma de Jesucristo. En última instancia, se trata de la radicalidad debida al Amor de Dios, al cual Jesús mismo es el primero en obedecer. Quien renuncia a todo, incluso a sí mismo, para seguir a Jesús, entra en una nueva dimensión de la libertad, que san Pablo define como «caminar según el Espíritu» (cf. *Ga* 5, 16). «Para ser libres nos libertó Cristo» -escribe el Apóstol- y explica que esta nueva forma de libertad que Cristo nos consiguió consiste en estar «los unos al servicio de los otros» (*Ga* 5, 1.13). Libertad y amor coinciden. Por el contrario, obedecer al propio egoísmo conduce a rivalidades y conflictos.

Queridos amigos, está llegando a su fin el mes de junio, caracterizado por la devoción al Sagrado Corazón de Cristo. Precisamente en la fiesta del Sagrado Corazón renovamos con los sacerdotes del mundo entero nuestro compromiso de santificación. Hoy quiero invitar a todos a contemplar el misterio del Corazón divino-humano del Señor Jesús, para beber de la fuente misma del Amor de Dios. Quien fija su mirada en ese Corazón atravesado y siempre abierto por amor a nosotros, siente la verdad de esta invocación: «Sé tú, Señor, mi único bien» (Salmo responsorial), y está dispuesto a dejarlo todo para seguir al Señor. ¡Oh María, que correspondiste sin reservas a la llamada divina, ruega por nosotros!

Plaza de San Pedro. Martes, 29 de junio de 2010

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy la Iglesia de Roma festeja sus santas raíces, celebrando a los apóstoles san Pedro y san Pablo, cuyos restos se conservan en las dos basílicas dedicadas a ellos y que adornan a toda la ciudad, muy querida por los cristianos residentes y peregrinos. La solemnidad comenzó ayer por la tarde con la oración de las Primeras Vísperas en la basílica Ostiense. La liturgia del día vuelve a proponer la profesión de fe de Pedro respecto de Jesús: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (Mt 16, 16). Esta declaración no es fruto de un razonamiento, sino una revelación del Padre al humilde pescador de Galilea, como lo confirma Jesús mismo al decir: «No te lo han revelado ni la carne ni la sangre» (Mt 16, 17). Simón Pedro está tan cerca del Señor que él mismo se convierte en una roca de fe y de amor sobre la que Jesús ha edificado su Iglesia y, como observa san Juan Crisóstomo, «la ha hecho más fuerte que el cielo mismo» (*Hom. In Matthaeum* 54, 2: PG 58,535). De hecho, el Señor concluye diciendo: «Lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos» (Mt 16, 19).

San Pablo, de cuyo nacimiento celebramos recientemente el bimilenario, con la gracia divina difundió el

Evangelio, sembrando la Palabra de verdad y de salvación en medio de los pueblos paganos. Los dos santos patronos de Roma, aun habiendo recibido de Dios carismas diversos y misiones distintas por realizar, ambos son cimientos de la Iglesia *una, santa, católica y apostólica*, «permanentemente abierta a la dinámica misionera y ecuménica, pues ha sido enviada al mundo para anunciar y testimoniar, actualizar y extender el misterio de comunión que la constituye» (Congregación para la doctrina de la fe, *Communio notio*, 28 de mayo de 1992, n. 4: AAS 85 [1993] 840). Por eso, durante la santa misa de esta mañana en la basílica vaticana, entregué a treinta y ocho arzobispos metropolitanos el *palio*, que simboliza tanto la comunión con el Obispo de Roma, como la misión de apacentar con amor el único rebaño de Cristo. En esta solemne ocasión, deseo también dar las gracias de corazón a la delegación del Patriarcado ecuménico, como testimonio del vínculo espiritual entre la Iglesia de Roma y la Iglesia de Constantinopla.

Que el ejemplo de los apóstoles san Pedro y san Pablo ilumine las mentes y encienda en el corazón de los creyentes el santo deseo de cumplir la voluntad de Dios, para que la Iglesia peregrina en la tierra sea siempre fiel a su Señor. Dirijámonos con confianza a la Virgen María, Reina de los apóstoles, que desde el cielo guía y sostiene el camino del pueblo de Dios.

AUDIENCIAS GENERALES

Plaza de San Pedro. Miércoles, 26 de mayo de 2010

Munus regendi

Queridos hermanos y hermanas:

El Año sacerdotal está llegando a su término; por este motivo, en las últimas catequesis, había comenzado a hablar sobre las tareas esenciales del sacerdote, es decir: enseñar, santificar y gobernar. Ya he dedicado dos catequesis a este tema, una al ministerio de la santificación -los sacramentos, sobre todo-, y una al de la enseñanza. Por tanto, me queda hablar hoy sobre la misión del sacerdote de gobernar, de guiar, con la autoridad de Cristo, no con la propia, a la porción del pueblo que Dios le ha encomendado.

¿Cómo comprender en la cultura contemporánea esta dimensión, que implica el concepto de autoridad y tiene origen en el mandato mismo del Señor de apacentar su rebaño? ¿Qué es realmente, para nosotros los cristianos, la autoridad? Las experiencias culturales, políticas e históricas del pasado reciente, sobre todo las dictaduras en Europa del este y del oeste en el siglo XX, han hecho al hombre contemporáneo desconfiado respecto a este concepto. Una desconfianza que, no pocas veces, se manifiesta sosteniendo como necesario el abandono de toda autoridad que no venga exclusivamente de los

hombres y esté sometida a ellos, controlada por ellos. Pero precisamente la mirada sobre los regímenes que en el siglo pasado sembraron terror y muerte recuerda con fuerza que la autoridad, en todo ámbito, cuando se ejerce sin una referencia a lo trascendente, si prescinde de la autoridad suprema, que es Dios mismo, acaba inevitablemente por volverse contra el hombre. Es importante, por tanto, reconocer que la autoridad humana nunca es un fin, sino siempre y sólo un medio, y que necesariamente, en toda época, el fin siempre es la persona, creada por Dios con su propia intangible dignidad y llamada a relacionarse con su creador, en el camino terreno de la existencia y en la vida eterna; es una autoridad ejercida en la responsabilidad delante de Dios, del Creador. Una autoridad entendida así, que tenga como único objetivo servir al verdadero bien de las personas y ser transparencia del único Sumo Bien que es Dios, no sólo no es extraña a los hombres, sino, al contrario, es una ayuda preciosa en el camino hacia la plena realización en Cristo, hacia la salvación.

La Iglesia está llamada y comprometida a ejercer este tipo de autoridad, que es servicio, y no la ejerce a título personal, sino en el nombre de Jesucristo, que recibió del Padre todo poder en el cielo y en la tierra (cf. *Mt* 28, 18). A través de los pastores de la Iglesia, en efecto, Cristo apacienta su

rebaño: es él quien lo guía, lo protege y lo corrige, porque lo ama profundamente. Pero el Señor Jesús, Pastor supremo de nuestras almas, ha querido que el Colegio apostólico, hoy los obispos, en comunión con el Sucesor de Pedro, y los sacerdotes, sus colaboradores más valiosos, participen en esta misión suya de hacerse cargo del pueblo de Dios, de ser educadores en la fe, orientando, animando y sosteniendo a la comunidad cristiana o, como dice el Concilio, «procurando personalmente, o por medio de otros, que cada uno de los fieles sea conducido en el Espíritu Santo a cultivar su propia vocación según el Evangelio, a la caridad sincera y diligente y a la libertad con que Cristo nos liberó» (*Presbyterorum ordinis*, 6). Todo pastor, por tanto, es el medio a través del cual Cristo mismo ama a los hombres: mediante nuestro ministerio -queridos sacerdotes-, a través de nosotros, el Señor llega a las almas, las instruye, las custodia, las guía. San Agustín, en su *Comentario al Evangelio de san Juan*, dice: «Apacentar el rebaño del Señor ha de ser compromiso de amor» (123, 5); ésta es la norma suprema de conducta de los ministros de Dios, un amor incondicional, como el del buen Pastor, lleno de alegría, abierto a todos, atento a los cercanos y solícito por los lejanos (cf. san Agustín, *Sermón* 340, 1; *Sermón* 46, 15), delicado con los más débiles, los pequeños, los sencillos, los pecadores, para manifestar la misericordia infinita de Dios con las tranquilizadoras palabras de la esperanza (cf. *id.*, *Carta* 95, 1).

Aunque esta tarea pastoral esté fundada en el Sacramento, su eficacia no es independiente de la existencia personal del presbítero. Para ser pastor según el corazón de Dios (cf. *Jr* 3, 15) es necesario un profundo arraigo en la viva amistad con Cristo, no sólo de la inteligencia, sino también de la libertad y de la voluntad, una conciencia clara de la identidad recibida en la ordenación sacerdotal, una disponibilidad incondicional a llevar al rebaño encomendado al lugar a donde el Señor quiere y no en la dirección que, aparentemente, parece más conveniente o más fácil. Esto requiere, ante todo, la continua y progresiva disponibilidad a dejar que Cristo mismo gobierne la existencia sacerdotal de los presbíteros. En efecto, nadie es realmente capaz de apacentar el rebaño de Cristo, si no vive una obediencia profunda y real a Cristo y a la Iglesia, y la docilidad del pueblo a sus sacerdotes depende de la docilidad de los sacerdotes a Cristo; por esto, en la base del ministerio pastoral está siempre el encuentro personal y constante con el Señor, el conocimiento profundo de él, el conformar la propia voluntad a la voluntad de Cristo.

En las últimas décadas, se ha utilizado a menudo el adjetivo «pastoral» casi en oposición al concepto de «jerárquico», al igual que, en la misma contraposición, se ha interpretado también la idea de «comunión». Quizá este es el punto en el que puede ser útil una breve observación sobre la palabra «jerarquía», que es la designación tradicional

de la estructura de autoridad sacramental en la Iglesia, ordenada según los tres niveles del sacramento del Orden: episcopado, presbiterado y diaconado. En la opinión pública prevalece, para esta realidad «jerarquía», el elemento de subordinación y el elemento jurídico; por eso, a muchos les parece que la idea de jerarquía está en contraste con la flexibilidad y la vitalidad del sentido pastoral y que también es contraria a la humildad del Evangelio. Pero esto es un sentido mal entendido de la jerarquía, históricamente causado también por abusos de autoridad y por un afán de hacer carrera, que son precisamente eso, abusos, y no derivan del ser mismo de la realidad «jerarquía». La opinión común es que «jerarquía» es siempre algo vinculado al dominio y que, de ese modo, no corresponde al verdadero sentido de la Iglesia, de la unidad en el amor de Cristo. Pero, como he dicho, ésta es una interpretación errónea, que tiene su origen en abusos de la historia, pero no responde al verdadero significado de lo que es la jerarquía. Comencemos con la palabra. Generalmente se dice que el significado de la palabra *jerarquía* sería «dominio sagrado», pero el verdadero significado no es este, es «origen sagrado», es decir: esta autoridad no viene del hombre, sino que tiene origen en lo sagrado, en el Sacramento; por tanto, somete la persona a la vocación, al misterio de Cristo; convierte al individuo en un servidor de Cristo y sólo en cuanto servidor de Cristo este puede gobernar, guiar por Cristo y con Cristo. Por esto, quien entra

en el Orden sagrado del Sacramento, en la «jerarquía», no es un autócrata, sino que entra en un vínculo nuevo de obediencia a Cristo: está vinculado a él en comunión con los demás miembros del Orden sagrado, del sacerdocio. Tampoco el Papa -punto de referencia de todos los demás pastores y de la comunión de la Iglesia- puede hacer lo que quiera; al contrario, el Papa es el custodio de la obediencia a Cristo, a su palabra resumida en la *regula fidei*, en el Credo de la Iglesia, y debe preceder en la obediencia a Cristo y a su Iglesia. Jerarquía implica, por tanto, un triple vínculo: ante todo, el vínculo con Cristo y el orden que el Señor dio a su Iglesia; en segundo lugar, el vínculo con los demás pastores en la única comunión de la Iglesia; y, por último, el vínculo con los fieles encomendados a la persona, en el orden de la Iglesia.

Por consiguiente, se comprende que comunión y jerarquía no son contrarias entre sí, sino que se condicionan. Son una cosa sola (comunión jerárquica). El pastor, por tanto, es pastor guiando y custodiando la grey, y a veces impidiendo que se disperse. Fuera de una visión clara y explícitamente sobrenatural, no es comprensible la tarea de gobernar propia de los sacerdotes. En cambio, sostenida por el verdadero amor por la salvación de cada fiel, es especialmente valiosa y necesaria también en nuestro tiempo. Si el fin es transmitir el anuncio de Cristo y llevar a los hombres al encuentro salvífico con él para que tengan vida, la tarea de guiar se configura

como un servicio vivido en una entrega total para la edificación de la grey en la verdad y en la santidad, a menudo yendo contracorriente y recordando que el mayor debe hacerse como el menor y el superior como el servidor (cf. *Lumen gentium*, 27).

¿De dónde puede sacar hoy un sacerdote la fuerza para el ejercicio del propio ministerio en la plena fidelidad a Cristo y a la Iglesia, con una dedicación total a la grey? Sólo hay una respuesta: en Cristo Señor. El modo de gobernar de Jesús no es el dominio, sino el servicio humilde y amoroso del lavatorio de los pies, y la realeza de Cristo sobre el universo no es un triunfo terreno, sino que alcanza su culmen en el madero de la cruz, que se convierte en juicio para el mundo y punto de referencia para el ejercicio de la autoridad que sea expresión verdadera de la caridad pastoral. Los santos, y entre ellos san Juan María Vianney, han ejercido con amor y entrega la tarea de cuidar la porción del pueblo de Dios que se les ha encomendado, mostrando también que eran hombres fuertes y determinados, con el único objetivo de promover el verdadero bien de las almas, capaces de pagar en persona, hasta el martirio, por permanecer fieles a la verdad y a la justicia del Evangelio.

Queridos sacerdotes, «apacentad la grey de Dios que os está encomendada (...); no por mezquino afán de ganancia, sino de corazón (...) siendo modelos de la grey» (1 P 5, 2-3).

Por tanto, no tengáis miedo de llevar a Cristo a cada uno de los hermanos que él os ha encomendado, seguros de que toda palabra y toda actitud, si vienen de la obediencia a la voluntad de Dios, darán fruto; vivid apreciando las cualidades y reconociendo los límites de la cultura en la que estamos inmersos, con la firme certeza de que el anuncio del Evangelio es el mayor servicio que se puede hacer al hombre. En efecto, en esta vida terrena no hay bien mayor que llevar a los hombres a Dios, despertar la fe, sacar al hombre de la inercia y de la desesperación, dar la esperanza de que Dios está cerca y guía la historia personal y del mundo: en definitiva, éste es el sentido profundo y último de la tarea de gobernar que el Señor nos ha encomendado. Se trata de formar a Cristo en los creyentes, mediante ese proceso de santificación que es conversión de los criterios, de la escala de valores, de las actitudes, para dejar que Cristo viva en cada fiel. San Pablo resume así su acción pastoral: «Hijos míos, por quienes sufro de nuevo dolores de parto, hasta ver a Cristo formado en vosotros» (Ga 4, 19).

Queridos hermanos y hermanas, quiero invitaros a rezar por mí, Sucesor de Pedro, que tengo una tarea específica de gobernar la Iglesia de Cristo, así como por todos vuestros obispos y sacerdotes. Rezad para que sepamos cuidar de todas las ovejas, también de las perdidas, del rebaño que se nos ha confiado. A vosotros, queridos sacerdotes, os dirijo mi cordial invitación a las cele-

braciones conclusivas del Año sacerdotal, los días 9, 10 y 11 del próximo mes de junio, aquí en Roma: meditaremos sobre la conversión y sobre la misión, sobre el don del Espíritu Santo y sobre la relación con María santísima, y renovaremos nuestras promesas sacerdotales, sostenidos por todo el pueblo de Dios. Gracias.

Plaza de San Pedro. Miércoles, 2 de junio de 2010

Santo Tomás de Aquino

Queridos hermanos y hermanas:

Después de algunas catequesis sobre el sacerdocio y mis últimos viajes, volvemos hoy a nuestro tema principal, es decir, a la meditación de algunos grandes pensadores de la Edad Media. Últimamente habíamos visto la gran figura de san Buenaventura, franciscano, y hoy quiero hablar de aquél a quien la Iglesia llama el *Doctor communis*: se trata de santo Tomás de Aquino. Mi venerado predecesor, el Papa Juan Pablo II, en su encíclica *Fides et ratio* recordó que «la Iglesia ha propuesto siempre a santo Tomás como maestro de pensamiento y modelo del modo correcto de hacer teología» (n. 43). No sorprende que, después de san Agustín, entre los escritores eclesíásticos mencionados en el Catecismo de la Iglesia católica, se cite a santo Tomás más que a ningún otro, hasta sesenta y una veces. Tam-

bién se le ha llamado el *Doctor Angelicus*, quizá por sus virtudes, en particular la sublimidad del pensamiento y la pureza de la vida.

Tomás nació entre 1224 y 1225 en el castillo que su familia, noble y rica, poseía en Roccasecca, en los alrededores de Aquino, cerca de la célebre abadía de Montecassino, donde sus padres lo enviaron para que recibiera los primeros elementos de su instrucción. Algunos años más tarde se trasladó a la capital del reino de Sicilia, Nápoles, donde Federico III había fundado una prestigiosa universidad. En ella se enseñaba, sin las limitaciones vigentes en otras partes, el pensamiento del filósofo griego Aristóteles, en quien el joven Tomás fue introducido y cuyo gran valor intuyó inmediatamente. Pero, sobre todo, en aquellos años transcurridos en Nápoles nació su vocación dominica. En efecto, Tomás quedó cautivado por el ideal de la Orden que santo Domingo había fundado pocos años antes. Sin embargo, cuando vistió el hábito dominico, su familia se opuso a esa elección, y se vio obligado a dejar el convento y a pasar algún tiempo con su familia.

En 1245, ya mayor de edad, pudo retomar su camino de respuesta a la llamada de Dios. Fue enviado a París para estudiar teología bajo la dirección de otro santo, Alberto Magno, del que hablé recientemente. Alberto y Tomás entablaron una verdadera y profunda amistad, y aprendieron a estimarse y a

quererse, hasta tal punto que Alberto quiso que su discípulo lo siguiera también a Colonia, donde los superiores de la Orden lo habían enviado a fundar un estudio teológico. En ese tiempo, Tomás entró en contacto con todas las obras de Aristóteles y de sus comentaristas árabes, que Alberto ilustraba y explicaba.

En ese período, la cultura del mundo latino se había visto profundamente estimulada por el encuentro con las obras de Aristóteles, que durante mucho tiempo permanecieron desconocidas. Se trataba de escritos sobre la naturaleza del conocimiento, sobre las ciencias naturales, sobre la metafísica, sobre el alma y sobre la ética, ricas en informaciones e intuiciones que parecían válidas y convincentes. Era una visión completa del mundo desarrollada sin Cristo y antes de Cristo, con la pura razón, y parecía imponerse a la razón como «la» visión misma; por tanto, a los jóvenes les resultaba sumamente atractivo ver y conocer esta filosofía. Muchos acogieron con entusiasmo, más bien, con entusiasmo acrítico, este enorme bagaje del saber antiguo, que parecía poder renovar provechosamente la cultura, abrir totalmente nuevos horizontes. Sin embargo, otros temían que el pensamiento pagano de Aristóteles estuviera en oposición a la fe cristiana, y se negaban a estudiarlo. Se confrontaron dos culturas: la cultura pre-cristiana de Aristóteles, con su racionalidad radical, y la cultura cristiana clásica. Ciertos ambientes se sen-

tían inclinados a rechazar a Aristóteles por la presentación que de ese filósofo habían hecho los comentaristas árabes Avicena y Averroes. De hecho, fueron ellos quienes transmitieron al mundo latino la filosofía aristotélica. Por ejemplo, estos comentaristas habían enseñado que los hombres no disponen de una inteligencia personal, sino que existe un único intelecto universal, una sustancia espiritual común a todos, que actúa en todos como «única»: por tanto, una despersonalización del hombre. Otro punto discutible que transmitieron esos comentaristas árabes era que el mundo es eterno como Dios. Como es comprensible se desencadenaron un sinnúmero de disputas en el mundo universitario y en el eclesiástico. La filosofía aristotélica se iba difundiendo incluso entre la gente sencilla.

Tomás de Aquino, siguiendo la escuela de Alberto Magno, llevó a cabo una operación de fundamental importancia para la historia de la filosofía y de la teología; yo diría para la historia de la cultura: estudió a fondo a Aristóteles y a sus intérpretes, consiguiendo nuevas traducciones latinas de los textos originales en griego. Así ya no se apoyaba únicamente en los comentaristas árabes, sino que podía leer personalmente los textos originales; y comentó gran parte de las obras aristotélicas, distinguiendo en ellas lo que era válido de lo que era dudoso o de lo que se debía rechazar completamente, mostrando la consonancia con los datos de la Revelación cristiana y uti-

lizando amplia y agudamente el pensamiento aristotélico en la exposición de los escritos teológicos que compuso. En definitiva, Tomás de Aquino mostró que entre fe cristiana y razón subsiste una armonía natural. Ésta fue la gran obra de santo Tomás, que en ese momento de enfrentamiento entre dos culturas -un momento en que parecía que la fe debía rendirse ante la razón- mostró que van juntas, que lo que parecía razón incompatible con la fe no era razón, y que lo que se presentaba como fe no era fe, pues se oponía a la verdadera racionalidad; así, creó una nueva síntesis, que ha formado la cultura de los siglos sucesivos.

Por sus excelentes dotes intelectuales, Tomás fue llamado a París como profesor de teología en la cátedra dominicana. Allí comenzó también su producción literaria, que prosiguió hasta la muerte, y que tiene algo de prodigioso: comentarios a la Sagrada Escritura, porque el profesor de teología era sobre todo intérprete de la Escritura; comentarios a los escritos de Aristóteles; obras sistemáticas influyentes, entre las cuales destaca la *Summa Theologiae*; tratados y discursos sobre varios temas. Para la composición de sus escritos, cooperaban con él algunos secretarios, entre los cuales el hermano Reginaldo de Piperno, quien lo siguió fielmente y al cual lo unía una fraterna y sincera amistad, caracterizada por una gran familiaridad y confianza. Ésta es una característica de los santos: cultivan la amistad, porque es una de las manifestaciones más

nobles del corazón humano y tiene en sí algo de divino, como el propio santo Tomás explicó en algunas *quaestiones* de la *Summa Theologiae*, donde escribe: «La caridad es la amistad del hombre principalmente con Dios, y con los seres que pertenecen a Dios» (II, q. 23, a.1).

No permaneció mucho tiempo ni establemente en París. En 1259, participó en el capítulo general de los dominicos en Valenciennes, donde fue miembro de una comisión que estableció el programa de estudios en la Orden. De 1261 a 1265 Tomás estuvo en Orvieto. El Romano, Pontífice Urbano IV, que lo tenía en gran estima, le encargó la composición de los textos litúrgicos para la fiesta del Corpus Christi, que celebraremos mañana, instituida a raíz del milagro eucarístico de Bolsena. Santo Tomás tuvo un alma exquisitamente eucarística. Los bellísimos himnos que la liturgia de la Iglesia canta para celebrar el misterio de la presencia real del Cuerpo y de la Sangre del Señor en la Eucaristía se atribuyen a su fe y a su sabiduría teológica. Desde 1265 hasta 1268, Tomás residió en Roma, donde, probablemente, dirigía un Studium, es decir, una casa de estudios de la Orden, y donde comenzó a escribir su *Summa Theologiae* (cf. Jean-Pierre Torrell, *Tommaso d'Aquino. L'uomo e il teologo*, Casale Monferrato, 1994, pp. 118-184).

En 1269, lo llamaron de nuevo a París para un segundo ciclo de ense-

ñanza. Los estudiantes, como se puede comprender, estaban entusiasmados con sus clases. Uno de sus ex alumnos declaró que era tan grande la multitud de estudiantes que seguía los cursos de Tomás, que a duras penas cabían en las aulas; y añadía, con una anotación personal, que «escucharlo era para él una felicidad profunda». No todos aceptaban la interpretación de Aristóteles que daba Tomás, pero incluso sus adversarios en el campo académico, como Godofredo de Fontaines, por ejemplo, admitían que la doctrina de fray Tomás era superior a otras por utilidad y valor, y servía como correctivo a las de todos los demás doctores. Quizá también por apartarlo de los vivos debates de entonces, sus superiores lo enviaron de nuevo a Nápoles, para que estuviera a disposición del rey Carlos I, que quería reorganizar los estudios universitarios.

Tomás no sólo se dedicó al estudio y a la enseñanza, sino también a la predicación al pueblo. Y el pueblo de buen grado iba a escucharle. Es verdaderamente una gran gracia cuando los teólogos saben hablar con sencillez y fervor a los fieles. El ministerio de la predicación, por otra parte, ayuda a los mismos estudiosos de teología a un sano realismo pastoral, y enriquece su investigación con fuertes estímulos.

Los últimos meses de la vida terrena de Tomás están rodeados por un clima especial, incluso diría misterioso. En diciembre de 1273, llamó a su amigo y secretario Reginaldo para comu-

nicarle la decisión de interrumpir todo trabajo, porque durante la celebración de la misa había comprendido, mediante una revelación sobrenatural, que lo que había escrito hasta entonces era sólo «un montón de paja». Se trata de un episodio misterioso, que nos ayuda a comprender no sólo la humildad personal de Tomás, sino también el hecho de que todo lo que logramos pensar y decir sobre la fe, por más elevado y puro que sea, es superado infinitamente por la grandeza y la belleza de Dios, que se nos revelará plenamente en el Paraíso. Unos meses después, cada vez más absorto en una profunda meditación, Tomás murió mientras estaba de viaje hacia Lyon, a donde se dirigía para participar en el concilio ecuménico convocado por el Papa Gregorio x. Se apagó en la abadía cisterciense de Fossanova, después de haber recibido el viático con sentimientos de gran piedad.

La vida y las enseñanzas de santo Tomás de Aquino se podrían resumir en un episodio transmitido por los antiguos biógrafos. Mientras el Santo, como acostumbraba, oraba ante el crucifijo por la mañana temprano en la capilla de San Nicolás, en Nápoles, Domenico da Caserta, el sacristán de la iglesia, oyó un diálogo. Tomás preguntaba, preocupado, si cuanto había escrito sobre los misterios de la fe cristiana era correcto. Y el Crucifijo respondió: «Tú has hablado bien de mí, Tomás. ¿Cuál será tu recompensa?». Y la respuesta que dio Tomás es la que

también nosotros, amigos y discípulos de Jesús, quisiéramos darle siempre: «¡Nada más que tú, Señor!» (ib., p. 320).

Plaza de San Pedro. Miércoles, 16 de junio de 2010

Santo Tomás de Aquino (2)

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy quiero continuar la presentación de santo Tomás de Aquino, un teólogo de tan gran valor que el estudio de su pensamiento fue explícitamente recomendado por el concilio Vaticano II en dos documentos, el decreto *Optatam totius*, sobre la formación al sacerdocio, y la declaración *Gravissimum educationis*, que trata sobre la educación cristiana. Por lo demás, ya en 1880 el Papa León XIII, gran estimador suyo y promotor de estudios tomistas, declaró a santo Tomás patrono de las escuelas y de las universidades católicas.

El motivo principal de este aprecio no sólo reside en el contenido de su enseñanza, sino también en el método adoptado por él, sobre todo su nueva síntesis y distinción entre filosofía y teología. Los Padres de la Iglesia se confrontaban con diversas filosofías de tipo platónico, en las que se presentaba una visión completa del mundo y de la vida, incluyendo la cuestión de Dios y de la religión. En la confronta-

ción con estas filosofías, ellos mismos habían elaborado una visión completa de la realidad, partiendo de la fe y usando elementos del platonismo, para responder a las cuestiones esenciales de los hombres. Esta visión, basada en la revelación bíblica y elaborada con un platonismo corregido a la luz de la fe, ellos la llamaban «nuestra filosofía». La palabra «filosofía» no era, por tanto, expresión de un sistema puramente racional y, como tal, distinto de la fe, sino que indicaba una visión completa de la realidad, construida a la luz de la fe, pero hecha propia y pensada por la razón; una visión que, ciertamente, iba más allá de las capacidades propias de la razón, pero que, como tal, era también satisfactoria para ella. Para santo Tomás el encuentro con la filosofía precristiana de Aristóteles (que murió hacia el año 322 a.C.) abría una perspectiva nueva. La filosofía aristotélica era, obviamente, una filosofía elaborada sin conocimiento del Antiguo y del Nuevo Testamento, una explicación del mundo sin revelación, por la sola razón. Y esta racionalidad consiguiente era convincente. Así la antigua forma de «nuestra filosofía» de los Padres ya no funcionaba. Era preciso volver a pensar la relación entre filosofía y teología, entre fe y razón. Existía una «filosofía» completa y convincente en sí misma, una racionalidad que precedía a la fe, y luego la «teología», un pensar con la fe y en la fe. La cuestión urgente era ésta: ¿son compatibles el mundo de la racionalidad, la filosofía pensada sin Cristo, y el mundo de la fe? ¿O se

excluyen? No faltaban elementos que afirmaban la incompatibilidad entre los dos mundos, pero santo Tomás estaba firmemente convencido de su compatibilidad; más aún, de que la filosofía elaborada sin conocimiento de Cristo casi esperaba la luz de Jesús para ser completa. Ésta fue la gran «sorpresa» de santo Tomás, que determinó su camino de pensador. Mostrar esta independencia entre filosofía y teología, y al mismo tiempo su relación recíproca, fue la misión histórica del gran maestro. Y así se entiende que, en el siglo XIX, cuando se declaraba fuertemente la incompatibilidad entre razón moderna y fe, el Papa León XIII indicara a santo Tomás como guía en el diálogo entre una y otra. En su trabajo teológico, santo Tomás supone y concreta esta relación entre ambas. La fe consolida, integra e ilumina el patrimonio de verdades que la razón humana adquiere. La confianza que santo Tomás otorga a estos dos instrumentos del conocimiento -la fe y la razón- puede ser reconducida a la convicción de que ambas proceden de una única fuente de toda verdad, el Logos divino, que actúa tanto en el ámbito de la creación como en el de la redención.

Junto con el acuerdo entre razón y fe, se debe reconocer, por otra parte, que ambas se valen de procedimientos cognoscitivos diferentes. La razón acoge una verdad en virtud de su evidencia intrínseca, mediata o inmediata; la fe, en cambio, acepta una verdad basándose en la autoridad de la Palabra de

Dios que se revela. Al principio de su *Summa Theologiae*, escribe santo Tomás: «El orden de las ciencias es doble: algunas proceden de principios conocidos mediante la luz natural de la razón, como las matemáticas, la geometría y similares; otras proceden de principios conocidos mediante una ciencia superior: como la perspectiva procede de principios conocidos mediante la geometría, y la música de principios conocidos mediante las matemáticas. Y de esta forma la sagrada doctrina (es decir, la teología) es ciencia que procede de los principios conocidos a través de la luz de una ciencia superior, es decir, la ciencia de Dios y de los santos» (I, q. 1, a. 2).

Esta distinción garantiza la autonomía tanto de las ciencias humanas, como de las ciencias teológicas, pero no equivale a separación, sino que implica más bien una colaboración recíproca y beneficiosa. De hecho, la fe protege a la razón de toda tentación de desconfianza en sus propias capacidades, la estimula a abrirse a horizontes cada vez más amplios, mantiene viva en ella la búsqueda de los fundamentos y, cuando la propia razón se aplica a la esfera sobrenatural de la relación entre Dios y el hombre, enriquece su trabajo. Según santo Tomás, por ejemplo, la razón humana puede, por supuesto, llegar a la afirmación de la existencia de un solo Dios, pero únicamente la fe, que acoge la Revelación divina, es capaz de llegar al misterio del Amor de Dios uno y trino.

Por otra parte, no sólo la fe ayuda a la razón. También la razón, con sus medios, puede hacer algo importante por la fe, prestándole un triple servicio que santo Tomás resume en el prólogo de su comentario al *De Trinitate* de Boecio: «Demostrar los fundamentos de la fe; explicar mediante semejanzas las verdades de la fe; rechazar las objeciones que se levantan contra la fe» (q. 2, a. 2). Toda la historia de la teología es, en el fondo, el ejercicio de este empeño de la inteligencia, que muestra la inteligibilidad de la fe, su articulación y armonía internas, su racionalidad y su capacidad de promover el bien del hombre. La corrección de los razonamientos teológicos y su significado cognoscitivo real se basan en el valor del lenguaje teológico, que, según santo Tomás, es principalmente un lenguaje analógico. La distancia entre Dios, el Creador, y el ser de sus criaturas es infinita; la desemejanza siempre es más grande que la semejanza (cf. *DS* 806). A pesar de ello, en toda la diferencia entre Creador y criatura existe una analogía entre el ser creado y el ser del Creador, que nos permite hablar con palabras humanas sobre Dios.

Santo Tomás no sólo fundó la doctrina de la analogía en sus argumentaciones exquisitamente filosóficas, sino también en el hecho de que con la Revelación Dios mismo nos ha hablado y, por tanto, nos ha autorizado a hablar de él. Considero importante recordar esta doctrina, que de hecho nos ayuda a superar algunas objeciones del ateísmo

contemporáneo, el cual niega que el lenguaje religioso tenga un significado objetivo, y sostiene en cambio que sólo tiene un valor subjetivo o simplemente emotivo. Esta objeción resulta del hecho de que el pensamiento positivista está convencido de que el hombre no conoce el ser, sino sólo las funciones experimentales de la realidad. Con santo Tomás y con la gran tradición filosófica, nosotros estamos convencidos de que, en realidad, el hombre no sólo conoce las funciones, objeto de las ciencias naturales, sino que conoce algo del ser mismo: por ejemplo, conoce a la persona, al «tú» del otro, y no sólo el aspecto físico y biológico de su ser.

A la luz de esta enseñanza de santo Tomás, la teología afirma que, aun siendo limitado, el lenguaje religioso está dotado de sentido -porque tocamos el ser-, como una flecha que se dirige hacia la realidad que significa. Este acuerdo fundamental entre razón humana y fe cristiana se aprecia en otro principio fundamental del pensamiento del Aquinate: la Gracia divina no anula, sino que supone y perfecciona la naturaleza humana. Esta última, de hecho, incluso después del pecado, no está completamente corrompida, sino herida y debilitada. La Gracia, dada por Dios y comunicada a través del misterio del Verbo encarnado, es un don absolutamente gratuito con el que la naturaleza es curada, potenciada y ayudada a perseguir el deseo innato en el corazón de cada hombre y de cada mujer: la felicidad. Todas las faculta-

des del ser humano son purificadas, transformadas y elevadas por la Gracia divina.

Una importante aplicación de esta relación entre la naturaleza y la Gracia se descubre en la teología moral de santo Tomás de Aquino, que resulta de gran actualidad. En el centro de su enseñanza en este campo pone la ley nueva, que es la ley del Espíritu Santo. Con una mirada profundamente evangélica, insiste en que esta ley es la Gracia del Espíritu Santo dada a todos los que creen en Cristo. A esta Gracia se une la enseñanza escrita y oral de las verdades doctrinales y morales, transmitidas por la Iglesia. Santo Tomás, subrayando el papel fundamental, en la vida moral, de la acción del Espíritu Santo, de la Gracia, de la que brotan las virtudes teologales y morales, hace comprender que todo cristiano puede alcanzar las altas perspectivas del «Sermón de la Montaña» si vive una relación auténtica de fe en Cristo, si se abre a la acción de su Espíritu Santo. Pero -añade el Aquinate- «aunque la gracia es más eficaz que la naturaleza, sin embargo la naturaleza es más esencial para el hombre» (*Summa Theologiae*, I-II, q. 94, a. 6, ad 2), por lo que, en la perspectiva moral cristiana, hay un lugar para la razón, la cual es capaz de discernir la ley moral natural. La razón puede reconocerla considerando lo que se debe hacer y lo que se debe evitar para conseguir esa felicidad que busca cada uno, y que impone también una responsabilidad hacia

los demás, y por tanto, la búsqueda del bien común. En otras palabras, las virtudes del hombre, teologales y morales, están arraigadas en la naturaleza humana. La Gracia divina acompaña, sostiene e impulsa el compromiso ético pero, de por sí, según santo Tomás, todos los hombres, creyentes y no creyentes, están llamados a reconocer las exigencias de la naturaleza humana expresadas en la ley natural y a inspirarse en ella en la formulación de las leyes positivas, es decir, las promulgadas por las autoridades civiles y políticas para regular la convivencia humana.

Cuando se niega la ley natural y la responsabilidad que implica, se abre dramáticamente el camino al relativismo ético en el plano individual y al totalitarismo del Estado en el plano político. La defensa de los derechos universales del hombre y la afirmación del valor absoluto de la dignidad de la persona postulan un fundamento. ¿No es precisamente la ley natural este fundamento, con los valores no negociables que indica? El venerable Juan Pablo II escribió en su encíclica *Evangelium vitae* palabras que siguen siendo de gran actualidad: «Para el futuro de la sociedad y el desarrollo de una sana democracia, urge pues descubrir de nuevo la existencia de valores humanos y morales esenciales y originarios, que derivan de la verdad misma del ser humano y expresan y tutelan la dignidad de la persona. Son valores, por tanto, que ningún individuo, ninguna ma-

yoría y ningún Estado nunca pueden crear, modificar o destruir, sino que deben sólo reconocer, respetar y promover» (n. 71).

En conclusión, santo Tomás nos propone una visión de la razón humana amplia y confiada: amplia porque no se limita a los espacios de la llamada razón empírico-científica, sino que está abierta a todo el ser y por tanto también a las cuestiones fundamentales e irrenunciables del vivir humano; y confiada porque la razón humana, sobre todo si acoge las inspiraciones de la fe cristiana, promueve una civilización que reconoce la dignidad de la persona, la intangibilidad de sus derechos y la obligatoriedad de sus deberes. No sorprende que la doctrina sobre la dignidad de la persona, fundamental para el reconocimiento de la inviolabilidad de los derechos del hombre, haya madurado en ambientes de pensamiento que recogieron la herencia de santo Tomás de Aquino, el cual tenía un concepto altísimo de la criatura humana. La definió, con su lenguaje rigurosamente filosófico, como «lo más perfecto que hay en toda la naturaleza, es decir, un sujeto subsistente en una naturaleza racional» (*Summa Theologiae*, I^a, q. 29, a. 3).

La profundidad del pensamiento de santo Tomás de Aquino brotaba -no lo olvidemos nunca- de su fe viva y de su piedad fervorosa, que expresaba en oraciones inspiradas, como esta en la que pide a Dios: «Concédeme, te rue-

go, una voluntad que te busque, una sabiduría que te encuentre, una vida que te agrade, una perseverancia que te espere con confianza y una confianza que al final llegue a poseerte».

Sala Pablo VI. Miércoles, 23 de junio de 2010

Santo Tomás de Aquino (3)

Queridos hermanos y hermanas:

Quiero completar hoy, con una tercera parte, mis catequesis sobre santo Tomás de Aquino. Incluso más de seiscientos años después de su muerte, podemos aprender mucho de él. Lo recordaba también mi predecesor, el Papa Pablo VI, quien, en un discurso pronunciado en Fossanova el 14 de septiembre de 1974, con ocasión del VII centenario de la muerte de santo Tomás, se preguntaba: «Maestro Tomás, ¿qué lección nos puedes dar?». Y respondía así: «La confianza en la verdad del pensamiento religioso católico, tal como él lo defendió, expuso y abrió a la capacidad cognoscitiva de la mente humana» (*L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 22 de septiembre de 1974, pp. 6-7). Y el mismo día, en Aquino, refiriéndose de nuevo a santo Tomás, afirmaba: «Todos, todos los que somos hijos fieles de la Iglesia podemos y debemos, por lo menos en alguna medida, ser discípulos suyos» (ib., p. 7).

Aprendamos, pues, también nosotros de santo Tomás y de su obra maestra, la *Summa Theologiae*. Aunque quedó incompleta, es una obra monumental: contiene 512 cuestiones y 2669 artículos. Se trata de un razonamiento compacto, cuya aplicación de la inteligencia humana a los misterios de la fe avanza con claridad y profundidad, enlazando preguntas y respuestas, en las que santo Tomás profundiza la enseñanza que viene de la Sagrada Escritura y de los Padres de la Iglesia, sobre todo de san Agustín. En esta reflexión, en el encuentro con verdaderas preguntas de su tiempo, que a menudo son asimismo preguntas nuestras, santo Tomás, utilizando también el método y el pensamiento de los filósofos antiguos, en particular de Aristóteles, llega así a formulaciones precisas, lúcidas y pertinentes de las verdades de fe, donde la verdad es don de la fe, resplandece y se hace accesible para nosotros, para nuestra reflexión. Sin embargo, este esfuerzo de la mente humana -recuerda el Aquinate con su vida misma- siempre está iluminado por la oración, por la luz que viene de lo Alto. Sólo quien vive con Dios y con los misterios puede comprender también lo que esos misterios dicen.

En la *Summa Theologiae*, santo Tomás parte del hecho de que existen tres modos distintos del ser y de la esencia de Dios: Dios existe en sí mismo, es el principio y el fin de todas las cosas; por tanto, todas las criaturas proceden y dependen de él; luego, Dios está pre-

sente a través de su gracia en la vida y en la actividad del cristiano, de los santos; y, por último, Dios está presente de modo totalmente especial en la Persona de Cristo, unido aquí realmente con el hombre Jesús, que actúa en los sacramentos, los cuales derivan de su obra redentora. Por eso, la estructura de esta obra monumental (cf. Jean-Pierre Torrell, *La «Summa» di san Tommaso*, Milán 2003, pp. 29-75), un estudio con «mirada teológica» de la plenitud de Dios (cf. *Summa Theologiae*, I^a, q. 1, a. 7), está articulada en tres partes, y el mismo *Doctor Communis* -santo Tomás- la explica con estas palabras: «El objetivo principal de esta sagrada doctrina es llevar al conocimiento de Dios, y no sólo como ser, sino también como principio y fin de las cosas, especialmente de las criaturas racionales (...). En nuestro intento de exponer dicha doctrina, trataremos lo siguiente: primero, de Dios; segundo, de la marcha del hombre hacia Dios; tercero, de Cristo, el cual, como hombre, es el camino en nuestra marcha hacia Dios» (*ib.*, I^a, q. 2). Es un círculo: Dios en sí mismo, que sale de sí mismo y nos toma de la mano, de modo que con Cristo volvemos a Dios, estamos unidos a Dios, y Dios será todo en todos.

Así pues, la primera parte de la *Summa Theologiae* indaga sobre Dios mismo, sobre el misterio de la Trinidad y sobre la actividad creadora de Dios. En esta parte, encontramos también una profunda reflexión sobre la realidad auténtica del ser humano en cuanto

salido de las manos creadoras de Dios, fruto de su amor. Por una parte, somos un ser creado, dependiente; no venimos de nosotros mismos; pero, por otra, tenemos verdadera autonomía, de modo que no somos sólo algo aparente -como dicen algunos filósofos platónicos-, sino una realidad querida por Dios como tal, y con valor en sí misma.

En la segunda parte, santo Tomás considera al hombre, impulsado por la gracia, en su aspiración a conocer y amar a Dios para ser feliz en el tiempo y en la eternidad. Primeramente, el autor presenta los principios teológicos de la acción moral, estudiando cómo, en la libre elección del hombre de realizar actos buenos, se integran la razón, la voluntad y las pasiones, a las que se añade la fuerza que da la gracia de Dios mediante las virtudes y los dones del Espíritu Santo, al igual que la ayuda que ofrece también la ley moral. Por consiguiente, el ser humano es un ser dinámico, que busca su propia identidad, que busca llegar a ser él mismo y, en este sentido, busca realizar actos que lo construyen, que lo hacen verdaderamente hombre; y aquí entra la ley moral, entra la gracia y también la razón, la voluntad y las pasiones. Sobre este fundamento, santo Tomás traza la fisonomía del hombre que vive según el Espíritu y que se convierte así en un icono de Dios. Aquí el Aquinate se detiene a estudiar las tres virtudes teologales -fe, esperanza y caridad-, seguidas de un examen agudo de más

de cincuenta virtudes morales, organizadas en torno a las cuatro virtudes cardinales: prudencia, justicia, templanza y fortaleza. Y termina con la reflexión sobre las distintas vocaciones en la Iglesia.

En la tercera parte de la *Summa*, santo Tomás estudia el Misterio de Cristo -el camino y la verdad- por medio del cual podemos reunirnos con Dios Padre. En esta sección, escribe páginas casi no superadas sobre el misterio de la Encarnación y de la Pasión de Jesús, añadiendo también una amplia disertación sobre los siete sacramentos, porque en ellos, el Verbo divino encarnado extiende los beneficios de la Encarnación para nuestra salvación, para nuestro camino de fe hacia Dios y la vida eterna, permanece materialmente casi presente con las realidades de la creación, y así nos toca en lo más íntimo.

Hablando de los sacramentos, santo Tomás se detiene de modo particular en el misterio de la Eucaristía, por el cual tuvo una grandísima devoción, hasta tal punto que, según los antiguos biógrafos, solía acercar su cabeza al Sagrario, como para sentir palpitar el Corazón divino y humano de Jesús. En una obra suya de comentario de la Escritura, santo Tomás nos ayuda a comprender la excelencia del sacramento de la Eucaristía, cuando escribe: «Al ser la Eucaristía el sacramento de la Pasión de nuestro Señor, contiene en sí a Jesucristo, que sufrió por nosotros. Por

tanto, todo lo que es efecto de la Pasión de nuestro Señor, es también efecto de este sacramento, puesto que no es otra cosa que la aplicación en nosotros de la Pasión del Señor» (*In Ioannem*, c. 6, lect. 6, n. 963). Comprendemos bien por qué santo Tomás y los demás santos celebraban la santa misa derramando lágrimas de compasión por el Señor, que se ofrece en sacrificio por nosotros, lágrimas de alegría y de gratitud.

Queridos hermanos y hermanas, siguiendo la escuela de los santos, enamórenos de este sacramento. Participemos en la santa misa con recogimiento, para obtener sus frutos espirituales; alimentémonos del Cuerpo y la Sangre del Señor, para ser incesantemente alimentados por la gracia divina. De buen grado, hablemos con frecuencia, de tú a tú, con Cristo en el Santísimo Sacramento.

Lo que santo Tomás ilustró con rigor científico en sus obras teológicas mayores, como la *Summa Theologiae*, o la *Summa contra Gentiles*, lo expuso también en su predicación, dirigida a los estudiantes y a los fieles. En 1273, un año antes de su muerte, durante toda la Cuaresma tuvo predicaciones en la iglesia de Santo Domingo Mayor en Nápoles. El contenido de esos sermones se recogió y conservó: son los *Opuscoli*, en los que explica el Símbolo de los Apóstoles, interpreta la oración del Padre Nuestro, ilustra el Decálogo y comenta el Ave María. El contenido

de la predicación del *Doctor Angelicus* corresponde casi completamente a la estructura del *Catecismo de la Iglesia católica*. En efecto, en la catequesis y en la predicación, en un tiempo como el nuestro de renovado compromiso por la evangelización, nunca deberían faltar estos temas fundamentales: lo que creemos, es decir, el Símbolo de la fe; lo que oramos, o sea, el Padre Nuestro y el Ave María; lo que vivimos como nos enseña la Revelación bíblica, es decir, la ley del amor de Dios y del prójimo y los Diez mandamientos, como explicación de este mandamiento del amor.

Quiero poner algunos ejemplos del contenido, sencillo, esencial y convincente, de las enseñanzas de santo Tomás. En su Opúsculo sobre el Símbolo de los Apóstoles explica el valor de la fe. Por medio de ella, dice, el alma se une a Dios, y se produce como un brote de vida eterna; la vida recibe una orientación segura, y nosotros superamos fácilmente las tentaciones. A quien objeta que la fe es una necedad, porque hace creer en algo que no entra en la experiencia de los sentidos, santo Tomás da una respuesta muy articulada, y recuerda que se trata de una duda inconsistente, porque la inteligencia humana es limitada y no puede conocerlo todo. Sólo en el caso de que pudiéramos conocer perfectamente todas las cosas visibles e invisibles, entonces sería una auténtica necedad aceptar verdades por pura fe. Por lo demás, es imposible vivir -observa santo Tomás-

sin fiarse de la experiencia de los demás, donde el conocimiento personal no llega. Por tanto, es razonable tener fe en Dios que se revela y en el testimonio de los Apóstoles: eran pocos, sencillos y pobres, afligidos a causa de la crucifixión de su Maestro; y aun así, muchas personas sabias, nobles y ricas se convirtieron en poco tiempo al escuchar su predicación. Se trata, en efecto, de un fenómeno históricamente prodigioso, al cual difícilmente se puede dar otra respuesta razonable que no sea la del encuentro de los Apóstoles con el Señor resucitado.

Comentando el artículo del Símbolo sobre la encarnación del Verbo divino, santo Tomás hace algunas consideraciones. Afirma que la fe cristiana, considerando el misterio de la Encarnación, queda reforzada; la esperanza se eleva con más confianza al pensar que el Hijo de Dios vino en medio de nosotros, como uno de nosotros, para comunicar a los hombres su divinidad; la caridad se reaviva, porque no existe signo más evidente del amor de Dios por nosotros, que ver al Creador del universo que se hace él mismo criatura, uno de nosotros. Por último, considerando el misterio de la encarnación de Dios, sentimos que se inflama nuestro deseo de alcanzar a Cristo en la gloria. Haciendo una comparación sencilla y eficaz, santo Tomás observa: «Si el hermano de un rey estuviera lejos, ciertamente anhelaría poder vivir a su lado. Pues bien, Cristo es nuestro hermano: por tanto, debemos desear su compa-

ñía, llegar a ser un solo corazón con él» (*Opuscoli teologico-spirituali*, Roma 1976, p. 64).

Presentando la oración del Padre Nuestro, santo Tomás muestra que es perfecta en sí, pues tiene las cinco características que debería poseer una oración bien hecha: abandono confiado y tranquilo; conveniencia de su contenido, porque -observa santo Tomás- «es muy difícil saber exactamente lo que es oportuno pedir y lo que no, pues nos resulta difícil la selección de los deseos» (*ib.*, p. 120); y, también, orden apropiado de las peticiones, fervor de caridad y sinceridad de la humildad.

Santo Tomás fue, como todos los santos, un gran devoto de la Virgen. La definió con un apelativo estupendo: *Triclinium totius Trinitatis, triclinio*, es decir, lugar donde la Trinidad encuentra su descanso, porque, con motivo de la Encarnación, en ninguna criatura, como en ella, las tres Personas divinas habitan y sienten delicia y alegría por vivir en su alma llena de gracia. Por su intercesión podemos obtener cualquier ayuda.

Con una oración, que tradicionalmente se atribuye a santo Tomás y que, en cualquier caso, refleja los elementos de su profunda devoción mariana, también nosotros digamos: «Oh santísima y dulcísima Virgen María, Madre de Dios..., encomiendo toda mi vida a tu corazón misericordioso...

Alcánzame, oh dulcísima Señora mía, caridad verdadera, con la cual ame con todo mi corazón, sobre todas las cosas, a tu santísimo Hijo y, después de él, a ti, y al prójimo en Dios y por Dios».

Plaza de San Pedro. Miércoles, 30 de junio de 2010

San José Cafasso

Queridos hermanos y hermanas:

Hemos concluido hace poco el Año sacerdotal: un tiempo de gracia que ha dado y dará frutos preciosos a la Iglesia; una oportunidad para recordar en la oración a todos los que han respondido a esta vocación particular. En este camino, nos acompañaron como modelos e intercesores el santo cura de Ars y otras figuras de santos sacerdotes, verdaderas luces en la historia de la Iglesia. Como anuncié el pasado miércoles, hoy quiero recordar otra, que destaca en el grupo de los «santos sociales» del siglo XIX en Turín: se trata de san José Cafasso.

Merece un recuerdo especial porque precisamente hace una semana se celebraba el 150° aniversario de su muerte, que tuvo lugar en la capital piemontesa el 23 de junio de 1860, a la edad de 49 años. Además, quiero recordar que el Papa Pío XI, el 1 de noviembre de 1924, al aprobar los milagros para la canonización de san

Juan María Vianney y publicar el decreto de autorización para la beatificación de José Cafasso, unió estas dos figuras de sacerdotes con las siguientes palabras: «No sin una especial y benéfica disposición de la divina Bondad, hemos asistido a la aparición de nuevos astros en la Iglesia católica: el párroco de Ars y el venerable siervo de Dios José Cafasso. Precisamente estas dos hermosas, queridas, providencialmente oportunas figuras se nos debían presentar hoy; pequeña y humilde, pobre y sencilla, pero también gloriosa, la figura del párroco de Ars; y la otra bella, grande, compleja, rica figura de sacerdote, maestro y formador de sacerdotes, el venerable José Cafasso». Se trata de circunstancias que nos brindan la ocasión para conocer mejor el mensaje, vivo y actual que surge de la vida de este santo. No fue párroco como el cura de Ars, sino que fue, sobre todo, formador de párrocos y de sacerdotes diocesanos, más aún, de sacerdotes santos, entre ellos san Juan Bosco. No fundó institutos religiosos, como otros santos sacerdotes piemonteses del siglo XIX, porque su «fundación» fue la «escuela de vida y de santidad sacerdotal» que realizó, con el ejemplo y la enseñanza, en el Internado eclesiástico de San Francisco de Asís, en Turín.

José Cafasso nació en Castelnuovo d'Asti, el mismo pueblo de san Juan Bosco, el 15 de enero de 1811. Fue el tercero de cuatro hijos. La última,

su hermana Marianna, será la madre del beato José Allamano, fundador de los Misioneros y las Misioneras de la Consolata. Nació en el Piamonte del siglo XIX, caracterizado por graves problemas sociales, pero también por numerosos santos que se empeñaron en buscarles solución. Esos santos estaban unidos entre sí por un amor total a Cristo y por una profunda caridad hacia los más pobres: la gracia del Señor sabe difundir y multiplicar las semillas de santidad. José Cafasso realizó los estudios de secundaria y el bienio de filosofía en el colegio de Chieri y en 1830 pasó al seminario teológico, donde, en 1833, fue ordenado sacerdote. Cuatro meses más tarde hizo su ingreso en el lugar que para él sería la única y fundamental «etapa» de su vida sacerdotal: el Internado eclesiástico de San Francisco de Asís, en Turín. Entró para perfeccionarse en la pastoral y allí hizo fructificar sus dotes de director espiritual y su gran espíritu de caridad. El Internado, de hecho, no era sólo una escuela de teología moral, donde los jóvenes sacerdotes, procedentes, sobre todo, de zonas rurales, aprendían a confesar y a predicar; también era una verdadera escuela de vida sacerdotal, donde los presbíteros se formaban en la espiritualidad de san Ignacio de Loyola y en la teología moral y pastoral del gran obispo san Alfonso María de Ligorio. El tipo de sacerdote que José Cafasso encontró en el Internado y que él mismo contribuyó a reforzar -sobre todo como rector- era el del verdadero

pastor con una rica vida interior y un profundo celo en el trabajo pastoral: fiel a la oración, comprometido en la predicación y en la catequesis, dedicado a la celebración de la Eucaristía y al ministerio de la Confesión, según el modelo encarnado por san Carlos Borromeo y san Francisco de Sales y promovido por el concilio de Trento. Una feliz expresión de san Juan Bosco sintetiza el sentido del trabajo educativo en aquella comunidad: «En el Internado, se aprendía a ser sacerdotes».

San José Cafasso intentó realizar este modelo en la formación de los jóvenes sacerdotes, para que ellos, a su vez, se convirtieran en formadores de otros sacerdotes, religiosos y laicos, en una especial y eficaz cadena. Desde su cátedra de teología moral educaba a ser buenos confesores y directores espirituales, solícitos por el verdadero bien espiritual de la persona, animados por un gran equilibrio en hacer sentir la misericordia de Dios y, al mismo tiempo, un agudo y vivo sentido del pecado. Tres eran las virtudes principales de José Cafasso profesor, como recuerda san Juan Bosco: calma, agudeza y prudencia. Estaba convencido de que donde se verificaba la enseñanza transmitida era en el ministerio de la Confesión, a la cual él mismo dedicaba muchas horas de la jornada; a él acudían obispos, sacerdotes, religiosos, laicos eminentes y gente sencilla: a todos sabía dedicar el tiempo necesario. Fue sabio consejero espiritual de muchos que llegaron a

ser santos y fundadores de institutos religiosos. Su enseñanza nunca era abstracta, basada sólo en los libros que se utilizaban en ese tiempo, sino que nacía de la experiencia viva de la misericordia de Dios y del profundo conocimiento del alma humana adquirido en el largo tiempo que pasaba en el confesonario y en la dirección espiritual: la suya era una verdadera escuela de vida sacerdotal.

Su secreto era sencillo: ser un hombre de Dios; hacer, en las pequeñas acciones cotidianas, «lo que pueda contribuir a mayor gloria de Dios y provecho de las almas». Amaba de forma total al Señor, estaba animado por una fe bien arraigada, sostenido por una oración profunda y prolongada, vivía una sincera caridad hacia todos. Conocía la teología moral, pero conocía también las situaciones y el corazón de la gente, cuyo bien procuraba, como el buen pastor. Cuantos tenían la gracia de estar cerca de él se transformaban también en buenos pastores y confesores válidos. Indicaba con claridad a todos los sacerdotes la santidad que se puede alcanzar precisamente en el ministerio pastoral. El beato don Clemente Marchisio, fundador de las Hijas de San José, afirmaba: «Cuando entré en el Internado era un muchacho travieso y alocado, no sabía lo que significaba ser sacerdote, y salí de él totalmente cambiado, plenamente imbuido de la dignidad del sacerdote». ¿A cuántos sacerdotes

formó en el Internado y después los siguió espiritualmente! Entre ellos -como ya he dicho- destaca san Juan Bosco, que lo tuvo como director espiritual durante 25 años, desde 1835 hasta 1860: primero como clérigo, después como sacerdote y por último como fundador. Todas las decisiones fundamentales de la vida de san Juan Bosco tuvieron como consejero y guía a san José Cafasso, pero de un modo bien preciso: Cafasso no trató nunca de formar en don Bosco un discípulo «a su imagen y semejanza», y don Bosco no copió a Cafasso; ciertamente, lo imitó en las virtudes humanas y sacerdotales -definiéndolo «modelo de vida sacerdotal»-, pero según sus aptitudes personales y su vocación peculiar; un signo de la sabiduría del maestro espiritual y de la inteligencia del discípulo: el primero no se impuso sobre el segundo, sino que lo respetó en su personalidad y le ayudó a leer cuál era la voluntad de Dios para él. Queridos amigos, ésta es una enseñanza valiosa para todos los que están comprometidos en la formación y educación de las generaciones jóvenes, y también es una fuerte llamada a valorar la importancia de tener un guía espiritual en la propia vida, que ayude a entender lo que Dios quiere de nosotros. Con sencillez y profundidad, nuestro santo afirmaba: «Toda la santidad, la perfección y el provecho de una persona está en hacer perfectamente la voluntad de Dios (...). Dichosos seríamos si consiguiéramos introdu-

cir así nuestro corazón dentro del de Dios, unir de tal forma nuestros deseos, nuestra voluntad a la suya, de modo que formen un solo corazón y una sola voluntad: querer lo que Dios quiere, quererlo en el modo, en el tiempo y en las circunstancias que él quiere, y querer todo eso únicamente porque Dios así lo quiere».

Pero otro elemento caracteriza el ministerio de nuestro santo: la atención a los últimos, en particular a los presos, que en Turín durante el siglo XIX vivían en en lugares inhumanos e inhumanizadores. También en este delicado servicio, llevado a cabo durante más de veinte años, Cafasso fue siempre el buen pastor, comprensivo y compasivo: cualidad percibida por los reclusos, que acababan por ser conquistados por ese amor sincero, cuyo origen era Dios mismo. La simple presencia de Cafasso hacía el bien: serenaba, tocaba los corazones endurecidos por las circunstancias de la vida y sobre todo iluminaba y sacudía las conciencias indiferentes. En los primeros tiempos de su ministerio entre los encarcelados, a menudo recurría a las grandes predicaciones, a las que asistían casi todos los reclusos. Con el paso del tiempo, privilegió la catequesis menuda, impartida en los coloquios y en los encuentros personales: respetuoso de las circunstancias de cada uno, afrontaba los grandes temas de la vida cristiana, hablando de la confianza en Dios, de la adhesión a su voluntad, de la utilidad de la oración y

de los sacramentos, cuyo punto de llegada es la Confesión, el encuentro con Dios hecho para nosotros misericordia infinita. Los condenados a muerte fueron objeto de cuidados humanos y espirituales especialísimos. Acompañó al patíbulo, tras haberlos confesado y administrado la Eucaristía, a 57 condenados a muerte. Los acompañaba con profundo amor hasta el último aliento de su existencia terrena.

Murió el 23 de junio de 1860, tras una vida ofrecida totalmente al Señor y consumada por el prójimo. Mi predecesor, el venerable siervo de Dios, Papa Pío XII, el 9 de abril de 1948, lo proclamó patrono de las cárceles italianas y, con la exhortación apostólica *Menti nostrae*, el 23 de septiembre de 1950, lo propuso como modelo a los sacerdotes comprometidos en la confesión y en la dirección espiritual.

Queridos hermanos y hermanas, que san José Cafasso sea una llamada para todos a intensificar el camino hacia la perfección de la vida cristiana, la santidad; que recuerde en particular a los sacerdotes la importancia de dedicar tiempo al sacramento de la Reconciliación y a la dirección espiritual, y a todos la atención que debemos prestar a los más necesitados. Que nos ayude la intercesión de la santísima Virgen María, de quien san José Cafasso era devotísimo y a quien llamaba «nuestra querida Madre, nuestro consuelo, nuestra esperanza».

DISCURSOS

Palabras del Papa, Benedicto XVI, durante el concierto con ocasión de las Jornadas de Cultura y Espiritualidad Rusa en el Vaticano, promovidas por Su Santidad Kirill I, Patriarca de Moscú y de todas las Rusias

Sala Pablo VI. Jueves, 20 de mayo de 2010.

«Alabad el nombre del Señor; alabadlo, siervos del Señor. Alabad al Señor, porque es bueno; tañed por su nombre, porque es amable. Señor, tu nombre es eterno; Señor, tu recuerdo de generación en generación. Aleluya».

Venerables hermanos; ilustres señores y señoras; queridos hermanos y hermanas:

Acabamos de escuchar, en una sublime melodía, las palabras del salmo 135, que interpretan bien nuestros sentimientos de alabanza y gratitud al Señor, así como nuestra intensa alegría interior por este momento de encuentro y amistad con los queridos hermanos del Patriarcado de Moscú. Con ocasión de mi cumpleaños y del aniversario de mi elección como Sucesor de Pedro, Su Santidad Kiril I, Patriarca de Moscú y de todas las Rusias, ha querido ofrecerme, junto a las gratísimas palabras de su mensaje, este extraordinario momento musical, presentado por el metropolitano Hilarión de Volokolamsk, presidente del Departamento de relaciones exteriores del Patriarcado de Moscú, y autor de la sinfonía que se acaba de ejecutar. Por tanto, mi profunda gratitud va ante todo a Su Santidad, el Patriarca Kiril. A él dirijo mi saludo más fraterno y cordial, expresando vivamente el deseo de que la alabanza al Señor y el compromiso por el progreso de la paz y la concordia entre los pueblos nos unan cada vez más y nos hagan crecer en la sintonía de las intenciones y en la armonía de las acciones. Por eso, agradezco de todo corazón al metropolitano Hilarión el saludo que tan amablemente ha querido dirigirme y su compromiso ecuménico constante, congratulándome con él por su creatividad artística, que hemos tenido ocasión de apreciar. Asimismo, saludo con viva simpatía a la delegación del Patriarcado de Moscú y a los ilustres representantes del Gobierno de la Federación Rusa. Dirijo mi cordial saludo a los señores cardenales y a los obispos aquí presentes, en particular al cardenal Walter Kasper, presidente del Consejo pontificio para la promoción de la unidad de los cristianos, y a monseñor Gianfranco Ravasi, presidente del Consejo pontificio de la cultura, que han organizado, con sus dicasterios y en estrecha colaboración con los representantes del Patriarcado, las «Jornadas de la cultura y de la espiritualidad rusa en el Vaticano». Saludo también a los ilustres embajadores, a las distinguidas autoridades y a todos vosotros, queridos amigos, hermanos

mento de relaciones exteriores del Patriarcado de Moscú, y autor de la sinfonía que se acaba de ejecutar. Por tanto, mi profunda gratitud va ante todo a Su Santidad, el Patriarca Kiril. A él dirijo mi saludo más fraterno y cordial, expresando vivamente el deseo de que la alabanza al Señor y el compromiso por el progreso de la paz y la concordia entre los pueblos nos unan cada vez más y nos hagan crecer en la sintonía de las intenciones y en la armonía de las acciones. Por eso, agradezco de todo corazón al metropolitano Hilarión el saludo que tan amablemente ha querido dirigirme y su compromiso ecuménico constante, congratulándome con él por su creatividad artística, que hemos tenido ocasión de apreciar. Asimismo, saludo con viva simpatía a la delegación del Patriarcado de Moscú y a los ilustres representantes del Gobierno de la Federación Rusa. Dirijo mi cordial saludo a los señores cardenales y a los obispos aquí presentes, en particular al cardenal Walter Kasper, presidente del Consejo pontificio para la promoción de la unidad de los cristianos, y a monseñor Gianfranco Ravasi, presidente del Consejo pontificio de la cultura, que han organizado, con sus dicasterios y en estrecha colaboración con los representantes del Patriarcado, las «Jornadas de la cultura y de la espiritualidad rusa en el Vaticano». Saludo también a los ilustres embajadores, a las distinguidas autoridades y a todos vosotros, queridos amigos, hermanos

y hermanas, de modo particular a las comunidades rusas presentes en Roma y en Italia, que participan en este momento de alegría y de fiesta.

Para sellar esta ocasión de modo realmente excepcional y sugestivo se ha apelado a la música, la música de la Rusia de ayer y de hoy, que nos han propuesto con gran maestría la Orquesta nacional rusa, dirigida por el maestro Carlo Ponti; el Coro sinodal de Moscú y la Capilla de los cornos de San Petersburgo. Doy vivamente las gracias a todos los artistas por el talento, el empeño y la pasión con la que proponen a la atención de todo el mundo las obras maestras de la tradición musical rusa. En estas obras, de las que hoy hemos escuchado una muestra significativa, está presente de modo profundo el alma del pueblo ruso y con ella la fe cristiana, que encuentran una expresión extraordinaria precisamente en la Divina Liturgia y en el canto litúrgico que siempre la acompaña. De hecho, existe un vínculo estrecho y originario entre la música rusa y el canto litúrgico: en cierto modo, en la liturgia nace y de la liturgia surge gran parte de la creatividad artística de los músicos rusos, para dar vida a obras maestras que merecerían ser más conocidas en el mundo occidental. Hoy hemos tenido la alegría de escuchar piezas de grandes artistas rusos de los siglos XIX y XX, como Musorgski y Rimski-Korsakov, Tchaikovski y Rachmaninov. Estos compositores, y especialmente este último, han sabido aprovechar el

rico patrimonio musical litúrgico de la tradición rusa, reelaborándolo y armonizándolo con motivos y experiencias musicales de Occidente y más cercanos a la modernidad. Creo que la obra del metropolitano Hilarión hay que situarla en esta línea.

En la música, por tanto, ya se anticipa de algún modo y se realiza la confrontación, el diálogo, la sinergia entre Oriente y Occidente, al igual que entre tradición y modernidad. Precisamente en una análoga visión unitaria y armónica de Europa pensaba el venerable Juan Pablo II, cuando, al proponer de nuevo la imagen sugerida por Vjačeslav Ivanovič Ivanov, de los «dos pulmones» con los que es preciso volver a respirar, deseaba una nueva conciencia de las profundas raíces culturales y religiosas comunes del continente europeo, sin las cuales la Europa actual estaría de algún modo privada de un alma y, en cualquier caso, marcada por una visión limitada y parcial. Precisamente para reflexionar ulteriormente sobre estas problemáticas tuvo lugar ayer el simposio, organizado por el Patriarcado de Moscú, por el Consejo para la promoción de la unidad de los cristianos y por el de la cultura, sobre el tema: «Ortodoxos y católicos en Europa hoy. Las raíces cristianas y el patrimonio cultural común de Oriente y Occidente».

Como he afirmado en más de una ocasión, la cultura contemporánea, y especialmente la europea, corre el

riesgo de la amnesia, del olvido y por tanto del abandono del extraordinario patrimonio suscitado e inspirado por la fe cristiana, que constituye el esqueleto esencial de la cultura europea, y no sólo de ella. En efecto, las raíces cristianas de Europa están constituidas, no sólo por la vida religiosa y el testimonio de numerosas generaciones de creyentes, sino también por el inestimable patrimonio cultural y artístico, gloria y recurso precioso de los pueblos y de los países en los que la fe cristiana, en sus diversas expresiones, ha dialogado con las culturas y las artes, y las ha animado e inspirado, favoreciendo y promoviendo como nunca la creatividad y el genio humano. También hoy estas raíces siguen vivas y fecundas, en Oriente y en Occidente, y pueden -más aún, deben- inspirar un nuevo humanismo, una nueva era de auténtico progreso humano, para responder eficazmente a los numerosos y, a veces, cruciales desafíos que nuestras comunidades cristianas y nuestras sociedades deben afrontar, la primera de todas la de la secularización, que no sólo impulsa a prescindir de Dios y de su proyecto, sino que acaba por negar incluso la dignidad humana, en aras de una sociedad regulada sólo por intereses egoístas.

Hagamos que Europa vuelva a respirar con sus dos pulmones; volvamos a dar un alma no sólo a los creyentes, sino también a todos los pueblos del continente, a promover la confianza y la esperanza, enraizándolas en la

milenaria experiencia de fe cristiana. En este momento no puede faltar el testimonio coherente, generoso y valiente de los creyentes, para que podamos mirar juntos al futuro común como a un porvenir en el que se reconozca la libertad y la dignidad de cada hombre y de cada mujer como valor fundamental y se considere la apertura a lo trascendente y la experiencia de fe como dimensión constitutiva de la persona.

En la pieza de Musorgski, titulada *El ángel proclamó*, hemos escuchado las palabras que el ángel dirige a María y, por tanto, también a nosotros: «Alegraos». El motivo de la alegría está claro: Cristo ha resucitado del sepulcro «y ha resucitado de entre los muertos». Queridos hermanos y hermanas, la alegría de Cristo resucitado nos anima, nos alienta y nos sostiene en nuestro camino de fe y de testimonio cristiano para ofrecer verdadera alegría y sólida esperanza al mundo, para dar motivos válidos de confianza a la humanidad, a los pueblos de Europa, a los que de buen grado encomiendo a la materna y poderosa intercesión de la Virgen María.

Renuevo mi agradecimiento al Patriarca Kiril, al metropolitano Hilarión, a los representantes rusos, a la orquesta, a los coros, a los organizadores y a todos los presentes. Sobre todos vosotros y sobre vuestros seres queridos desciendan abundantes bendiciones del Señor.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los participantes en la 24ª
Asamblea Plenaria del Consejo
Pontificio para los laicos***

Sala del Consistorio. Viernes, 21 de mayo de 2010

Os acojo con alegría a todos vosotros, miembros y consultores, participantes en la XXIV asamblea plenaria del Consejo pontificio para los laicos. Dirijo un cordial saludo al presidente, cardinal Stanisław Ryłko, agradeciéndole las amables palabras que me ha dirigido; al secretario, monseñor Josef Clemens; y a todos los presentes. La composición misma de vuestro dicasterio, donde, junto a los pastores, trabaja una mayoría de fieles laicos procedentes de todo el mundo y de las más diferentes situaciones y experiencias, ofrece una imagen significativa de la comunidad orgánica que es la Iglesia, cuyo sacerdocio común, propio de los fieles bautizados, y el sacerdocio ordenado, hunden sus raíces en el único sacerdocio de Cristo, según modalidades esencialmente diversas, pero ordenadas la una a la otra. Habiendo llegado casi a la conclusión del Año sacerdotal, nos sentimos aún más testigos agradecidos de la sorprendente y generosa entrega y dedicación de tantos hombres «conquistados» por Cristo y configurados a él en el sacerdocio ordenado. Día tras día, acompañan el camino de los *christifideles laici*, proclamando la Palabra de Dios, comunicando su perdón y la reconciliación con él, invitando a la oración y ofreciendo como alimento el

Cuerpo y la Sangre del Señor. De este misterio de comunión los fieles laicos sacan la energía profunda para ser testigos de Cristo en su vida diaria, en todas sus actividades y ambientes.

El tema de vuestra asamblea -«Testigos de Cristo en la comunidad política»- reviste particular importancia. Ciertamente, no forma parte de la misión de la Iglesia la formación técnica de los políticos. De hecho, hay varias instituciones que cumplen esa función. Su misión es, sin embargo, «emitir un juicio moral también sobre las cosas que afectan al orden político, cuando lo exijan los derechos fundamentales de la persona o la salvación de las almas, aplicando todos y sólo aquellos medios que sean conformes al Evangelio y al bien de todos, según la diversidad de tiempos y condiciones» (*Gaudium et spes*, 76). La Iglesia se concentra de modo especial en educar a los discípulos de Cristo, para que sean cada vez más testigos de su presencia en todas partes. Toca a los fieles laicos mostrar concretamente en la vida personal y familiar, en la vida social, cultural y política, que la fe permite leer de una forma nueva y profunda la realidad y transformarla; que la esperanza cristiana ensancha el horizonte limitado del hombre y lo proyecta hacia la verdadera altura de su ser, hacia Dios; que la caridad en la verdad es la fuerza más eficaz capaz de cambiar el mundo; que el Evangelio es garantía de libertad y mensaje de liberación; que los principios fundamentales de la doctrina social de la Iglesia, como la dignidad de

la persona humana, la subsidiariedad y la solidaridad, son de gran actualidad y valor para la promoción de nuevas vías de desarrollo al servicio de todo el hombre y de todos los hombres. Compete también a los fieles laicos participar activamente en la vida política de modo siempre coherente con las enseñanzas de la Iglesia, compartiendo razones bien fundadas y grandes ideales en la dialéctica democrática y en la búsqueda de un amplio consenso con todos aquellos a quienes importa la defensa de la vida y de la libertad, la custodia de la verdad y del bien de la familia, la solidaridad con los necesitados y la búsqueda necesaria del bien común. Los cristianos no buscan la hegemonía política o cultural, sino, dondequiera que se comprometen, les mueve la certeza de que Cristo es la piedra angular de toda construcción humana (cf. *Congregación para la doctrina de la fe, Nota Doctrinal sobre algunas cuestiones relativas al compromiso y la conducta de los católicos en la vida política*, 24 de noviembre de 2002).

Retomando la expresión de mis predecesores, puedo afirmar yo también que la política es un ámbito muy importante del ejercicio de la caridad. Esta pide a los cristianos un fuerte compromiso en favor de la ciudadanía, para la construcción de una vida buena en las naciones, como también para una presencia eficaz en las sedes y en los programas de la comunidad internacional. Se necesitan políticos auténticamente cristianos, pero antes aún fieles laicos que sean testigos de Cristo y del Evangelio en la comunidad civil

y política. Esta exigencia debe estar bien presente en los itinerarios educativos de las comunidades eclesiales y requiere nuevas formas de acompañamiento y de apoyo por parte de los pastores. La pertenencia de los cristianos a las asociaciones de fieles, a los movimientos eclesiales y a las nuevas comunidades puede ser una buena escuela para estos discípulos y testigos, sostenidos por la riqueza carismática, comunitaria, educativa y misionera propia de estas realidades.

Se trata de un desafío exigente. Los tiempos que estamos viviendo nos sitúan ante problemas grandes y complejos, y la cuestión social se ha convertido, al mismo tiempo, en cuestión antropológica. Se han derrumbado los paradigmas ideológicos que, en un pasado reciente, pretendían ser una respuesta «científica» a esta cuestión. La difusión de un confuso relativismo cultural y de un individualismo utilitarista y hedonista debilita la democracia y favorece el dominio de los poderes fuertes. Hay que recuperar y vigorizar de nuevo una auténtica sabiduría política; ser exigentes en lo que se refiere a la propia competencia; servirse críticamente de las investigaciones de las ciencias humanas; afrontar la realidad en todos sus aspectos, yendo más allá de cualquier reduccionismo ideológico o pretensión utópica; mostrarse abiertos a todo verdadero diálogo y colaboración, teniendo presente que la política es también un complejo arte de equilibrio entre ideales e intereses, pero sin olvidar nunca que la contribución de los cristianos sólo es decisiva si la inteligencia

de la fe se convierte en inteligencia de la realidad, clave de juicio y de transformación. Hace falta una verdadera «revolución del amor». Las nuevas generaciones tienen delante de sí grandes exigencias y desafíos en su vida personal y social. Vuestro dicasterio las sigue con particular atención, sobre todo a través de las Jornadas mundiales de la juventud, que desde hace 25 años producen ricos frutos apostólicos entre los jóvenes. Entre éstos se cuenta también el del compromiso social y político, un compromiso no fundado en ideologías o intereses de parte, sino en la elección de servir al hombre y al bien común, a la luz del Evangelio.

Queridos amigos, a la vez que invoco del Señor abundantes frutos para los trabajos de vuestra asamblea y para vuestra actividad diaria, os encomiendo a cada uno de vosotros, así como a vuestras familias y comunidades a la intercesión de la santísima Virgen María, Estrella de la nueva evangelización, y de corazón os imparto la bendición apostólica.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a la Asamblea Ordinaria del
Consejo Superior de las Obras
Misionales Pontificias***

*Sala Clementina. Viernes, 21 de mayo
de 2010*

*Señor cardenal; venerados hermanos
en el episcopado y en el sacerdocio; queri-
dos hermanos y hermanas:*

Sed bienvenidos. Dirijo mi cordial saludo al cardenal Ivan Dias, prefecto de la Congregación para la evangelización de los pueblos, a quien agradezco sus cordiales palabras; al secretario, monseñor Robert Sarah; al secretario adjunto, monseñor Piergiuseppe Vacchelli, presidente de las Obras misionales pontificias; a todos los colaboradores del dicasterio; y de modo particular a los directores nacionales de las Obras misionales pontificias, llegados a Roma desde todas las Iglesias para la asamblea ordinaria anual del Consejo superior.

Estoy particularmente agradecido a esta Congregación, a la que el concilio ecuménico Vaticano II, en línea con el acto constitutivo con el que fue fundada en 1622, confirmó su tarea de «regular y coordinar, en todo el mundo, tanto la obra misionera como la cooperación misionera» (*Ad gentes*, 29). Es inmensa la misión de la evangelización, especialmente en nuestro tiempo, en el que la humanidad sufre cierta falta de pensamiento reflexivo y sapiencial (cf. *Caritas in veritate*, 19. 31) y se difunde un humanismo que excluye a Dios (cf. ib. 78). Por esto, es aún más urgente y necesario iluminar los nuevos problemas que surgen con la luz del Evangelio que no cambia. De hecho, estamos convencidos de que el Señor Jesucristo, testigo fiel del amor del Padre, «con su muerte y su resurrección, es la principal fuerza propulsora para el verdadero desarrollo de toda persona humana y de la humanidad entera» (ib. 1). Al inicio de mi ministerio como Sucesor del

Apóstol Pedro, afirmé con fuerza: «Nosotros existimos para mostrar a Dios a los hombres. Y únicamente donde se ve a Dios, comienza realmente la vida. Sólo cuando encontramos en Cristo al Dios vivo, conocemos lo que es la vida. (...) Nada hay más hermoso que haber sido alcanzados, sorprendidos por el Evangelio, por Cristo. Nada hay más bello que conocerlo y comunicar a los otros la amistad con él (*Homilía en la misa de inicio del ministerio petri-no*, 24 de abril de 2005: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 29 de abril de 2005, p. 7). La predicación del Evangelio es un inestimable servicio que la Iglesia puede ofrecer a la humanidad entera que camina en la historia. Procedentes de las diócesis de todo el mundo, vosotros sois un signo elocuente y vivo de la catolicidad de la Iglesia, que se concreta en la dimensión universal de la misión apostólica, «hasta los últimos confines de la tierra» (*Hch* 1, 8), «hasta el fin del mundo» (*Mt* 28, 20), para que ningún pueblo o ambiente se vea privado de la luz y de la gracia de Cristo. Éste es el sentido, la trayectoria histórica, la misión y la esperanza de la Iglesia.

La misión de anunciar el Evangelio a todas las naciones es juicio crítico sobre las transformaciones planetarias que están cambiando sustancialmente la cultura de la humanidad. La Iglesia, presente y operante en las fronteras geográficas y antropológicas, es portadora de un mensaje que penetra en la historia, donde proclama los valores

inalienables de la persona, con el anuncio y el testimonio del plan salvífico de Dios, hecho visible y operante en Cristo. La predicación del Evangelio es la llamada a la libertad de los hijos de Dios, también para la construcción de una sociedad más justa y solidaria y para prepararnos a la vida eterna. Quien participa en la misión de Cristo, inevitablemente debe afrontar tribulaciones, rechazos y sufrimientos, porque choca con las resistencias y los poderes de este mundo. Y nosotros, como el apóstol san Pablo, no tenemos más armas que la palabra de Cristo y su cruz (cf. *1 Co* 1, 22-25). La misión ad gentes requiere a la Iglesia y a los misioneros que acepten las consecuencias de su ministerio: la pobreza evangélica, que les confiere la libertad de predicar el Evangelio con valentía y franqueza; la no violencia, por la que responden al mal con el bien (cf. *Mt* 5, 38-42; *Rm* 12, 17-21); y la disponibilidad a dar la propia vida por el nombre de Cristo y por amor a los hombres.

Como el apóstol san Pablo demostraba la autenticidad de su apostolado con las persecuciones, las heridas y los tormentos sufridos (cf. *2 Co* 6-7), así la persecución es prueba también de la autenticidad de nuestra misión apostólica. Pero es importante recordar que el Evangelio «toma cuerpo en las conciencias y en los corazones humanos y se difunde en la historia sólo con el poder del Espíritu Santo» (cf. Juan Pablo II, *Dominum et vivificantem*, 64) y la Iglesia y los misioneros han sido hechos

idóneos por él para cumplir la misión que se les ha encomendado (cf. *ib.* 25). Es el Espíritu Santo (cf. *1 Co* 14) el que une y preserva a la Iglesia, dándole la fuerza para expandirse, colmando a los discípulos de Cristo con una riqueza desbordante de carismas. Es del Espíritu Santo de quien la Iglesia recibe la autoridad del anuncio y del ministerio apostólico. Por ello deseo reafirmar con fuerza lo que ya dije a propósito del desarrollo (cf. *Caritas in veritate*, 79), es decir, que la evangelización necesita cristianos con los brazos levantados hacia Dios en el gesto de la oración, cristianos movidos por la convicción de que la conversión del mundo a Cristo no la producimos nosotros, sino que nos es dada. La celebración del Año sacerdotal, en verdad, nos ha ayudado a tomar mayor conciencia de que la obra misionera requiere una unión cada vez más profunda con Aquél que es el Enviado de Dios Padre para la salvación de todos; requiere compartir el «nuevo estilo de vida» que inauguró el Señor Jesús y que hicieron suyo los Apóstoles (cf. *Discurso a los participantes en la plenaria de la Congregación para el clero*, 16 de marzo de 2009).

Queridos amigos, de nuevo os expreso mi agradecimiento a todos vosotros de las Obras misionales pontificias, que de diversos modos os estáis esforzando por mantener despierta la conciencia misionera de las Iglesias particulares, impulsándolas a una participación más activa en la *missio ad gentes*, con la formación y el envío de misioneros y mi-

sioneras y la ayuda solidaria a las Iglesias jóvenes. Un vivo agradecimiento también por la acogida y la formación de presbíteros, religiosas, seminaristas y laicos en los colegios pontificios de la Congregación. A la vez que encomiendo vuestro servicio eclesial a la protección de María santísima, Madre de la Iglesia y Reina de los Apóstoles, os bendigo a todos de corazón.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a la 61ª Asamblea General de la
Conferencia Episcopal Italiana***

*Aula del Sínodo. Jueves, 27 de mayo
de 2010*

Venerados y queridos hermanos:

En el Evangelio proclamado el domingo pasado, solemnidad de Pentecostés, Jesús nos prometió: «El Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho» (Jn 14, 26). El Espíritu Santo guía a la Iglesia en el mundo y en la historia. Gracias a este don del Resucitado, el Señor está presente en el curso de los acontecimientos; en el Espíritu podemos reconocer en Cristo el sentido de las vicisitudes humanas. El Espíritu Santo nos hace Iglesia, comunión y comunidad incesantemente convocada, renovada y relanzada hacia el cumplimiento del reino de Dios. En la comunión eclesial se encuentra la

raíz y la razón fundamental de vuestra reunión y de mi presencia una vez más entre vosotros, con alegría, con ocasión de esta cita anual; es la perspectiva con la cual os exhorto a afrontar los temas de vuestro trabajo, en el cual estáis llamados a reflexionar sobre la vida y la renovación de la acción pastoral de la Iglesia en Italia. Agradezco al cardenal Angelo Bagnasco las amables e intensas palabras que me ha dirigido, haciéndose intérprete de vuestros sentimientos: el Papa sabe que puede contar siempre con los obispos italianos. A través de vosotros, saludo a las comunidades diocesanas encomendadas a vuestra solicitud, a la vez que extendiendo mi saludo y mi cercanía espiritual a todo el pueblo italiano.

Corroborados por el Espíritu, en continuidad con el camino indicado por el concilio Vaticano II, y en particular con las orientaciones pastorales del decenio que acaba de concluir, habéis decidido escoger la educación como tema fundamental para los próximos diez años. Ese horizonte temporal es proporcional a la radicalidad y a la amplitud de la demanda educativa. Y me parece necesario ir a las raíces profundas de esta emergencia para encontrar también las respuestas adecuadas a este desafío. Yo veo sobre todo dos. Una raíz esencial consiste, a mi parecer, en un falso concepto de autonomía del hombre: el hombre debería desarrollarse sólo por sí mismo, sin imposiciones de otros, los cuales podrían asistir a su autodesarrollo, pero

no entrar en este desarrollo. En realidad, para la persona humana es esencial el hecho de que llega a ser ella misma sólo a partir del otro, el «yo» llega a ser él mismo sólo a partir del «tú» y del «vosotros»; está creado para el diálogo, para la comunión sincrónica y diacrónica. Y sólo el encuentro con el «tú» y con el «nosotros» abre el «yo» a sí mismo. Por eso, la denominada educación anti-autoritaria no es educación, sino renuncia a la educación: así no se da lo que deberíamos dar a los demás, es decir, este «tú» y «nosotros» en el cual el «yo» se abre a sí mismo. Por tanto, me parece que un primer punto es superar esta falsa idea de autonomía del hombre, como un «yo» completo en sí mismo, mientras que llega a ser «yo» en el encuentro colectivo con el «tú» y con el «nosotros».

La segunda raíz de la emergencia educativa yo la veo en el escepticismo y en el relativismo o, con palabras más sencillas y claras, en la exclusión de las dos fuentes que orientan el camino humano. La primera fuente debería ser la naturaleza; la segunda, la Revelación. Pero la naturaleza se considera hoy como una realidad puramente mecánica y, por tanto, que no contiene en sí ningún imperativo moral, ninguna orientación de valores: es algo puramente mecánico y, por consiguiente, el ser en sí mismo no da ninguna orientación. La Revelación se considera o como un momento del desarrollo histórico y, en consecuencia, relativo como todo el desarrollo histórico y cultural; o -se dice-

quizá existe Revelación, pero no incluye contenidos, sino sólo motivaciones. Y si callan estas dos fuentes, la naturaleza y la Revelación, también la tercera fuente, la historia, deja de hablar, porque también la historia se convierte sólo en un aglomerado de decisiones culturales, ocasionales, arbitrarias, que no valen para el presente y para el futuro. Por esto, es fundamental encontrar un concepto verdadero de la naturaleza como creación de Dios que nos habla a nosotros; el Creador, mediante el libro de la creación, nos habla y nos muestra los valores verdaderos. Así recuperar también la Revelación: reconocer que el libro de la creación, en el cual Dios nos da las orientaciones fundamentales, es descifrado en la Revelación; se aplica y hace propio en la historia cultural y religiosa, no sin errores, pero de una manera sustancialmente válida, que siempre hay que volver a desarrollar y purificar. Por tanto, en este «concierto» -por decirlo así- entre creación descifrada en la Revelación, concretada en la historia cultural que va siempre hacia adelante y en la cual hallamos cada vez más el lenguaje de Dios, se abren también las indicaciones para una educación que no es imposición, sino realmente apertura del «yo» al «tú», al «nosotros» y al «Tú» de Dios.

Por tanto, son grandes las dificultades: redescubrir las fuentes, el lenguaje de las fuentes; pero, aun conscientes del peso de estas dificultades, no podemos caer en la desconfianza y la resignación. Educar nunca ha sido fácil, pero

no debemos rendirnos: faltaríamos al mandato que el Señor mismo nos ha confiado al llamarnos a apacentar con amor su rebaño. Más bien, despertemos en nuestras comunidades el celo por la educación, que es un celo del «yo» por el «tú», por el «nosotros», por Dios, y que no se limita a una didáctica, a un conjunto de técnicas y tampoco a la trasmisión de principios áridos. Educar es formar a las nuevas generaciones para que sepan entrar en relación con el mundo, apoyadas en una memoria significativa que no es sólo ocasional, sino que se incrementa con el lenguaje de Dios que encontramos en la naturaleza y en la Revelación, con un patrimonio interior compartido, con la verdadera sabiduría que, a la vez que reconoce el fin trascendente de la vida, orienta el pensamiento, los afectos y el juicio.

Los jóvenes albergan una sed en su corazón, y esta sed es una búsqueda de significado y de relaciones humanas auténticas, que ayuden a no sentirse solos ante los desafíos de la vida. Es deseo de un futuro menos incierto gracias a una compañía segura y fiable, que se acerca a cada persona con delicadeza y respeto, proponiendo valores sólidos a partir de los cuales crecer hacia metas altas, pero alcanzables. Nuestra respuesta es el anuncio del Dios amigo del hombre, que en Jesús se hizo prójimo de cada uno de nosotros. La transmisión de la fe es parte irrenunciable de la formación integral de la persona, porque en Jesucristo se cumple el proyecto de una vida realizada: como enseña el conci-

lio Vaticano II, «el que sigue a Cristo, hombre perfecto, también se hace él mismo más hombre» (*Gaudium et spes*, 41). El encuentro personal con Jesús es la clave para intuir la relevancia de Dios en la existencia cotidiana, el secreto para vivirla en la caridad fraterna, la condición para levantarse siempre después de las caídas y moverse a constante conversión.

La tarea educativa, que habéis asumido como prioritaria, valoriza signos y tradiciones, de los cuales Italia es tan rica. Necesita lugares creíbles: ante todo, la familia, con su papel peculiar e irrenunciable; la escuela, horizonte común más allá de las opciones ideológicas; la parroquia, «fuente de la aldea», lugar y experiencia que introduce en la fe dentro del tejido de las relaciones cotidianas. En cada uno de estos ámbitos, es decisiva la calidad del testimonio, camino privilegiado de la misión eclesial. En efecto, la acogida de la propuesta cristiana pasa a través de relaciones de cercanía, lealtad y confianza. En un tiempo en el que la gran tradición del pasado corre el riesgo de quedarse en letra muerta, debemos estar al lado de cada persona con disponibilidad siempre nueva, acompañándola en el camino de descubrimiento y asimilación personal de la verdad. Y al hacer esto, también nosotros podemos redescubrir de modo nuevo las realidades fundamentales.

La voluntad de promover un nuevo tiempo de evangelización no esconde

las heridas que han marcado a la comunidad eclesial, por la debilidad y el pecado de algunos de sus miembros. Pero esta humilde y dolorosa admisión no debe hacer olvidar el servicio gratuito y apasionado de tantos creyentes, comenzando por los sacerdotes. El año especial dedicado a ellos ha querido constituir una oportunidad para promover la renovación interior como condición para un compromiso evangélico y ministerial más incisivo. Al mismo tiempo, también nos ayuda reconocer el testimonio de santidad de cuantos -siguiendo el ejemplo del cura de Ars- se entregan sin reservas para educar en la esperanza, en la fe y en la caridad. A esta luz, lo que es motivo de escándalo, debe traducirse para nosotros en llamada a una «profunda necesidad de volver a aprender la penitencia, de aceptar la purificación, de aprender, por una parte, el perdón, pero también la necesidad de la justicia» (Benedicto XVI, *Encuentro con la prensa durante el vuelo a Portugal*, 11 de mayo de 2010: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 16 de mayo de 2010, p. 14).

Queridos hermanos, os aliento a recorrer sin vacilaciones el camino del compromiso educativo. Que el Espíritu Santo os ayude a no perder nunca la confianza en los jóvenes, os impulse a salir a su encuentro y os lleve a frecuentar sus ambientes de vida, incluido el que constituyen las nuevas tecnologías de comunicación, que actualmente impregnan la cultura en todas sus expresiones.

siones. No se trata de adecuar el Evangelio al mundo, sino de sacar del Evangelio la perenne novedad que permite encontrar en cada tiempo las formas adecuadas para anunciar la Palabra que no pasa, fecundando y sirviendo a la existencia humana. Volvamos, pues, a proponer a los jóvenes la medida alta y trascendente de la vida, entendida como vocación: que llamados a la vida consagrada, al sacerdocio, al matrimonio, sepan responder con generosidad a la llamada del Señor, porque sólo así podrán captar lo que es esencial para cada uno. La frontera educativa constituye el lugar para una amplia convergencia de objetivos: en efecto, la formación de las nuevas generaciones no puede menos de interesar a todos los hombres de buena voluntad, interpe-lando la capacidad de toda la sociedad de asegurar referencias fiables para el desarrollo armónico de las personas.

También en Italia, el tiempo actual está marcado por una incertidumbre sobre los valores, evidente en la dificultad de numerosos adultos a la hora de cumplir los compromisos asumidos: esto es índice de una crisis cultural y espiritual tan grave como la económica. Sería ilusorio -esto quiero subrayarlo- pensar en contrastar una ignorando la otra. Por esta razón, a la vez que renuevo la llamada a los responsables del sector público y a los empresarios a hacer todo lo que esté dentro de sus posibilidades para mitigar los efectos de la crisis de empleo, exhorto a todos a reflexionar sobre los presupuestos de una

vida buena y significativa, que fundan la única autoridad que educa y regresa a las verdaderas fuentes de los valores. De hecho, la Iglesia se preocupa por el bien común, que nos compromete a compartir recursos económicos e intelectuales, morales y espirituales, aprendiendo a afrontar juntos, en un contexto de reciprocidad, los problemas y los desafíos del país. Esta perspectiva, ampliamente desarrollada en vuestro reciente documento sobre Iglesia y sur de Italia, encontrará mayor profundización en la próxima Semana social de los católicos italianos, prevista para octubre en Reggio Calabria, donde, junto a las mejores fuerzas del laicado católico, os comprometeréis a declinar una agenda de esperanza para Italia, para que «las exigencias de la justicia sean comprensibles y políticamente realizables» (*Deus caritas est*, 28). Vuestro ministerio, queridos hermanos, y la vitalidad de las comunidades diocesanas bajo vuestra dirección, son la mayor garantía de que la Iglesia seguirá dando con responsabilidad su contribución al crecimiento social y moral de Italia.

Llamado por gracia a ser Pastor de la Iglesia universal y de la espléndida ciudad de Roma, llevo constantemente en mi corazón vuestras preocupaciones y vuestros anhelos, que en los días pasados puse -junto con los de toda la humanidad- a los pies de la Virgen de Fátima. A ella se eleva nuestra oración: «Virgen Madre de Dios y querida Madre nuestra, que tu presencia haga reverdecer el desierto de nuestras soleda-

des y brillar el sol en nuestras tinieblas, y haga que vuelva la calma después de la tempestad, para que todo hombre vea la salvación del Señor, que tiene el nombre y el rostro de Jesús, reflejado en nuestros corazones, unidos para siempre al tuyo. Así sea» (Fátima, 12 de mayo de 2010: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 16 de mayo de 2010, p. 15). Os doy las gracias de corazón y os bendigo.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los participantes en la 19ª
Asamblea Plenaria del Consejo
Pontificio para la Pastoral de los
emigrantes e itinerantes***

*Sala Clementina. Viernes, 28 de mayo
de 2010*

Señores cardenales; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos hermanos y hermanas:

Os acojo con gran alegría con ocasión de la sesión plenaria del Consejo pontificio para la pastoral de los emigrantes e itinerantes. Saludo al presidente del dicasterio, monseñor Antonio María Vegliò, a quien agradezco sus cordiales palabras; al secretario; a los miembros; a los consultores y a los oficiales. A todos deseo un fructuoso trabajo.

Habéis escogido como tema para esta sesión la «Pastoral de la movilidad

humana hoy, en el contexto de la corresponsabilidad de los Estados y de los organismos internacionales». Desde hace tiempo la circulación de las personas es objeto de congresos internacionales, que tienen como objetivo garantizar la protección de los derechos humanos fundamentales y luchar contra la discriminación, la xenofobia y la intolerancia. Se trata de documentos que proporcionan principios y técnicas de tutela supranacionales.

Es de apreciar el esfuerzo por construir un sistema de normas compartidas que contemplen los derechos y los deberes del extranjero, así como los de las comunidades de acogida, teniendo en cuenta, en primer lugar, la dignidad de toda persona humana, creada por Dios a su imagen y semejanza (cf. *Gn* 1, 26). Obviamente, la adquisición de derechos implica también la acogida de deberes. Todos, en efecto, gozan de derechos y deberes que no son arbitrarios, porque derivan de la misma naturaleza humana, como afirma la encíclica *Pacem in terris* del beato Papa Juan XXIII: «Todo hombre es persona, esto es, naturaleza dotada de inteligencia y libre albedrío; y, por tanto, el hombre tiene por sí mismo derechos y deberes, que dimanar inmediatamente y al mismo tiempo de su propia naturaleza. Estos derechos y deberes son, por ello, universales e inviolables y no pueden renunciarse por ningún concepto» (n. 9). Así pues, la responsabilidad de los Estados y de los organismos internacionales se realiza especialmente en

el compromiso de incidir sobre cuestiones que, exceptuando las competencias del legislador nacional, implican a toda la familia de los pueblos, y exigen una concertación entre los Gobiernos y los organismos más directamente interesados. Pienso en problemáticas como la entrada en el país o el alejamiento forzado del extranjero, el uso de los bienes de la naturaleza, de la cultura y del arte, de la ciencia y de la técnica, que debe ser accesible a todos. Tampoco se debe olvidar el importante papel de mediación a fin de que las resoluciones nacionales e internacionales, que promueven el bien común universal, encuentren acogida en las instancias locales y repercutan en la vida cotidiana.

En ese contexto, los ordenamientos a nivel nacional e internacional que promueven el bien común y el respeto de la persona fomentan la esperanza y los esfuerzos por alcanzar un orden social mundial basado en la paz, en la fraternidad y en la cooperación de todos, a pesar de la fase crítica que están atravesando las instituciones internacionales, comprometidas en resolver las cuestiones cruciales de la seguridad y del desarrollo, en beneficio de todos. Es verdad que, lamentablemente, asistimos a la reaparición de instancias particularistas en algunas áreas del mundo, pero también es verdad que no se han asumido responsabilidades que deberían ser compartidas. Además, todavía no se ha apagado el anhelo de muchos de derribar los muros que separan y de

establecer alianzas amplias, también mediante disposiciones legislativas y praxis administrativas que favorezcan la integración, el intercambio mutuo y el enriquecimiento recíproco. En efecto, se pueden ofrecer perspectivas de convivencia entre los pueblos mediante líneas cuidadosas y concertadas para la acogida y la integración, permitiendo ocasiones de entrada en la legalidad, favoreciendo el justo derecho a la reunificación familiar, al asilo y al refugio, compensando las medidas restrictivas necesarias y contrastando el deplorable tráfico de personas. Precisamente aquí las distintas organizaciones de carácter internacional, en cooperación entre sí y con los Estados, pueden dar su peculiar aportación a conciliar, con varias modalidades, el reconocimiento de los derechos de la persona y el principio de soberanía nacional, con referencia específica a las exigencias de la seguridad, del orden público y del control de las fronteras.

Los derechos fundamentales de la persona pueden ser el punto focal del compromiso de corresponsabilidad de las instituciones nacionales e internacionales. Este compromiso, además, está estrechamente vinculado a la «apertura a la vida, que está en el centro del verdadero desarrollo», como destacó en la encíclica *Caritas in veritate* (cf. n. 28), donde también hice una llamada a los Estados para que promuevan políticas en favor de la centralidad e integridad de la familia (cf. *ib.*, n. 44). Por otro lado, es evidente que se deben subrayar

en los distintos contextos la apertura a la vida y los derechos de la familia, porque «en una sociedad en proceso de globalización, el bien común y el compromiso por él han de abarcar necesariamente a toda la familia humana, es decir, a la comunidad de los pueblos y naciones» (*ib.*, n. 7). El futuro de nuestras sociedades se apoya en el encuentro entre los pueblos, en el diálogo entre las culturas respetando las identidades y las legítimas diferencias. En este escenario, la familia mantiene su papel fundamental. Por esto, la Iglesia, con el anuncio del Evangelio de Cristo en cada sector de la existencia, lleva adelante «el compromiso... no sólo en favor de la persona que emigra, sino también de su familia, lugar y recurso de la cultura de la vida y factor de integración de valores», como reafirmé en el *Mensaje para la Jornada mundial del emigrante y del refugiado del año 2007* (cf. *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 24 de noviembre de 2006, p. 10).

Queridos hermanos y hermanas, también a vosotros os corresponde sensibilizar a las organizaciones que se dedican al mundo de los emigrantes y de los itinerantes con vistas a formas de corresponsabilidad. Este ámbito pastoral está vinculado a un fenómeno en continua expansión y, por lo tanto, vuestro papel deberá traducirse en respuestas concretas de cercanía y acompañamiento pastoral de las personas, teniendo en cuenta las distintas situaciones locales.

Invoco sobre cada uno de vosotros la luz del Espíritu Santo y la protección materna de la Virgen, renovando mi agradecimiento por el servicio que prestáis a la Iglesia y a la sociedad. Que la inspiración del beato Juan Bautista Scalabrini, definido «Padre de los emigrantes» por el venerable Juan Pablo II y de quien el próximo 1 de junio recordamos los 105 años del nacimiento al cielo, ilumine vuestra actividad en favor de los emigrantes e itinerantes, y os impulse a una caridad cada vez más atenta, que les testimonie el amor indefectible de Dios. Por mi parte os aseguro la oración, mientras os bendigo de corazón.

Palabras del Papa, Benedicto XVI, durante la audiencia a una peregrinación de las diócesis de las Marcas por el IV Centenario de la muerte del Padre Matteo Ricci

Sala Pablo VI. Sábado, 29 de mayo de 2010

Señor cardenal; venerados hermanos en el episcopado y en sacerdocio; distinguidas autoridades; queridos hermanos y hermanas:

Me alegra encontrarme con vosotros para recordar el iv centenario de la muerte del padre jesuita Matteo Ricci. Saludo fraternalmente al obispo de Maccata-Tolentino-Recanati-Cingoli-Treia, monseñor Claudio Giuliodori, que guía

esta numerosa peregrinación. Junto a él saludo a los hermanos de la Conferencia episcopal de Las Marcas y a las respectivas diócesis, a las autoridades civiles, militares y académicas; a los sacerdotes, a los seminaristas y a los estudiantes, y también a los *pueri cantores*. Macerata se siente orgullosa de un ciudadano, un religioso y un sacerdote tan ilustre. Saludo a los miembros de la Compañía de Jesús, de la que formó parte el padre Ricci, en particular al prepósito general, padre Adolfo Nicolás, a sus amigos y colaboradores y a las instituciones educativas vinculadas a ellos. Un saludo también para todos los chinos.

El 11 de mayo de 1610, en Pekín terminaba la vida terrena de este gran misionero, verdadero protagonista del anuncio del Evangelio en China en la era moderna, después de la primera evangelización del arzobispo Giovanni da Montecorvino. Un signo de la gran estima que lo rodeaba en la capital china y en la misma corte imperial es el privilegio extraordinario que se le concedió, impensable para un extranjero, de recibir sepultura en tierra china. Aún hoy se puede venerar su tumba en Pekín, oportunamente restaurada por las autoridades locales. Las múltiples iniciativas promovidas en Europa y en China para honrar al padre Ricci, muestran el vivo interés que su obra sigue suscitando en la Iglesia y en ambientes culturales distintos.

La historia de las misiones católicas comprende figuras de gran talla por el

celo y la valentía de llevar a Cristo a tierras nuevas y lejanas, pero el padre Ricci es un caso singular de feliz síntesis entre el anuncio del Evangelio y el diálogo con la cultura del pueblo al que lo anuncia, un ejemplo de equilibrio entre claridad doctrinal y prudente acción pastoral. No sólo el aprendizaje profundo de la lengua, sino también la asunción del estilo de vida y de las costumbres de las clases cultas chinas, fruto del estudio y del ejercicio paciente y clarividente, hicieron que los chinos aceptaran al padre Ricci con respeto y estima, no ya como a un extranjero, sino como al «Maestro del gran Occidente». En el «Museo del milenio» de Pekín sólo se recuerda a dos extranjeros entre los grandes de la historia de China: Marco Polo y el padre Matteo Ricci.

La obra de este misionero presenta dos aspectos que no deben separarse: la inculturación china del anuncio evangélico y la presentación a China de la cultura y de la ciencia occidentales. A menudo los aspectos científicos han despertado mayor interés, pero no hay que olvidar la perspectiva con la cual el padre Ricci entró en relación con el mundo y la cultura chinas: un humanismo que considera a la persona insertada en su contexto, cultiva sus valores morales y espirituales, apreciando todo lo que de positivo se encuentra en la tradición china y ofreciendo enriquecerla con la contribución de la cultura occidental, pero sobre todo con la sabiduría y la verdad de Cristo. El pa-

dre Ricci no va a China para llevar la ciencia y la cultura de Occidente, sino para llevarle el Evangelio, para dar a conocer a Dios. Escribe: «Durante más de veinte años cada mañana y cada noche he rezado llorando con la mirada hacia el cielo. Sé que el Señor del cielo tiene piedad de las criaturas vivas y las perdona (...). La verdad sobre el Señor del cielo ya está en el corazón de los hombres. Pero los seres humanos no la comprenden inmediatamente y, además, no están inclinados a reflexionar sobre semejante cuestión» (*Il vero significato del «Signore del cielo»*, Roma 2006, pp. 69-70). Y precisamente mientras lleva el Evangelio, el padre Ricci encuentra en sus interlocutores la petición de una confrontación más amplia, de modo que el encuentro motivado por la fe se convierte también en diálogo entre culturas; un diálogo desinteresado, sin intereses, que no busca poder económico o político, vivido en la amistad, que hace de la obra del padre Ricci y de sus discípulos uno de los puntos más altos y felices en la relación entre China y Occidente. El «Tratado de la amistad» (1595), una de sus primeras y más conocidas obras en chino, es elocuente al respecto. En el pensamiento y en las enseñanzas del padre Ricci ciencia, razón y fe encuentran una síntesis natural: «Quien conoce el cielo y la tierra -escribe en el prólogo a la tercera edición del mapamundi- puede experimentar que quien gobierna el cielo y la tierra es absolutamente bueno, absolutamente grande y absolutamente uno. Los ignorantes rechazan el

cielo, pero la ciencia que no se remonta al Emperador del cielo como a la primera causa, no es para nada ciencia».

Sin embargo, la admiración hacia el padre Ricci no debe hacer olvidar el papel y el influjo de sus interlocutores chinos. Las decisiones que tomó no dependían de una estrategia abstracta de inculturación de la fe, sino del conjunto de los acontecimientos, los encuentros y las experiencias que iba haciendo, de modo que lo que pudo realizar fue también gracias al encuentro con los chinos; un encuentro vivido de muchas maneras, pero que se profundizó mediante la relación con algunos amigos y discípulos, especialmente los cuatro célebres convertidos, «pilares de la Iglesia china naciente». El primero y más famoso de estos es Xu Guangqi, nativo de Shanghai, literato y científico, matemático, astrónomo, estudioso de agricultura, que llegó a los más altos grados de la burocracia imperial, hombre íntegro, de gran fe y vida cristiana, dedicado al servicio de su país, y que ocupa un lugar de relieve en la historia de la cultura china. Es él, por ejemplo, quien convence y ayuda al padre Ricci a traducir al chino los «Elementos» de Euclides, obra fundamental de la geometría, o quien obtiene que el emperador confíe a los astrónomos jesuitas la reforma del calendario chino. Asimismo, otro de los estudiosos chinos convertidos al cristianismo -Li Zhizao- ayuda al padre Ricci en la realización de las últimas y más desarrolladas ediciones del mapa-

mundi, que dio a los chinos una nueva imagen del mundo. Describía al padre Ricci con estas palabras: «Creo que es un hombre singular porque vive en el celibato, no busca altos cargos, habla poco, tiene una conducta regulada y esto todos los días, cultiva la virtud en secreto y sirve a Dios continuamente». Por tanto, es justo asociar al padre Matteo Ricci también con sus grandes amigos chinos, que compartieron con él la experiencia de la fe.

Queridos hermanos y hermanas, que el recuerdo de estos hombres de Dios entregados al Evangelio y a la Iglesia, su ejemplo de fidelidad a Cristo, el profundo amor hacia el pueblo chino, el compromiso de inteligencia y de estudio, su vida virtuosa, sean ocasión de oración por la Iglesia en China y por todo el pueblo chino, como hacemos cada año, el 24 de mayo, dirigiéndonos a María santísima, venerada en el célebre santuario de Sheshan en Shanghai; y que sirvan también de estímulo y aliento a vivir con intensidad la fe cristiana, en el diálogo con las distintas culturas, pero en la certeza de que en Cristo se realiza el verdadero humanismo, abierto a Dios, rico en valores morales y espirituales y capaz de responder a los deseos más profundos del alma humana. También yo, como el padre Matteo Ricci, expreso hoy mi profunda estima al noble pueblo chino y a su cultura milenaria, convencido de que un renovado encuentro suyo con el cristianismo aportará frutos abundantes de bien, al igual que entonces

favoreció una convivencia pacífica entre los pueblos. Gracias.

Palabras del Papa, Benedicto XVI, durante la conclusión solemne del Mes de María

Gruta de Lourdes de los Jardines Vaticanos. Lunes, 31 de mayo de 2010

Queridos hermanos y hermanas:

Con gran alegría, me uno a vosotros, al término de este tradicional encuentro de oración, con el que concluye el mes de mayo en el Vaticano. Haciendo referencia a la liturgia de hoy, queremos contemplar a María santísima en el misterio de su Visitación. En la Virgen María que va a visitar a su pariente Isabel, reconocemos el ejemplo más límpido y el significado más verdadero de nuestro camino de creyentes y del camino de la Iglesia misma. La Iglesia, por su naturaleza, es misionera, está llamada a anunciar el Evangelio en todas partes y siempre, a transmitir la fe a todo hombre y mujer, y en toda cultura.

«En aquellos días -escribe el evangelista san Lucas- se levantó María y se fue con prontitud a la región montañosa, a una ciudad de Judá» (Lc 1, 39). El viaje de María es un auténtico viaje misionero. Es un viaje que la lleva lejos de casa, la impulsa al mundo, a lugares extraños a sus costumbres dia-

rias; en cierto sentido, la hace llegar hasta confines inalcanzables para ella. Está precisamente aquí, también para todos nosotros, el secreto de nuestra vida de hombres y de cristianos. Nuestra existencia, como personas y como Iglesia, está proyectada hacia fuera de nosotros. Como ya había sucedido con Abraham, se nos pide salir de nosotros mismos, de los lugares de nuestras seguridades, para ir hacia los demás, a lugares y ámbitos distintos. Es el Señor quien nos lo pide: «Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos... hasta los confines de la tierra» (*Hch* 1, 8). Y también es el Señor quien, en este camino, nos pone al lado a María como compañera de viaje y madre solícita. Ella nos tranquiliza, porque nos recuerda que su Hijo Jesús está siempre con nosotros, como lo prometió: «Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (*Mt* 28, 20).

El evangelista anota que «María permaneció con ella (con su prima Isabel) unos tres meses» (*Lc* 1, 56). Estas sencillas palabras revelan el objetivo más inmediato del viaje de María. El ángel le había anunciado que Isabel esperaba un hijo y que ya estaba en el sexto mes de embarazo (cf. *Lc* 1, 36). Pero Isabel era de edad avanzada y la cercanía de María, todavía muy joven, podía serle útil. Por esto María va a su casa y permanece con ella unos tres meses, para ofrecerle la cercanía afectuosa, la ayuda concreta y todas las atenciones cotidianas que necesitaba. Isabel se convierte

así en el símbolo de tantas personas ancianas y enfermas, es más, de todas las personas que necesitan ayuda y amor. Y son numerosas también hoy, en nuestras familias, en nuestras comunidades, en nuestras ciudades. Y María -que se había definido «la esclava del Señor» (*Lc* 1, 38)- se hace esclava de los hombres. Más precisamente, sirve al Señor que encuentra en los hermanos.

Pero la caridad de María no se limita a la ayuda concreta, sino que alcanza su culmen dando a Jesús mismo, «haciendo que lo encuentren». Es de nuevo san Lucas quien lo subraya: «En cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno» (*Lc* 1, 41). Nos encontramos así en el corazón y en el culmen de la misión evangelizadora. Éste es el significado más verdadero y el objetivo más genuino de todo camino misionero: dar a los hombres el Evangelio vivo y personal, que es el propio Señor Jesús. Y comunicar y dar a Jesús -como atestigua Isabel- llena el corazón de alegría: «En cuanto llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno» (*Lc* 1, 44). Jesús es el verdadero y único tesoro que nosotros tenemos para dar a la humanidad. De él sienten profunda nostalgia los hombres y las mujeres de nuestro tiempo, incluso cuando parecen ignorarlo o rechazarlo. De él tienen gran necesidad la sociedad en que vivimos, Europa y todo el mundo.

A nosotros, se nos ha confiado esta extraordinaria responsabilidad. Vivámosla

con alegría y con empeño, para que en nuestra civilización reinen realmente la verdad, la justicia, la libertad y el amor, pilares fundamentales e insustituibles de una verdadera convivencia ordenada y pacífica. Vivamos esta responsabilidad permaneciendo asiduos en la escucha de la Palabra de Dios, en la unión fraterna, en la fracción del pan y en las oraciones (cf. *Hch* 2, 42). Pidamos juntos esta gracia a la Virgen santísima esta noche. A todos os imparto mi bendición.

Diálogo del Papa, Benedicto XVI, con los sacerdotes, durante la Vigilia con ocasión del Encuentro Internacional de sacerdotes en la clausura del Año Sacerdotal

Plaza de San Pedro. Jueves, 10 de junio de 2010

América

Pregunta: *Santo Padre, soy José Eduardo Oliveira Silva y vengo de América, en concreto de Brasil. La mayoría de los aquí presentes estamos comprometidos en la pastoral directa, en la parroquia, y no sólo con una comunidad, pues a veces somos párrocos de varias parroquias, o de comunidades particularmente extensas. Con toda la buena voluntad, tratamos de proveer a las necesidades de una sociedad muy cambiada, que ya no es completamente cristiana, pero nos damos cuenta de que no basta con «hacer». ¿A dónde ir, Santidad? ¿En qué dirección?*

Respuesta: Queridos amigos, ante todo quiero expresar mi gran alegría porque se han reunido aquí sacerdotes de todas partes del mundo, en el gozo de nuestra vocación y en la disponibilidad a servir al Señor con todas nuestras fuerzas, en nuestro tiempo. Respecto a la pregunta: soy perfectamente consciente de que hoy en día es muy difícil ser párroco, también y, sobre todo, en los países de cristiandad antigua; son cada vez más extensas las parroquias, las unidades pastorales... Es imposible conocer a todos, es imposible cumplir todas las tareas que uno se esperaría de un párroco. Y así, realmente, nos preguntamos a dónde ir, como usted ha dicho. Pero ante todo quiero decir: sé que hay muchos párrocos en el mundo que realmente dedican todas sus energías a la evangelización, a la presencia del Señor y de sus sacramentos, y a estos párrocos fieles, que trabajan con todas las fuerzas de su vida, de nuestro ser apasionados de Cristo, quiero decir un gran «gracias» en este momento. He dicho que no es posible hacer todo lo que se desea, todo lo que quizá habría que hacer, porque nuestras fuerzas son limitadas y las situaciones son difíciles en una sociedad cada vez más diversificada, más complicada. Yo pienso que lo más importante es que los fieles puedan ver que este sacerdote no desempeña sólo un «oficio», haciendo horas de trabajo, y luego está libre y vive sólo para sí mismo, sino que es un hombre apasionado de Cristo, que lleva dentro el fuego del amor de Cristo. Si los fieles ven que está lleno de la alegría del

Señor, comprenden también que no puede hacer todo, aceptan sus limitaciones y ayudan al párroco. Me parece que éste es el punto más importante: que se pueda ver y sentir que el párroco realmente se siente una persona llamada por el Señor; está lleno de amor por el Señor y por los suyos. Si es así, se entiende y se puede ver también la imposibilidad de hacerlo todo. Por tanto, la primera condición es estar llenos de la alegría del Evangelio con todo nuestro ser. Luego hay que escoger, tener prioridades, ver lo que es posible y lo que es imposible. Diría que las tres prioridades fundamentales las conocemos: son las tres columnas de nuestro ser sacerdotes. Primero, la Eucaristía, los sacramentos: hacer posible y presente la Eucaristía, sobre todo la dominical, en la medida de lo posible, para todos, y celebrarla de modo que sea realmente el acto visible de amor del Señor por nosotros. Después, el anuncio de la Palabra en todas sus dimensiones: del diálogo personal hasta la homilía. El tercer punto es la «caritas», el amor de Cristo: estar presentes para los que sufren, para los pequeños, para los niños, para las personas que pasan dificultades, para los marginados; hacer realmente presente el amor del Buen Pastor. Y luego, otra prioridad muy importante es la relación personal con Cristo. En el Breviario, el 4 de noviembre, leemos un hermoso texto de san Carlos Borromeo, gran pastor, que se entregó totalmente, y que nos dice a todos los sacerdotes: «No descuides tu propia alma: si descuidas tu propia

alma, tampoco puedes dar a los demás lo que deberías dar. Por lo tanto, también para ti mismo, para tu alma, debes tener tiempo», o, en otras palabras, la relación con Cristo, el coloquio personal con Cristo es una prioridad pastoral fundamental, es condición para nuestro trabajo por los demás. Y la oración no es algo marginal: precisamente rezar es «oficio» del sacerdote, también como representante de la gente que no sabe rezar o no encuentra el tiempo para rezar. La oración personal, sobre todo, el rezo de la liturgia de las Horas, es alimento fundamental para nuestra alma, para toda nuestra acción. Y, por último, reconocer nuestras limitaciones, abrírnos también a esta humildad. Recordemos una escena de Marcos, capítulo 6, donde los discípulos están «estresados», quieren hacerlo todo, y el Señor les dice: «Venid también vosotros aparte, para descansar un poco» (cf. *Mc* 6, 31). También esto es trabajo -diría- pastoral: encontrar y tener la humildad, la valentía de descansar. Por lo tanto, pienso que el celo por el Señor, el amor al Señor, nos muestra las prioridades, las opciones; nos ayuda a encontrar el camino. El Señor nos ayudará. ¡Gracias a todos vosotros!

África

P.: *Santidad, soy Mathias Agnero y vengo de África, en concreto de Costa de Marfil. Usted es un Papa teólogo, mientras que nosotros, cuando lo logramos, apenas leemos algún que otro libro de teología para la formación. Sin em-*

bargo, nos parece que se ha creado una fractura entre teología y doctrina y, aún más, entre teología y espiritualidad. Se siente la necesidad de que el estudio no sea totalmente académico sino que realmente nuestra espiritualidad. Sentimos esta necesidad de modo especial en el ministerio pastoral. A veces la teología no parece tener a Dios en el centro y a Jesucristo como primer «lugar teológico», sino que parece seguir más bien los gustos y las tendencias generalizadas; y la consecuencia es la proliferación de opiniones subjetivas que permiten que se introduzca, también en la Iglesia, un pensamiento no católico. ¿Cómo evitar desorientarnos en nuestra vida y en nuestro ministerio, cuando es el mundo el que juzga la fe y no viceversa? ¿Nos sentimos «descentrados»!

R.: Gracias. Usted toca un problema muy difícil y doloroso. Existe realmente una teología que quiere ser sobre todo académica, parecer científica, y olvida la realidad vital, la presencia de Dios, su presencia entre nosotros, su hablar hoy, no sólo en el pasado. San Buenaventura en su tiempo ya distinguió entre dos formas de teología; dijo: «Existe una teología que viene de la arrogancia de la razón, que quiere dominarlo todo, hacer que Dios pase de sujeto a objeto que nosotros estudiamos, mientras que debería ser sujeto que nos habla y nos guía». Existe realmente este abuso de la teología, que es arrogancia de la razón y no nutre la fe, sino que oscurece la presencia de Dios en el mundo. Por otra parte, existe una teología que

quiere conocer más por amor al amado; estimulada por el amor y guiada por el amor, quiere conocer más al amado. Y esta es la verdadera teología, que viene del amor de Dios, de Cristo, y quiere entrar más profundamente en comunión con Cristo. En realidad, las tentaciones hoy son grandes; sobre todo, se impone la llamada «visión moderna del mundo» (Bultmann, «*modernes Weltbild*»), que se convierte en el criterio de lo que sería posible o imposible. Y así, precisamente con este criterio de que todo es como siempre, de que todos los acontecimientos históricos son del mismo tipo, se excluye la novedad del Evangelio, se excluye la irrupción de Dios, la verdadera novedad que es la alegría de nuestra fe. ¿Qué hacer? Yo diría primero de todo a los teólogos: sed valientes. Y quiero dar sinceramente las gracias a los numerosos teólogos que hacen un buen trabajo. Existen los abusos, lo sabemos, pero en todas partes del mundo existen numerosos teólogos que viven verdaderamente de la Palabra de Dios, se alimentan de la meditación, viven la fe de la Iglesia y quieren ayudar a fin de que la fe esté presente en nuestro tiempo. A estos teólogos quiero decir un gran «gracias». Y diría a los teólogos en general: «¡No tengáis miedo de este fantasma de la cientificidad!». Yo sigo la teología desde 1946; comencé a estudiar teología en enero de 1946 y, por consiguiente, he visto casi tres generaciones de teólogos, y puedo decir: las hipótesis que en aquel tiempo, y más tarde en los años sesenta y ochenta eran las más nuevas, absolu-

tamente científicas, absolutamente casi dogmáticas, han quedado anticuadas y ya no valen. Muchas de ellas casi parecen ridículas. Por lo tanto, hay que tener la valentía de resistir a la aparente cientificidad, de no someterse a todas las hipótesis del momento, sino pensar realmente a partir de la gran fe de la Iglesia, que está presente en todos los tiempos y nos abre el acceso a la verdad. Sobre todo, también, no pensar que la razón del positivismo, que excluye lo trascendente -lo considera inaccesible- es la razón verdadera. Esta razón débil, que presenta sólo las cosas experimentables, es realmente una razón insuficiente. Nosotros, los teólogos, debemos usar la razón grande, que está abierta a la grandeza de Dios. Debemos tener la valentía de ir, más allá del positivismo, a la cuestión de las raíces del ser. Esto me parece sumamente importante. Por consiguiente, hay que tener la valentía de la razón grande, amplia, tener la humildad de no someterse a todas las hipótesis del momento, vivir de la gran fe de la Iglesia de todos los tiempos. No existe una mayoría contra la mayoría de los santos: la verdadera mayoría son los santos en la Iglesia y debemos orientarnos hacia los santos. A los seminaristas y a los sacerdotes, les digo lo mismo: pensad que la Sagrada Escritura no es un libro aislado, sino que vive en la comunidad viva de la Iglesia, que es el mismo sujeto en todos los siglos y garantiza la presencia de la Palabra de Dios. El Señor nos ha dado la Iglesia como sujeto vivo, con la estructura de los obispos en comunión

con el Papa, y esta gran realidad de los obispos del mundo en comunión con el Papa nos garantiza el testimonio de la verdad permanente. Tengamos confianza en este Magisterio permanente de la comunión de los obispos con el Papa, que nos representa la presencia de la Palabra. Y luego, tengamos también confianza en la vida de la Iglesia y, sobre todo, debemos ser críticos. Ciertamente la formación teológica -esto lo quiero decir a los seminaristas- es muy importante. En nuestro tiempo debemos conocer bien la Sagrada Escritura, también contra los ataques de las sectas; debemos ser realmente amigos de la Palabra. Debemos conocer también las corrientes de nuestro tiempo para poder responder razonablemente, para poder dar -como dice san Pedro- «razón de nuestra fe». La formación es muy importante. Pero también debemos ser críticos: el criterio de la fe es el criterio con el que hay que mirar también a los teólogos y las teologías. El Papa Juan Pablo II nos dio un criterio absolutamente seguro en el *Catecismo de la Iglesia católica*: aquí vemos la síntesis de nuestra fe, y este *Catecismo* es verdaderamente el criterio para ver a dónde va una teología aceptable o no aceptable. Por tanto, recomiendo la lectura, el estudio de este texto, y así podemos avanzar con una teología crítica en el sentido positivo, es decir, crítica contra las tendencias de moda y abierta a las verdaderas novedades, a la profundidad inagotable de la Palabra de Dios, que se revela nueva en todos los tiempos, también en nuestro tiempo.

Europa

P.: *Santo Padre, soy Karol Miklosko y vengo de Europa, en concreto de Eslovaquia, y soy misionero en Rusia. Cuando celebro la santa misa me encuentro a mí mismo y entiendo que allí encuentro mi identidad, la raíz y la energía de mi ministerio. El sacrificio de la cruz me revela al Buen Pastor que da todo por su rebaño, por cada oveja, y cuando digo: «Éste es mi Cuerpo ... Ésta es mi Sangre» entregado y derramada en sacrificio por vosotros, comprendo la belleza del celibato y de la obediencia, que libremente prometí en el momento de la ordenación. Aunque con las dificultades naturales, mirando a Cristo, el celibato me parece obvio, pero me deja trastornado leer tantas críticas mundanas a este don. Le pido humildemente, Padre Santo, que nos ilumine sobre la profundidad y el sentido auténtico del celibato eclesial.*

R.: Gracias por las dos partes de su pregunta. La primera muestra el fundamento permanente y vital de nuestro celibato; la segunda muestra todas las dificultades en las cuales nos encontramos en nuestro tiempo. Es importante la primera parte, es decir: el centro de nuestra vida debe ser realmente la celebración diaria de la santa Eucaristía; y aquí son centrales las palabras de la consagración: «Este es mi Cuerpo... Esta es mi Sangre»; es decir: hablamos *in persona Christi*. Cristo nos permite usar su «yo», hablamos en el «yo» de Cristo, Cristo nos «atrae a sí» y nos permite unirnos, nos une a su

«yo». Y así, mediante esta acción, este hecho de que él nos «atrae» a sí mismo, de modo que nuestro «yo» queda unido al suyo, realiza la permanencia, la unicidad de su sacerdocio; así él es siempre realmente el único Sacerdote y, sin embargo, está muy presente en el mundo, porque nos «atrae» a sí mismo y así hace presente su misión sacerdotal. Esto significa que somos «incorporados» en el Dios de Cristo: esta unión con su «yo» es la que se realiza en las palabras de la consagración. También en el «yo te absuelvo» -porque ninguno de nosotros podría absolver de los pecados- es el «yo» de Cristo, de Dios, el único que puede absolver. Esta unificación de su «yo» con el nuestro implica que somos «incorporados» también en su realidad de resucitado, avanzamos hacia la vida plena de la resurrección, de la cual Jesús habla a los saduceos en Mateo, capítulo 22: es una vida «nueva», en la cual ya estamos más allá del matrimonio (cf. *Mt* 22, 23-32). Es importante que nos dejemos penetrar siempre por esta identificación del «yo» de Cristo con nosotros, por este ser «llevados» hacia el mundo de la resurrección. En este sentido, el celibato es una anticipación. Trascendemos este tiempo y avanzamos, y así «atraemos» nuestra persona y nuestro tiempo hacia el mundo de la resurrección, hacia la novedad de Cristo, hacia la nueva y verdadera vida. Por tanto, el celibato es una anticipación que hace posible la gracia del Señor que nos «atrae» a sí hacia el mundo de la resurrección; nos invita siempre de nuevo a trascender

nuestra persona, este presente, hacia el verdadero presente del futuro, que se convierte en presente hoy. Y éste es un punto muy importante. Un gran problema de la cristiandad del mundo de hoy es que ya no se piensa en el futuro de Dios: parece que basta el presente de este mundo. Queremos tener sólo este mundo, vivir sólo en este mundo. Así cerramos las puertas a la verdadera grandeza de nuestra existencia. El sentido del celibato como anticipación del futuro significa precisamente abrir estas puertas, hacer más grande el mundo, mostrar la realidad del futuro que debemos vivir ya como presente. Por tanto, vivir testimoniando la fe: si creemos realmente que Dios existe, que Dios tiene que ver con mi vida, que puedo fundar mi vida en Cristo, en la vida futura, afrontemos ahora las críticas mundanas de las cuales usted ha hablado. Es verdad que para el mundo agnóstico, el mundo en el que Dios no cuenta, el celibato es un gran escándalo, porque muestra precisamente que Dios es considerado y vivido como realidad. Con la vida escatológica del celibato, el mundo futuro de Dios entra en las realidades de nuestro tiempo. Y eso no debería ser así. En cierto sentido, esta crítica permanente contra el celibato puede sorprender, en un tiempo en el que está cada vez más de moda no casarse. Pero el no casarse es algo fundamentalmente muy distinto del celibato, porque el no casarse se basa en la voluntad de vivir sólo para uno mismo, de no aceptar ningún vínculo definitivo, de mantener la vida en una

plena autonomía en todo momento, decidir en todo momento qué hacer, qué tomar de la vida; y, por tanto, un «no» al vínculo, un «no» a lo definitivo, un guardarse la vida sólo para sí mismos. Mientras que el celibato es precisamente lo contrario: es un «sí» definitivo, es un dejar que Dios nos tome de la mano, abandonarse en las manos del Señor, en su «yo», y, por tanto, es un acto de fidelidad y de confianza, un acto que supone también la fidelidad del matrimonio; es precisamente lo contrario de este «no», de esta autonomía que no quiere crearse obligaciones, que no quiere aceptar un vínculo; es precisamente el «sí» definitivo que supone, confirma el «sí» definitivo del matrimonio. Y este matrimonio es la forma bíblica, la forma natural del ser hombre y mujer, fundamento de la gran cultura cristiana, de grandes culturas del mundo. Y, si desapareciera, quedaría destruida la raíz de nuestra cultura. Por esto, el celibato confirma el «sí» del matrimonio con su «sí» al mundo futuro, y así queremos avanzar y hacer presente este escándalo de una fe que basa toda la existencia en Dios. Sabemos que junto a este gran escándalo, que el mundo no quiere ver, existen también los escándalos secundarios de nuestras insuficiencias, de nuestros pecados, que oscurecen el verdadero y gran escándalo, y hacen pensar: «No viven realmente sobre el fundamento de Dios». Pero ¡hay tanta fidelidad! Precisamente las críticas muestran que el celibato es un gran signo de la fe, de la presencia de Dios en el mundo.

Pidamos al Señor que nos libre de los escándalos secundarios, para que haga presente el gran escándalo de nuestra fe: la confianza, la fuerza de nuestra vida, que se funda en Dios y en Cristo Jesús.

Asia

P.: *Santo Padre, soy Atsushi Yamashita y vengo de Asia, en concreto de Japón. El modelo sacerdotal que Su Santidad nos propuso en este Año, el cura de Ars, ve en el centro de la existencia y del ministerio la Eucaristía, la Penitencia sacramental y personal y el amor al culto, celebrado dignamente. Llevo en los ojos los signos de la austera pobreza de san Juan María Vianney y, a la vez, de su celo por las cosas preciosas para el culto. ¿Cómo vivir estas dimensiones fundamentales de nuestra existencia sacerdotal, sin caer en el clericalismo o alejarnos de la realidad, cosa que hoy el mundo no nos permite?*

R.: Gracias. Su pregunta es: cómo vivir la centralidad de la Eucaristía sin perderse en una vida puramente cultural, extraños a la vida cotidiana de las demás personas. Sabemos que el clericalismo es una tentación de los sacerdotes de todos los siglos, también hoy; por eso, es muy importante encontrar el modo verdadero de vivir la Eucaristía, que no es estar cerrados al mundo, sino precisamente estar abiertos a las necesidades del mundo. Debemos tener presente que en la Eucaristía se realiza este gran drama de Dios que sale de sí mismo, deja -como dice la carta

a los Filipenses- su propia gloria, sale y desciende hasta ser uno de nosotros, y se rebaja hasta la muerte de cruz (cf. *Flp* 2). La aventura del amor de Dios, que deja, se despoja de sí mismo para estar con nosotros, y esto se hace presente en la Eucaristía; el gran acto, la gran aventura del amor de Dios es la humildad de Dios que se entrega a nosotros. En este sentido hay que considerar la Eucaristía como el entrar en este camino de Dios. San Agustín dice en el libro X del *De Civitate Dei*: «*Hoc est sacrificium christianorum: multi unum corpus in Christo*», es decir: el sacrificio de los cristianos es estar unidos al amor de Cristo en la unidad del único cuerpo de Cristo. El sacrificio consiste precisamente en salir de nosotros mismos, en dejarnos atraer en la comunión del único pan, del único Cuerpo, y entrar de este modo en la gran aventura del amor de Dios. Así debemos celebrar, vivir, meditar siempre la Eucaristía, como esta escuela de la liberación de mi «yo»: entrar en el único pan, que es pan de todos, que nos une en el único Cuerpo de Cristo. Por lo tanto, la Eucaristía es, de por sí, un acto de amor, nos obliga a esta realidad del amor por los demás: el sacrificio de Cristo es la comunión de todos en su Cuerpo. De este modo debemos entender la Eucaristía, que es precisamente lo contrario del clericalismo, del encerrarse en sí mismos. Pensemos también en la madre Teresa, verdaderamente el ejemplo grande en este siglo, en este tiempo, de un amor que se despoja de sí mismo, que abandona todo tipo de clericalis-

mo, de alejamiento del mundo, que va a los más marginados, a los más pobres, a las personas cercanas a la muerte y se da totalmente al amor por los pobres, por los marginados. Pero la madre Teresa, que nos dio este ejemplo, y la comunidad que sigue sus huellas, suponía siempre como primera condición de una fundación suya la presencia de un sagrario. Sin la presencia del amor de Dios que se da, no habría sido posible realizar ese apostolado, no habría sido posible vivir en ese abandono de sí mismos; sólo insertándose en este abandono de sí en Dios, en esta aventura de Dios, en esta humildad de Dios, podían y pueden cumplir hoy este gran acto de amor, esta apertura a todos. En este sentido, diría: vivir la Eucaristía en su sentido originario, en su verdadera profundidad, es una escuela de vida, es la protección más segura contra toda tentación de clericalismo.

Oceanía

P.: *Santo Padre, soy Anthony Denton y vengo de Oceanía, de Australia. Esta noche aquí somos muchísimos sacerdotes. Pero sabemos que nuestros seminarios no están llenos y que, en el futuro, en varias partes del mundo, nos espera una disminución, incluso brusca. ¿Qué hacer que sea realmente eficaz para las vocaciones? ¿Cómo proponer nuestra vida, lo que de grande y bello hay en ella, a un joven de nuestro tiempo?*

R.: Gracias. Realmente usted toca de nuevo un problema grande y doloroso

de nuestro tiempo: la falta de vocaciones, a causa de la cual hay Iglesias particulares que corren el peligro de secarse, porque falta la Palabra de vida, falta la presencia del sacramento de la Eucaristía y de los demás sacramentos. ¿Qué hacer? Es grande la tentación de ocuparnos nosotros del asunto, de transformar el sacerdocio -el sacramento de Cristo, el ser elegido por él- en una tarea normal y corriente, en un «oficio» que tiene un horario, y por lo demás uno se pertenece sólo a sí mismo; convirtiéndolo así en una vocación como cualquier otra: haciéndolo accesible y fácil. Pero ésta es una tentación que no resuelve el problema. Me hace pensar en la historia de Saúl, el rey de Israel, que antes de la batalla contra los filisteos espera a Samuel para el necesario sacrificio a Dios. Y cuando Samuel, en el momento esperado, no llega, él mismo ofrece el sacrificio, aun sin ser sacerdote (cf. *1 S 13*); piensa que así puede resolver el problema, que naturalmente no resuelve, porque se asume él la responsabilidad de lo que no puede hacer, se hace él mismo Dios, o casi, y no puede esperarse que las cosas vayan realmente según el modo de Dios. Así, también nosotros, si desempeñáramos sólo una profesión como los demás, renunciando a la sacralidad, a la novedad, a la diversidad del sacramento que da sólo Dios, que puede venir solamente de su vocación y no de nuestro «hacer», no resolveríamos nada. Con más razón debemos -como nos invita el Señor- pedir a Dios, llamar a la puerta, al corazón de Dios, para que nos dé vocaciones; pedir

con gran insistencia, con gran determinación y también con gran convicción, porque Dios no se cierra a una oración insistente, permanente, confiada, aunque deje hacer, esperar, como Saúl, más tiempo del que nosotros habíamos previsto. Este me parece el primer punto: alentar a los fieles a tener esta humildad, esta confianza, esta valentía de rezar con insistencia por las vocaciones, de llamar al corazón de Dios para que nos dé sacerdotes. Además de éste, creo que hay otros tres puntos. El primero: cada uno de nosotros debería hacer lo posible por vivir su propio sacerdocio de tal modo que resulte convincente, de tal manera que los jóvenes puedan decir: esta es una verdadera vocación, se puede vivir así, así se hace algo esencial por el mundo. Pienso que ninguno de nosotros se habría hecho sacerdote si no hubiera conocido sacerdotes convincentes en los cuales ardía el fuego del amor de Cristo. Por tanto, éste es el primer punto: intentemos ser nosotros mismos sacerdotes convincentes. El segundo punto es que debemos invitar, como ya he dicho, a la iniciativa de la oración, a tener esta humildad, esta confianza de hablar con Dios con fuerza, con decisión. El tercer punto: tener la valentía de proponer a los jóvenes la idea de que piensen si Dios los llama, porque con frecuencia una palabra humana es necesaria para abrir la escucha a la vocación divina; hablar con los jóvenes y sobre todo ayudarles a encontrar un contexto vital en el que puedan vivir. En el mundo de hoy, casi parece excluido que madure una voca-

ción sacerdotal; los jóvenes necesitan ambientes en los que se viva la fe, en los que se muestre la belleza de la fe, en los que se vea que este es un modelo de vida, «el» modelo de vida y, por tanto, ayudarles a encontrar movimientos, o la parroquia -la comunidad en parroquia- u otros contextos donde realmente estén rodeados de fe, de amor a Dios, y así puedan estar abiertos a fin de que la vocación de Dios llegue y los ayude. Por lo demás, demos gracias al Señor por todos los seminaristas de nuestro tiempo, por los jóvenes sacerdotes, y recemos. El Señor nos ayudará. Gracias a todos.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
al Banco de desarrollo del Consejo
de Europa***

*Sala Clementina. Sábado, 12 de junio
de 2010*

Señor gobernador y señores presidentes; señoras y señores embajadores; señoras y señores administradores; queridos amigos:

La 45ª reunión conjunta del Banco de Desarrollo del Consejo de Europa os ha traído a Roma y tengo el placer de recibirlos esta mañana en el palacio apostólico al término de vuestro encuentro.

Le agradezco, señor gobernador, sus palabras, que subrayan la importancia

que la Santa Sede da al Banco de Desarrollo del Consejo de Europa, del cual es miembro desde 1973. En 1956, el Consejo de Europa fundó un banco con una vocación exclusivamente social, para tener un instrumento cualificado a fin de promover su propia política de solidaridad. Desde sus comienzos, este banco se ha ocupado de los problemas relativos a los refugiados; luego extendió sus competencias a todo el ámbito de la cohesión social. La Santa Sede no puede menos de mirar con interés una institución que sostiene con sus préstamos proyectos sociales, que se preocupa del desarrollo, que responde a situaciones de urgencia y que quiere contribuir a mejorar las condiciones de vida de las personas necesitadas.

Los acontecimientos políticos que tuvieron lugar en Europa a finales del siglo pasado le permitieron respirar por fin con sus dos pulmones, por utilizar de nuevo la expresión de mi venerado predecesor. Todos sabemos que todavía queda un largo camino por recorrer para hacer efectiva esta realidad. En efecto, los intercambios económicos y financieros entre el este y el oeste de Europa se han desarrollado, pero ¿ha habido un progreso humano real? La liberación de las ideologías totalitarias, ¿no se ha usado unilateralmente sólo para el crecimiento económico y en detrimento de un desarrollo más humano que respete la dignidad y la nobleza del hombre?, ¿y no se han desdeñado, a veces, las riquezas espirituales que han modelado la identidad europea? Estoy

seguro de que las intervenciones del Banco en favor de los países del este, del centro y del sureste de Europa han permitido corregir los desequilibrios en favor de un proceso basado en la justicia y la solidaridad, elementos indispensables para el presente y el futuro de Europa.

Sabéis tan bien como yo que hoy el mundo y Europa pasan por un momento especialmente grave de crisis económica y financiera. Este tiempo no debe llevar a limitaciones que se basen solamente en un análisis estrictamente financiero. Al contrario, debe permitir al Banco de Desarrollo mostrar su originalidad, reforzando la integración social, la gestión del medio ambiente y el desarrollo de las infraestructuras públicas con vocación social. Animo vivamente el trabajo del Banco en este sentido, así como en el campo de la solidaridad. De este modo será fiel a su vocación.

Frente a los desafíos actuales que el mundo y Europa deben afrontar, en mi última encíclica, *Caritas in veritate*, llamé la atención sobre la doctrina social de la Iglesia y sobre su aportación positiva a la construcción de la persona humana y de la sociedad. La Iglesia, siguiendo a Cristo, ve el amor a Dios y al prójimo como un motor poderoso capaz de ofrecer auténtica energía, que podrá irrigar el ámbito social, jurídico, cultural, político y económico. Puse de manifiesto que la relación que existe entre el amor y la verdad, si se vive bien, es

una fuerza dinámica que regenera todos los vínculos interpersonales y que ofrece una novedad real en la nueva orientación de la vida económica y financiera, que renueva, al servicio del hombre y de su dignidad, para los cuales existen. La economía y las finanzas no existen sólo para sí mismas; son sólo un instrumento, un medio. Su finalidad es únicamente la persona humana y su realización plena en la dignidad. Este es el único capital que conviene salvar. Y en este capital se encuentra la dimensión espiritual de la persona humana. El cristianismo permitió a Europa comprender qué son la libertad, la responsabilidad y la ética que impregnan sus leyes y sus estructuras societarias. Marginalar al cristianismo -también excluyendo los símbolos que lo manifiestan- contribuiría a privar a nuestro continente de la fuente fundamental que lo alimenta incansablemente y que contribuye a su verdadera identidad. Efectivamente, el cristianismo está en el origen de los «valores espirituales y morales que son el patrimonio común de los pueblos europeos», valores por los cuales los Estados miembros del Consejo de Europa manifestaron su estima inquebrantable en el preámbulo de los Estatutos del Consejo de Europa. Esta estima, que se reafirmó en la Declaración de Varsovia de 2005, arraiga y garantiza la vitalidad de los principios en los que se funda la vida política y social europea y, especialmente, la actividad del Consejo de Europa.

En este contexto, el Banco de Desarrollo es ciertamente una institución

financiera y, por tanto, un instrumento económico. Sin embargo, su creación se realizó para responder a exigencias que superan el ámbito financiero y económico. Su razón de ser es social; por consiguiente, está llamado a ser plenamente aquello para lo que fue instituido: un instrumento técnico que permite la solidaridad. Esta se debe vivir en la fraternidad. La fraternidad es generosa, no calcula. Quizá habría que aplicar estos criterios en mayor medida en las decisiones internas del Banco y en su acción externa. La fraternidad permite espacios de gratuidad que, aun siendo indispensables, es difícil concebirlos o gestionarlos cuando los únicos fines que se persigue son la eficacia y el beneficio. Todos sabemos también que este dualismo no es un determinismo absoluto e insalvable sino que se puede superar. Por esto, la novedad sería introducir una lógica que hiciera de la persona humana, y especialmente de las familias y de quienes pasan por situaciones de grave necesidad, el centro y el objetivo de la economía.

En Europa, existe un rico pasado que ha visto cómo se desarrollaban experiencias de economía basadas en la fraternidad. Existen empresas con una finalidad social o mutualista, que han sufrido a causa de las leyes del mercado, pero que desean recobrar la fuerza de la generosidad de los orígenes. Creo también que, para vivir realmente la solidaridad, el Banco de Desarrollo del Consejo de Europa desea responder al ideal de fraternidad que acabo de men-

cionar, y explorar espacios en los que puedan expresarse la fraternidad y la lógica del don. Se trata de ideales que tienen raíces cristianas y que presidieron, junto al deseo de la paz, el nacimiento del Consejo de Europa.

La medalla que me acaba de regalar, señor gobernador, y que le agradezco, me permitirá recordar nuestro encuentro. Os aseguro, queridos amigos, mi oración y os aliento a seguir trabajando con valentía y lucidez para cumplir el importante deber que se os ha encomendado de contribuir al bien en nuestra querida Europa. Que Dios os bendiga a todos. Muchas gracias.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a la Academia Eclesiástica Pontificia***

Sala del Consistorio. Lunes, 14 de junio de 2010

*Venerados hermanos en el episcopado;
queridos sacerdotes:*

Siempre os recibo con alegría con motivo de nuestro acostumbrado encuentro, que me brinda la oportunidad de saludaros, alentaros y proponeros algunas reflexiones sobre el trabajo en las representaciones pontificias. Saludo al presidente, el arzobispo Beniamino Stella, que con entrega y sentido eclesial sigue vuestra formación, y le agradezco las palabras que me ha dirigido en nombre de todos. Expreso mi salu-

do y mi agradecimiento a sus colaboradores y a las Hermanas Franciscanas Misioneras del Niño Jesús.

Quisiera detenerme brevemente a comentar lo que significa el concepto de representación. Con frecuencia en la actualidad se considera de manera parcial: se tiende a asociarlo a algo meramente exterior, formal, poco personal.

El servicio de representación para el que os estáis preparando es, sin embargo, algo mucho más profundo, puesto que es participación en la *«sollicitudo omnium ecclesiarum»* que caracteriza el ministerio del Romano Pontífice. Se trata, por tanto, de una realidad eminentemente personal, destinada a tener una profunda incidencia en quien está llamado a desempeñar esa tarea particular. Precisamente desde esta perspectiva eclesial, el ejercicio de la representación implica la exigencia de acoger y alimentar con atención especial, en la propia vida sacerdotal, algunas dimensiones que quiero indicar, aunque sea brevemente, para que sean motivo de reflexión en vuestro camino formativo.

Ante todo, cultivar una adhesión interior plena a la persona del Papa, a su magisterio y al ministerio universal; es decir, adhesión plena a aquel que ha recibido la misión de confirmar a los hermanos en la fe (cf. *Lc 22, 32*) y que «es el principio y fundamento perpetuo y visible de unidad, tanto de

los obispos como de la multitud de los fieles» (*Lumen gentium*, 23). En segundo lugar, asumir, como estilo de vida y como prioridad cotidiana, un cuidado atento -una verdadera «pasión»- por la comunión eclesial. Representar al Romano Pontífice significa, además, tener la capacidad de ser un «puente» sólido, un canal seguro de comunicación entre las Iglesias particulares y la Sede Apostólica: por un lado, poniendo a disposición del Papa y de sus colaboradores una visión objetiva, correcta y profunda de la realidad eclesial y social en la que se vive; por otro, esforzándose por transmitir las normas, las indicaciones, las orientaciones que imparte la Santa Sede, no de manera burocrática, sino con profundo amor a la Iglesia y con la ayuda de la confianza personal pacientemente construida, respetando y valorando, al mismo tiempo, los esfuerzos de los obispos y el camino de las Iglesias particulares a las que se ha sido enviado.

Como se puede intuir, el servicio al que os estáis preparando exige una entrega plena y una disponibilidad generosa para sacrificar, si es necesario, intuiciones personales, proyectos propios y otras posibilidades de ejercicio del ministerio sacerdotal. Desde una perspectiva de fe y de respuesta concreta a la llamada de Dios, que hay que alimentar siempre en una relación intensa con el Señor, esto no menoscaba la originalidad de cada uno, sino que, por el contrario, resulta sumamente enriquecedor: el esfuerzo por ponerse

en sintonía con la perspectiva universal y con el servicio a la unidad de la grey de Dios, algo propio del ministerio petrino, es capaz de valorizar de manera singular las cualidades y los talentos de cada uno, según la lógica que san Pablo mostró a los cristianos de Corinto (cf. *1 Co* 12, 1-31). De este modo, el representante pontificio, junto con sus colaboradores, se convierte verdaderamente en signo de la presencia y de la caridad del Papa. Y si esto es un beneficio para la vida de todas las Iglesias particulares, lo es especialmente en las situaciones particularmente delicadas o difíciles en que, por diversas razones, se puede encontrar la comunidad cristiana. Se trata de un auténtico servicio sacerdotal, caracterizado por una analogía, no remota, con la representación de Cristo, típica del sacerdote que, como tal, tiene una dimensión sacrificial intrínseca.

De aquí deriva también el estilo peculiar del servicio de representación al que estáis llamados a ejercer ante las autoridades estatales o ante las organizaciones internacionales. También en estos ámbitos la figura y la presencia del nuncio, del delegado apostólico, del observador permanente, es determinada no sólo por el ambiente en el que trabaja, sino antes aún y principalmente por aquel a quien se está llamado a representar. Esto pone al representante pontificio en una situación particular respecto a los demás embajadores o enviados. De hecho, él siempre se identificará profundamente,

en un sentido sobrenatural, con aquel a quien representa. Ser portavoz del Vicario de Cristo puede ser comprometedo, en ocasiones sumamente exigente, pero nunca será mortificante o despersonalizador. Al contrario, es un modo original de realizar la propia vocación sacerdotal.

Queridos alumnos, deseando que vuestra casa sea, como le gustaba decir a mi predecesor, Pablo VI, una «escuela superior de caridad», os acompaño con mi oración y os encomiendo a la intercesión de la santísima Virgen María, *Mater Ecclesiae*, y de san Antonio abad, patrono de la Academia. A todos vosotros y a vuestros seres queridos imparto de corazón mi bendición.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante la apertura de la Asamblea Eclesial de la diócesis de Roma

Basilica de San Juan de Letrán. Martes, 15 de junio de 2010

Queridos hermanos y hermanas:

Dice el Salmo: «Ved: qué dulzura, qué delicia convivir los hermanos unidos» (*Sal* 133, 1). Es realmente así: para mí es motivo de profunda alegría encontrarme de nuevo con vosotros y compartir todo el bien -y es mucho- que las parroquias y las demás realidades eclesiales de Roma han realizado en este año pastoral. Saludo con afecto

fraterno al cardenal vicario y le agradezco las amables palabras que me ha dirigido y el empeño que diariamente pone en el gobierno de la diócesis, en el apoyo a los sacerdotes y a las comunidades parroquiales. Saludo a los obispos auxiliares, a todo el presbiterio y a cada uno de vosotros. Dirijo un saludo cordial a todos los que están enfermos y pasan por dificultades especiales, asegurándoles mi oración.

Como ha recordado el cardenal Vallini, desde el año pasado estamos comprometidos en la verificación de la pastoral ordinaria. Esta tarde reflexionamos sobre dos puntos de primordial importancia: «Eucaristía dominical y testimonio de la caridad». Conozco el gran trabajo que han realizado las parroquias, las asociaciones y los movimientos mediante encuentros de formación y de confrontación, para profundizar y vivir mejor estos dos componentes fundamentales de la vida y de la misión de la Iglesia y de cada creyente. Esto también ha favorecido la corresponsabilidad pastoral que, en la diversidad de los ministerios y de los carismas, debe extenderse cada vez más si deseamos realmente que el Evangelio llegue al corazón de cada habitante de Roma. Ya se ha hecho mucho y damos gracias al Señor por ello; pero todavía queda mucho por hacer, siempre con su ayuda.

La fe nunca puede darse por supuesta, porque cada generación necesita recibir este don mediante el anuncio

del Evangelio y conocer la verdad que Cristo nos ha revelado. La Iglesia, por tanto, siempre está comprometida en proponer a todos la herencia de la fe, que incluye también la doctrina sobre la Eucaristía -misterio central en el que «se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua» (*Presbyterorum ordinis*, 5)-; doctrina que, lamentablemente hoy no se comprende suficientemente en su valor profundo y en su relevancia para la existencia de los creyentes. Por esto, es importante que las distintas comunidades de nuestra diócesis de Roma perciban como una exigencia un conocimiento más profundo del misterio del Cuerpo y de la Sangre del Señor. Al mismo tiempo, con el espíritu misionero que queremos alimentar, es necesario que se extienda el compromiso de anunciar esa fe eucarística, para que todo hombre se encuentre con Jesucristo, que nos ha revelado al Dios «cercano», amigo de la humanidad, y de testimoniarla con una elocuente vida de caridad.

En toda su vida pública Jesús, mediante la predicación del Evangelio y los signos milagrosos, anunció la bondad y la misericordia del Padre para con el hombre. Esta misión alcanzó su culmen en el Gólgota, donde Cristo crucificado reveló el rostro de Dios, para que el hombre, contemplando la cruz, pueda reconocer la plenitud del amor (cf. *Deus caritas est*, 12). El sacrificio del Calvario se anticipa mistericamente en la última Cena, cuan-

do Jesús, compartiendo con los Doce el pan y el vino, los transforma en su cuerpo y en su sangre, que poco después ofrecería como Cordero inmolado. La Eucaristía es el memorial de la muerte y resurrección de Jesucristo, de su amor hasta el final por cada uno de nosotros, memorial que él quiso confiar a la Iglesia para que se celebrara a lo largo de los siglos. Según el significado del verbo hebreo *zakar*, el «memorial» no es simple recuerdo de algo que sucedió en el pasado, sino celebración que actualiza ese acontecimiento, reproduciendo su fuerza y su eficacia salvífica. Así «hace presente y actual el sacrificio que Cristo ofreció al Padre, una vez para siempre, en la cruz, en favor de la humanidad» (*Compendio del Catecismo de la Iglesia católica*, 280). Queridos hermanos y hermanas, en nuestro tiempo no se ama la palabra sacrificio; más aún, parece que pertenece a otras épocas y a otra manera de entender la vida. Sin embargo, bien comprendida, es y sigue siendo fundamental, porque nos revela con qué amor nos ama Dios en Cristo.

En la ofrenda que Jesús hace de sí mismo, encontramos toda la novedad del culto cristiano. En la antigüedad los hombres ofrecían en sacrificio a las divinidades los animales o las primicias de la tierra. Jesús, en cambio, se ofrece a sí mismo, ofrece su cuerpo y toda su existencia: él mismo en persona se convierte en el sacrificio que la liturgia ofrece en la santa misa. En efecto, con la consagración el pan y el vino se

convierten en su verdadero cuerpo y sangre. San Agustín invitaba a sus fieles a no detenerse en lo que aparecía a su vista, sino a ir más allá: «Reconoced en el pan -decía- el mismo cuerpo que colgó de la cruz, y en el cáliz a la misma sangre que brotó de su costado» (*Sermón* 228 b, 2). Para explicar esta conversión, la teología ha acuñado la palabra «transubstanciación», palabra que resonó por primera vez en esta basílica durante el IV concilio de Letrán, del cual dentro de cinco años se celebrará el VIII centenario. En aquella ocasión, se introdujeron en la profesión de fe las siguientes expresiones: «Jesucristo, cuyo cuerpo y sangre se contienen verdaderamente en el sacramento del altar bajo las especies del pan y del vino, después de transubstanciados, por virtud divina, el pan en el cuerpo y el vino en la sangre» (*DS*, 802). Por tanto, es fundamental que en los itinerarios de educación de los niños, los adolescentes y los jóvenes en la fe, al igual que en los «centros de escucha» de la Palabra de Dios, se subraye que en el sacramento de la Eucaristía Cristo está verdadera, real y substancialmente presente.

La santa misa, celebrada respetando las normas litúrgicas y con una adecuada valorización de la riqueza de los signos y de los gestos, favorece y promueve el crecimiento de la fe eucarística. En la celebración eucarística, nosotros no inventamos nada, sino que entramos en una realidad que nos precede, más aún, que abraza cielo y tierra y, por tanto, también pasado, futuro y presente.

Esta apertura universal, este encuentro con todos los hijos y las hijas de Dios es la grandeza de la Eucaristía: salimos al encuentro de la realidad de Dios presente en el cuerpo y sangre del Resucitado entre nosotros. Por tanto, las prescripciones litúrgicas dictadas por la Iglesia no son cosas exteriores, sino que expresan concretamente esta realidad de la revelación del cuerpo y sangre de Cristo, y así la oración revela la fe según el antiguo principio *lex orandi, lex credendi*. Por esto, podemos decir que «la mejor catequesis sobre la Eucaristía es la Eucaristía misma bien celebrada» (*Sacramentum caritatis*, 64). Es preciso que en la liturgia se manifieste con claridad la dimensión trascendente, la del Misterio, del encuentro con lo divino, que ilumina y eleva también la «horizontal», o sea, el vínculo de comunión y de solidaridad que existe entre cuantos pertenecen a la Iglesia. En efecto, cuando prevalece esta última no se comprende plenamente la belleza, la profundidad y la importancia del misterio celebrado. Queridos hermanos en el sacerdocio, en el día de la ordenación sacerdotal, el obispo os confió la tarea de presidir la Eucaristía. Apreciad siempre el ejercicio de esta misión: celebrad los misterios divinos con intensa participación interior, para que los hombres y las mujeres de nuestra ciudad puedan ser santificados, puestos en contacto con Dios, verdad absoluta y amor eterno.

Y tengamos presente también que la Eucaristía, vinculada a la cruz, a la

resurrección del Señor, ha dictado una nueva estructura a nuestro tiempo. Cristo resucitado se manifestó el día siguiente al sábado, el primer día de la semana, día del sol y de la creación. Desde el principio los cristianos han celebrado su encuentro con Cristo resucitado, la Eucaristía, en este primer día, en este nuevo día del verdadero sol de la historia, Cristo resucitado. Y así el tiempo comienza siempre de nuevo con el encuentro con Cristo resucitado, y este encuentro da contenido y fuerza a la vida de cada día. Por esto, para nosotros, los cristianos, es muy importante seguir este ritmo nuevo del tiempo, encontrarnos con Cristo resucitado los domingos y así «tomar» con nosotros su presencia, que nos transforme y transforme nuestro tiempo. Además, invito a todos a redescubrir la fecundidad de la adoración eucarística: delante del Santísimo Sacramento experimentamos de modo totalmente especial el «permanecer» de Jesús que él mismo, en el Evangelio de san Juan, pone como condición necesaria para dar mucho fruto (cf. *Jn* 15, 5) y evitar que nuestra acción apostólica se limite a un activismo estéril, sino que sea testimonio del amor de Dios.

La comunión con Cristo también es siempre comunión con su cuerpo que es la Iglesia, como recuerda el apóstol san Pablo diciendo: «El pan que partimos, ¿no es acaso comunión con el cuerpo de Cristo? Porque todos los que participamos de un solo pan, aun siendo muchos, formamos un solo pan y

un solo cuerpo» (*1 Co* 10, 16-17). De hecho, la Eucaristía es la que transforma a un simple grupo de personas en comunidad eclesial: la Eucaristía hace la Iglesia. Por consiguiente, es fundamental que la celebración de la santa misa sea efectivamente el culmen, la «estructura fundamental» de la vida de toda comunidad parroquial. Exhorto a todos a cuidar al máximo, incluso mediante grupos litúrgicos, la preparación y la celebración de la Eucaristía, a fin de que quienes participen en ella puedan encontrarse con el Señor. Es Cristo resucitado quien se hace presente entre nosotros hoy y nos reúne a su alrededor. Alimentándonos de él nos vemos liberados de los vínculos del individualismo y, por medio de la comunión con él, nos convertimos nosotros mismos, juntos, en una cosa sola, en su Cuerpo místico. Así se superan las diferencias debidas a la profesión, a la clase social o a la nacionalidad, porque descubrimos que somos miembros de una única gran familia, la de los hijos de Dios, en la que a cada uno se le da una gracia particular para la utilidad común. El mundo y los hombres no necesitan otra agregación social, sino que necesitan la Iglesia, que es en Cristo como un sacramento, es decir, «signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano» (*Lumen gentium*, 1), llamada a hacer que sobre todas las gentes resplandezca la luz del Señor resucitado.

Jesús vino para revelarnos el amor del Padre, porque «el hombre no pue-

de vivir sin amor» (Juan Pablo II, *Redemptor hominis*, 10). En efecto, el amor es la experiencia fundamental de todo ser humano, lo que da significado a la vida diaria. También nosotros, alimentados con la Eucaristía, siguiendo el ejemplo de Cristo, vivimos para él, para ser testigos del amor. Al recibir el Sacramento, entramos en comunión de sangre con Jesucristo. En la concepción judía, la sangre indica la vida; así, podemos decir que, alimentándonos del cuerpo de Cristo, acogemos la vida de Dios y aprendemos a mirar la realidad con sus ojos, abandonando la lógica del mundo para seguir la lógica divina del don y de la gratuidad. San Agustín recuerda que durante una visión le pareció oír la voz del Señor que le decía: «Manjar soy de grandes: crece y me comerás. Mas no me transformarás en ti como al manjar de tu carne, sino que tú te transformarás en mí» (cf. *Confesiones* VII, 10, 16). Cuando recibimos a Cristo, el amor de Dios se expande en lo íntimo de nuestro ser, modifica radicalmente nuestro corazón y nos hace capaces de gestos que, por la fuerza difusiva del bien, pueden transformar la vida de quienes están a nuestro lado. La caridad es capaz de generar un cambio auténtico y permanente de la sociedad, actuando en el corazón y en la mente de los hombres, y cuando se vive en la verdad «es la principal fuerza impulsora del auténtico desarrollo de cada persona y de toda la humanidad» (*Caritas in veritate*, 1). Para el discípulo de Jesús el testimonio de la caridad no es un sentimiento pasajero

sino, al contrario, es lo que plasma la vida en toda circunstancia. Os aliento a todos, especialmente a la Cáritas y a los diáconos, a comprometeros en el delicado y fundamental campo de la educación en la caridad, como dimensión permanente de la vida personal y comunitaria.

Nuestra ciudad pide a los discípulos de Cristo, además de un renovado anuncio del Evangelio, un testimonio más claro y límpido de la caridad. Con el lenguaje del amor, deseoso del bien integral del hombre, la Iglesia habla a los habitantes de Roma. En estos años de mi ministerio como Obispo vuestro, he visitado distintos lugares donde la caridad se vive de modo intenso. Estoy agradecido a cuantos están comprometidos en las diversas instituciones caritativas, por la dedicación y la generosidad con que sirven a los pobres y a los marginados. Las necesidades y la pobreza de numerosos hombres y mujeres nos interpelan profundamente: cada día es Cristo mismo quien, en los pobres, nos pide que le demos de comer y de beber, que lo visitemos en los hospitales y en las cárceles, que lo acogamos y lo vistamos. La Eucaristía celebrada nos impone y, al mismo tiempo, nos hace capaces de ser también nosotros pan partido para los hermanos, saliendo al encuentro de sus necesidades y entregándonos nosotros mismos. Por esto una celebración eucarística que no lleve a encontrarse con los hombres allí donde viven, trabajan y sufren, para llevarles el amor de Dios,

no manifiesta la verdad que encierra. Para ser fieles al misterio que se celebra en los altares, como nos exhorta el apóstol san Pablo, debemos ofrecer nuestro cuerpo, nuestro ser, como sacrificio espiritual agradable a Dios (cf. *Rm* 12, 1) en las circunstancias que requieren hacer que muera nuestro yo y constituyen nuestro «altar» cotidiano. Los gestos de compartir crean comunión, renuevan el tejido de las relaciones interpersonales, inclinándolas a la gratuidad y al don, y permiten la construcción de la civilización del amor. En un tiempo como el actual de crisis económica y social, seamos solidarios con quienes viven en la indigencia, para ofrecer a todos la esperanza de un mañana mejor y digno del hombre. Si vivimos realmente como discípulos del Dios-caridad, ayudaremos a los habitantes de Roma a descubrir que son hermanos e hijos del único Padre.

La naturaleza misma del amor requiere opciones de vida definitivas e irrevocables. Me dirijo en particular a vosotros, queridos jóvenes: no tengáis miedo de elegir el amor como la regla suprema de la vida. Non tengáis miedo de amar a Cristo en el sacerdocio y, si en el corazón sentís la llamada del Señor, seguidlo en esta extraordinaria aventura de amor, abandonándoos con confianza a él. No tengáis miedo de formar familias cristianas que vivan el amor fiel, indisoluble y abierto a la vida. Testimoniad que el amor, como lo vivió Cristo y como lo enseña el Magisterio de la Iglesia, no quita nada

a nuestra felicidad; al contrario, da la alegría profunda que Cristo prometió a sus discípulos.

Que la Virgen María acompañe con su intercesión maternal el camino de nuestra Iglesia de Roma. María, que vivió de modo totalmente singular la comunión con Dios y el sacrificio de su propio Hijo en el Calvario, nos obtenga vivir cada vez más intensa, plena y conscientemente el misterio de la Eucaristía, para anunciar con la palabra y la vida el amor que Dios alberga por todo hombre. Queridos amigos, os aseguro mi oración y os imparto de corazón a todos la bendición apostólica. Gracias.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
durante su visita al centro Don
Orione en Monte Mario***

Roma. Jueves, 24 de junio de 2010

Queridos hermanos y hermanas:

En primer lugar, os quiero saludar cordialmente a todos, reunidos aquí para el significativo evento de hoy. La majestuosa estatua de la Virgen, que la furia del viento derribó hace algunos meses, ha vuelto a la cima de esta colina para velar sobre nuestra ciudad. Ante todo, saludo al cardenal vicario Agostino Vallini y a los obispos presentes. Dirijo un pensamiento especial a don Flavio Peloso, reelegido para la

dirección de la *Obra don Orione*, y le agradezco las amables palabras que ha querido dirigirme. Extiendo este saludo a los religiosos participantes en el 13 capítulo general, a quienes trabajan en esta institución al servicio de los jóvenes y de los que sufren, y a toda la familia espiritual orionina. Dirijo mi deferente saludo al señor alcalde de Roma, Gianni Alemanno, que celebra hoy su onomástico: deseo manifestarle ya desde ahora mi aprecio por el concierto que el Capitolio me ofrecerá la tarde del 29 de junio; es un gesto que testimonia el afecto de toda la ciudad de Roma por el Papa. Saludo también a las demás autoridades civiles y militares. Por último, no puedo dejar de dar las gracias de corazón a todos aquellos que de distintas maneras han contribuido a restituir a la estatua de la Virgen su esplendor original.

Acepté de buena gana la invitación a unirme a vosotros para rendir homenaje a María *Salus populi romani*, representada en esta maravillosa estatua tan amada por el pueblo romano. Estatua que es memoria de acontecimientos dramáticos y providenciales, escritos en la historia y en la conciencia de la ciudad. En efecto, fue colocada en lo alto de la colina de Monte Mario en 1953, para cumplir un voto popular pronunciado durante la segunda guerra mundial, cuando las hostilidades y las armas hacían temer por la suerte de Roma. De las obras romanas de don Orione partió entonces la iniciativa de una recogida de firmas para un voto

a la Virgen, a la que se adhirieron un millón de ciudadanos. El venerable Pío XII acogió la devota iniciativa del pueblo que se encomendaba a María y el 4 de junio de 1944 se pronunció el voto ante la imagen de la Virgen del Divino Amor. Justamente ese día tuvo lugar la liberación pacífica de Roma. ¿Cómo no renovar también hoy con vosotros, queridos amigos de Roma, ese gesto de devoción a María *Salus populi romani* bendiciendo esta hermosa estatua?

Los Orioninos quisieron que fuera grande y que fuera colocada en lo alto, dominando la ciudad, para rendir homenaje a la santidad excelsa de la Madre de Dios, la cual, humilde en la tierra, «fue exaltada, por encima de los coros angélicos, en el reino de los cielos» (Gregorio VII, *A Adelaida de Hungría*) y, al mismo tiempo, para tener un signo familiar de su presencia en la vida cotidiana. Que María, Madre de Dios y Madre nuestra, esté siempre en la cima de vuestros pensamientos y de vuestros afectos, amable consuelo de vuestras almas, guía segura de vuestras voluntades y sostén de vuestros pasos, inspiradora persuasiva de la imitación de Jesucristo. Que la *Madonnina* -como les gusta llamarla a los romanos- en el gesto de contemplar desde lo alto los lugares de la vida familiar, civil y religiosa de Roma, proteja a las familias, suscite propósitos de bien y sugiera a todos deseos de cielo. «Mirar al cielo, rezar y luego adelante con valentía y trabajar. Ave María y ¡adelante!», exhortaba san Luis Orione.

En su voto a la Virgen, los romanos, además de prometer oración y devoción, se comprometieron también en obras de caridad. Por su parte, los Orioninos, aun antes de la estatua, acogieron en este centro de Monte Mario a niños mutilados y huérfanos. El programa de san Luis Orión -«Sólo la caridad salvará el mundo»- tuvo aquí una concreción significativa y se convirtió en un signo de esperanza para Roma, junto con la *Madonnina* situada en la cima de la colina. Queridos hermanos y hermanas, herederos espirituales del santo de la caridad, Luis Orión, el capítulo general que acaba de concluir tuvo por tema esta expresión que tanto le gustaba a vuestro fundador, «Sólo la caridad salvará el mundo». Bendigo el propósito y las decisiones adoptadas para relanzar ese dinamismo espiritual y apostólico que siempre debe distingueros.

Don Orión vivió lúcida y apasionadamente la tarea de la Iglesia de vivir el amor para que entre en el mundo la luz de Dios (cf. *Deus caritas est*, 39). Dejó esa misión a sus discípulos como camino espiritual y apostólico, convencido de que «la caridad abre los ojos a la fe y enciende los corazones de amor a Dios». Seguid esta línea carismática iniciada por él, queridos hijos de la Divina Providencia, porque, como él decía, «la caridad es la mejor apología de la fe católica», «la caridad arrastra, la caridad mueve, lleva a la fe y a la esperanza» (*Verbali*, 26 de noviembre de 1930, p. 95). Las obras de

caridad, como actos personales o como servicios a las personas débiles prestados en las grandes instituciones, nunca pueden limitarse a ser un gesto filantrópico, sino que siempre deben ser expresión tangible del amor providente de Dios. Para hacer esto -recuerda don Orión- es preciso estar «llenos de la caridad dulcísima de nuestro Señor» (*Escritos*, 70, 231) mediante una vida espiritual auténtica y santa. Sólo así es posible pasar de las obras de caridad a la caridad de las obras, porque -añade vuestro fundador- «las obras sin la caridad de Dios que les infunda valor ante él, no valen nada» (*Alle PSMC*, 19 de junio de 1920, p. 141).

Queridos hermanos y hermanas, de nuevo gracias por haberme invitado y por vuestra acogida. Que cada día os acompañe la materna protección de María, a quien invocamos juntos por cuantos trabajan en este centro y por toda la población romana. Y, a la vez que aseguro a cada uno mi recuerdo en la oración, os bendigo a todos con afecto.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los miembros de la Reunión de
las Obras de ayuda a las Iglesias
Orientales (ROACO)***

Viernes, 25 de julio de 2010

Señor cardenal; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos miembros y amigos de la ROACO:

Os acojo con alegría para la sesión de verano de la Reunión de las Obras de ayuda a las Iglesias orientales y agradezco de corazón al cardenal Leonardo Sandri, prefecto de la Congregación para las Iglesias orientales, el saludo que me ha dirigido. Le correspondo con mi saludo, acompañado por el recuerdo al Señor, y lo extendiendo al arzobispo secretario, al subsecretario y a los colaboradores del dicasterio. Asimismo, saludo cordialmente al representante pontificio en Jerusalén, en Israel y en Palestina, al arzobispo maronita de Chipre y al padre custodio de Tierra Santa, aquí presentes junto a los representantes de las Agencias católicas internacionales y de la Universidad de Belén. Expreso a todos mi gratitud y la de toda la Iglesia, en particular de los pastores y de los fieles orientales y latinos de los territorios encomendados a la Congregación oriental y de cuantos han emigrado de la madre patria.

Todos deseamos a Tierra Santa, a Irak y a Oriente Medio el don de una paz estable y de una convivencia sólida, que nacen del respeto de los derechos de la persona, de las familias, de las comunidades y de los pueblos, y de la superación de toda discriminación religiosa, cultural o social. Confío a Dios, pero también a vosotros, el llamamiento que lancé en Chipre en favor del Oriente cristiano. Como instrumentos de la caridad eclesial, colaborad cada vez más en la edificación de la justicia en la libertad y en la paz.

Aliento a los hermanos y hermanas que comparten en Oriente el don inestimable del Bautismo a que perseveren en la fe y, a pesar de los numerosos sacrificios, permanezcan en la tierra donde nacieron. Al mismo tiempo, exhorto a los emigrantes orientales a no olvidar sus orígenes, especialmente religiosos. Su fidelidad y su coherencia humanas y cristianas dependen de ello. Deseo rendir un homenaje especial a los cristianos que sufren la violencia a causa del Evangelio, y los encomiendo al Señor. Cuento siempre con los responsables de las naciones a fin de que garanticen de manera real, sin distinción y en todas partes, la profesión pública y comunitaria de las convicciones religiosas de cada persona.

El año pasado, en esta ocasión y con motivo del Año sacerdotal, pedí que se dedicara especial atención a los ministros de Cristo y de la Iglesia. Se produjeron frutos abundantes de santificación no sólo para los sacerdotes sino también para todo el pueblo de Dios. Supliquemos al Espíritu Santo que confirme estos signos de la benevolencia divina mediante el don de vocaciones, que la comunidad eclesial tanto necesita, en Occidente y en Oriente.

Me alegra constatar que las Iglesias orientales católicas han colaborado con celo para el logro de los objetivos del Año sacerdotal y han querido sostener las obras de ayuda de la ROACO también en este ámbito. No habéis considerado sólo la formación de los candidatos

al orden sagrado, que es una prioridad constante, sino también las exigencias del clero activo en la pastoral, como por ejemplo una profundización espiritual y cultural y ayudas a los sacerdotes, sobre todo en la difícil, pero al mismo tiempo fecunda, etapa de la enfermedad y la vejez. De ese modo, contribuís a irradiar en la Iglesia y en la sociedad actual el don precioso e indispensable del servicio sacerdotal. En el mundo antiguo, Oriente era sede de grandes escuelas de espiritualidad sacerdotal. La Iglesia de Antioquía, por citar un ejemplo, dio santos excepcionales: sacerdotes sumamente cultos, que en primera línea no se pusieron a sí mismos, sino a Cristo y a los Apóstoles. Se dedicaron totalmente al anuncio de la Palabra y a la celebración de los misterios divinos. Estaban en condiciones de conmover profundamente la conciencia de las personas y de llegar a donde con medios meramente humanos no se habría podido llegar.

Queridos amigos, con vuestro compromiso contribuís sobre todo a que los sacerdotes de las Iglesias orientales en nuestro tiempo puedan ser eco de esta herencia espiritual. A la red de instituciones escolares y sociales, que es justamente una instancia vuestra, esto dará un fuerte impulso siempre que desemboque en una perspectiva pastoral firme. Cuando en su servicio los sacerdotes se guían por motivos realmente espirituales, también los laicos se ven fortalecidos en su compromiso de ocuparse de las cosas temporales según la propia vocación cristiana.

Ahora tenemos la tarea común de preparar la Asamblea especial para Oriente Medio del Sínodo de los obispos. Doy gracias a Dios por esta iniciativa, que ya está dando buenos frutos de «comunión y testimonio» para los cuales se convocó inicialmente el Sínodo. El año pasado en Castelgandolfo tuve el placer de anunciar esta Asamblea sinodal durante un encuentro de oración y reflexión fraterna con los patriarcas y los arzobispos mayores de las Iglesias orientales. Durante mi reciente visita a Chipre, que recuerdo con mucha gratitud a Dios y a quienes me acogieron, entregué el *Instrumentum laboris* de esta Asamblea especial a los representantes del Episcopado de Oriente Medio. Me alegra la amplia cooperación que hasta ahora han ofrecido las Iglesias orientales y el trabajo que desde el principio ha realizado y sigue realizando la ROACO para este acontecimiento histórico. Este esfuerzo conjunto dará resultados fecundos gracias a la presencia de algunos de vuestros representantes en esa asamblea episcopal y a la relación constante con la Congregación para las Iglesias orientales.

Queridos amigos, os pido que contribuyáis con vuestras obras a mantener viva la «esperanza que no falla» entre los cristianos de Oriente (*Rm* 5, 5; cf. *Instrumentum laboris*, Conclusiones). En el «pequeño rebaño» (*Lc* 12, 32) que forman estos cristianos, ya es operante el futuro de Dios y el Evangelio describe el «camino estrecho» que

están recorriendo como «camino que lleva a la vida» (Mt 7, 13-14). Quisiéramos estar siempre a su lado. Confiando en la intercesión de la santísima Madre de Dios y de los apóstoles san Pedro y san Pablo, encomiendo al Señor a los benefactores, los amigos y los colaboradores vivos y difuntos, vinculados de distintos modos a la ROACO, con un recuerdo especial para monseñor Padovese, recientemente desaparecido, mientras imparto a cada uno de vosotros, a los miembros de las Agencias internacionales y a quienes las sostienen, al igual que a todas las amadas Iglesias orientales católicas, la confortadora bendición apostólica.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a la Delegación del Patriarcado
Ecuménico de Constantinopla***

Lunes, 28 de junio de 2010

Queridos hermanos en Cristo:

«Gracia a vosotros y paz de parte de Dios, nuestro Padre» (Col 1, 2). Con gran alegría y afecto sincero os acojo en el Señor en esta ciudad de Roma, con ocasión de la celebración anual del martirio de san Pedro y san Pablo. Su fiesta, que la Iglesia católica y las Iglesias ortodoxas celebran el mismo día, es una de las más antiguas del año litúrgico, y constituye el testimonio de una época en que nuestras comunidades vivían en plena comunión unas

con otras. Vuestra presencia aquí hoy, por la cual estoy profundamente agradecido al Patriarca de Constantinopla, Su Santidad Bartolomé I, y al Santo Sínodo del Patriarcado ecuménico, embarga de gran alegría el corazón de todos nosotros.

Doy gracias al Señor de que las relaciones entre nosotros se caracterizan por sentimientos de confianza mutua, de estima y fraternidad, como lo han atestiguado ampliamente las numerosas reuniones que ya han tenido lugar en el transcurso de este año.

Todo esto da motivos para esperar que el diálogo católico-ortodoxo también seguirá progresando de forma significativa. Su eminencia es consciente de que la Comisión mixta internacional para el diálogo teológico, de la cual usted es co-secretario, se encuentra en un punto crucial, después de haber comenzado a debatir, el pasado mes de octubre en Pafos, sobre «El papel del Obispo de Roma en la comunión de la Iglesia en el primer milenio». Con todo nuestro corazón, suplicamos que, iluminados por el Espíritu Santo, los miembros de la Comisión continúen por este camino durante la próxima reunión plenaria que se celebrará en Viena, y dediquen el tiempo necesario para estudiar a fondo esta cuestión tan delicada e importante. Para mí es un signo alentador que el Patriarca ecuménico Bartolomé I y el Santo Sínodo de Constantinopla compartan nuestra firme convicción de la importancia de

este diálogo, como Su Santidad dijo tan claramente en la carta encíclica patriarcal y sinodal con ocasión del domingo de la Ortodoxia, el 21 de febrero de 2010.

Estoy seguro de que en la próxima Asamblea especial para Oriente Medio del Sínodo de los obispos, que he convocado para el mes de octubre aquí, en Roma, se volverá a prestar gran atención al tema de la cooperación ecuménica entre los cristianos de esta región. De hecho, se pone de relieve en el *Instrumentum laboris*, que entregué a los obispos católicos de Oriente Medio durante mi reciente visita a Chipre, donde fui recibido con gran afecto fraterno por Su Beatitud Crisóstomos II, arzobispo de Nueva Justiniana y de todo Chipre. Las dificultades que los cristianos de Oriente Medio están

experimentando son en gran medida comunes a todos: vivir como una minoría, y el anhelo de una auténtica libertad religiosa y de paz. Es necesario el diálogo con las comunidades musulmana y judía. En este contexto, me complacerá dar la bienvenida a la delegación fraterna que el Patriarca ecuménico enviará para participar en los trabajos de la Asamblea sinodal.

Eminencia, queridos miembros de la delegación, os doy las gracias por vuestra visita. Os pido que transmitáis mi saludo fraterno a Su Santidad Bartolomé I, al Santo Sínodo, al clero y a todos los fieles del Patriarcado ecuménico. Que el Señor, por la intercesión de los apóstoles Pedro y Pablo, nos conceda abundantes bendiciones, y nos conserve siempre en su amor.

HOMILÍAS

Homilía del Papa, Benedicto XVI, durante la concelebración eucarística en la solemnidad de Pentecostés

Basilica Vaticana. Domingo, 23 de mayo de 2010

Queridos hermanos y hermanas:

En la celebración solemne de Pentecostés se nos invita a profesar nues-

tra fe en la presencia y en la acción del Espíritu Santo y a invocar su efusión sobre nosotros, sobre la Iglesia y sobre el mundo entero. Por tanto, hagamos nuestra, y con especial intensidad, la invocación de la Iglesia: *Veni, Sancte Spiritus!* Una invocación muy sencilla e inmediata, pero a la vez extraordinariamente profunda, que brota ante todo del corazón de Cristo. En efecto, el Espíritu es el don que Jesús pidió y pide continuamente al Padre para sus

amigos; el primer y principal don que nos ha obtenido con su Resurrección y Ascensión al cielo.

De esta oración de Cristo, nos habla el pasaje evangélico de hoy, que tiene como contexto la última Cena. El Señor Jesús dijo a sus discípulos: «Si me amáis, guardaréis mis mandamientos; y yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre» (Jn 14, 15-16). Aquí se nos revela el corazón orante de Jesús, su corazón filial y fraterno. Esta oración alcanza su cima y su cumplimiento en la cruz, donde la invocación de Cristo es una cosa sola con el don total que él hace de sí mismo, y de ese modo su oración se convierte -por decirlo así- en el sello mismo de su entrega en plenitud por amor al Padre y a la humanidad: invocación y donación del Espíritu Santo se encuentran, se compenetran, se convierten en una única realidad. «Y yo rogaré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre». En realidad, la oración de Jesús -la de la última Cena y la de la cruz- es una oración que continúa también en el cielo, donde Cristo está sentado a la derecha del Padre. Jesús, de hecho, siempre vive su sacerdocio de intercesión en favor del pueblo de Dios y de la humanidad y, por tanto, reza por todos nosotros pidiendo al Padre el don del Espíritu Santo.

El relato de Pentecostés en el libro de los *Hechos de los Apóstoles* -lo hemos escuchado en la primera lectura (cf. *Hch* 2, 1-11)- presenta el «nuevo cur-

so» que la obra de Dios inició con la resurrección de Cristo, obra que implica al hombre, a la historia y al cosmos. Del Hijo de Dios muerto, resucitado y vuelto al Padre, brota ahora sobre la humanidad, con inédita energía, el soplo divino, el Espíritu Santo. Y ¿qué produce esta nueva y potente auto-comunicación de Dios? Donde hay laceraciones y divisiones, crea unidad y comprensión. Se pone en marcha un proceso de reunificación entre las partes de la familia humana, divididas y dispersas; las personas, a menudo reducidas a individuos que compiten o entran en conflicto entre sí, alcanzadas por el Espíritu de Cristo, se abren a la experiencia de la comunión, que puede tocarlas hasta el punto de convertirlas en un nuevo organismo, un nuevo sujeto: la Iglesia. Éste es el efecto de la obra de Dios: la unidad; por eso, la unidad es el signo de reconocimiento, la «tarjeta de visita» de la Iglesia a lo largo de su historia universal. Desde el principio, desde el día de Pentecostés, habla todas las lenguas. La Iglesia universal precede a las Iglesias particulares, y estas deben conformarse siempre a ella, según un criterio de unidad y de universalidad. La Iglesia nunca llega a ser prisionera de fronteras políticas, raciales y culturales; no se puede confundir con los Estados ni tampoco con las Federaciones de Estados, porque su unidad es de otro tipo y aspira a cruzar todas las fronteras humanas.

De esto, queridos hermanos, deriva un criterio práctico de discernimiento

para la vida cristiana: cuando una persona, o una comunidad, se cierra en su modo de pensar y de actuar, es signo de que se ha alejado del Espíritu Santo. El camino de los cristianos y de las Iglesias particulares siempre debe confrontarse con el de la Iglesia una y católica, y armonizarse con él. Esto no significa que la unidad creada por el Espíritu Santo sea una especie de igualitarismo. Al contrario, éste es más bien el modelo de Babel, es decir, la imposición de una cultura de la unidad que podríamos definir «técnica». La Biblia, de hecho, nos dice (cf. *Gn* 11, 1-9) que en Babel todos hablaban una sola lengua. En cambio, en Pentecostés, los Apóstoles hablan lenguas distintas de modo que cada uno comprenda el mensaje en su propio idioma. La unidad del Espíritu se manifiesta en la pluralidad de la comprensión. La Iglesia es por naturaleza una y múltiple, destinada como está a vivir en todas las naciones, en todos los pueblos, y en los contextos sociales más diversos. Sólo responde a su vocación de ser signo e instrumento de unidad de todo el género humano (cf. *Lumen gentium*, 1) si permanece autónoma de cualquier Estado y de cualquier cultura particular. Siempre y en todo lugar la Iglesia debe ser verdaderamente católica y universal, la casa de todos en la que cada uno puede encontrar su lugar.

El relato de los *Hechos de los Apóstoles* nos ofrece también otra sugerencia muy concreta. La universalidad de la Iglesia se expresa con la lista de los

pueblos, según la antigua tradición: «Somos partos, medos, elamitas...», et cétera. Se puede observar aquí que san Lucas va más allá del número 12, que siempre expresa ya una universalidad. Mira más allá de los horizontes de Asia y del noroeste de África, y añade otros tres elementos: los «romanos», es decir, el mundo occidental; los «judíos y prosélitos», comprendiendo de modo nuevo la unidad entre Israel y el mundo; y, por último, «cretenses y árabes», que representan a Occidente y Oriente, islas y tierra firme. Esta apertura de horizontes confirma ulteriormente la novedad de Cristo en la dimensión del espacio humano, de la historia de las naciones: el Espíritu Santo abarca hombres y pueblos y, a través de ellos, supera muros y barreras.

En Pentecostés el Espíritu Santo se manifiesta como fuego. Su llama descendió sobre los discípulos reunidos, se encendió en ellos y les dio el nuevo ardor de Dios. Se realiza así lo que había predicho el Señor Jesús: «He venido a arrojar un fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviera encendido!» (*Lc* 12, 49). Los Apóstoles, junto a los fieles de las distintas comunidades, han llevado esta llama divina hasta los últimos confines de la tierra; han abierto así un camino para la humanidad, un camino luminoso, y han colaborado con Dios que con su fuego quiere renovar la faz de la tierra. ¡Qué distinto este fuego del de las guerras y las bombas! ¡Qué distinto el incendio de Cristo, que la Iglesia propaga, respecto

a los que encienden los dictadores de toda época, incluido el siglo pasado, que dejan detrás de sí tierra quemada! El fuego de Dios, el fuego del Espíritu Santo, es el de la zarza que arde sin quemarse (cf. *Ex* 3, 2). Es una llama que arde, pero no destruye; más aún, ardiendo hace emerger la mejor parte del hombre, su parte más verdadera, como en una fusión hace emerger su forma interior, su vocación a la verdad y al amor.

Un Padre de la Iglesia, Orígenes, en una de sus homilías sobre Jeremías, refiere un dicho atribuido a Jesús, que las Sagradas Escrituras no recogen, pero que quizá sea auténtico; reza así: «Quien está cerca de mí está cerca del fuego» (*Homilía sobre Jeremías* L. I [III]). En efecto, en Cristo habita la plenitud de Dios, que en la Biblia se compara con el fuego. Hemos observado hace poco que la llama del Espíritu Santo arde pero no se quema. Y, sin embargo, realiza una transformación y, por eso, debe consumir algo en el hombre, las escorias que lo corrompen y obstaculizan sus relaciones con Dios y con el prójimo. Pero este efecto del fuego divino nos asusta, tenemos miedo de que nos «queme», preferiríamos permanecer tal como somos. Esto depende del hecho de que muchas veces nuestra vida está planteada según la lógica del tener, del poseer, y no del darse. Muchas personas creen en Dios y admiran la figura de Jesucristo, pero cuando se les pide que pierdan algo de sí mismas, se echan atrás, tienen miedo

de las exigencias de la fe. Existe el temor de tener que renunciar a algo bello, a lo que uno está apegado; el temor de que seguir a Cristo nos prive de la libertad, de ciertas experiencias, de una parte de nosotros mismos. Por un lado, queremos estar con Jesús, seguirlo de cerca; y, por otro, tenemos miedo de las consecuencias que eso conlleva.

Queridos hermanos y hermanas, siempre necesitamos que el Señor Jesús nos diga lo que repetía a menudo a sus amigos: «No tengáis miedo». Como Simón Pedro y los demás, debemos dejar que su presencia y su gracia transformen nuestro corazón, siempre sujeto a las debilidades humanas. Debemos saber reconocer que perder algo, más aún, perderse a sí mismos por el Dios verdadero, el Dios del amor y de la vida, en realidad es ganar, volverse a encontrar más plenamente. Quien se encomienda a Jesús experimenta ya en esta vida la paz y la alegría del corazón, que el mundo no puede dar, ni tampoco puede quitar una vez que Dios nos las ha dado. Por lo tanto, vale la pena dejarse tocar por el fuego del Espíritu Santo. El dolor que nos produce es necesario para nuestra transformación. Es la realidad de la cruz: no por nada en el lenguaje de Jesús el «fuego» es sobre todo una representación del misterio de la cruz, sin el cual no existe cristianismo. Por eso, iluminados y confortados por estas palabras de vida, elevamos nuestra invocación: ¡Ven, Espíritu Santo! ¡Enciende en nosotros el fuego de tu amor! Sabemos que esta es

una oración audaz, con la cual pedimos ser tocados por la llama de Dios; pero sabemos sobre todo que esta llama -y sólo ella- tiene el poder de salvarnos. Para defender nuestra vida, no queremos perder la eterna que Dios nos quiere dar. Necesitamos el fuego del Espíritu Santo, porque sólo el Amor redime. Amén.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
durante la Santa Misa en la
solemnidad del Corpus Christi***

Basílica de San Juan de Letrán. Jueves, 3 de junio de 2010

Queridos hermanos y hermanas:

El sacerdocio del Nuevo Testamento está íntimamente unido a la Eucaristía. Por esto, hoy, en la solemnidad del Corpus Christi y casi al final del Año sacerdotal, se nos invita a meditar en la relación entre la Eucaristía y el sacerdocio de Cristo. En esta dirección, nos orientan también la primera lectura y el salmo responsorial, que presentan la figura de Melquisedec. El breve pasaje del *Libro del Génesis* (cf. 14, 18-20) afirma que Melquisedec, rey de Salem, era «sacerdote del Dios altísimo» y por eso «ofreció pan y vino» y «bendijo a Abram», que volvía de una victoria en batalla. Abraham mismo le dio el diezmo de todo. El salmo, a su vez, contiene en la última estrofa una expresión solemne, un juramento de

Dios mismo, que declara al Rey Mesías: «Tú eres sacerdote eterno según el rito de Melquisedec» (*Sal* 110, 4). Así, el Mesías no sólo es proclamado Rey sino también Sacerdote. En este pasaje, se inspira el autor de la *Carta a los Hebreos* para su amplia y articulada exposición. Y nosotros lo hemos repetido en el estribillo: «Tú eres sacerdote eterno, Cristo Señor»: casi una profesión de fe, que adquiere un significado especial en la fiesta de hoy. Es la alegría de la comunidad, la alegría de toda la Iglesia que, contemplando y adorando el Santísimo Sacramento, reconoce en él la presencia real y permanente de Jesús, sumo y eterno Sacerdote.

La segunda lectura y el Evangelio, en cambio, centran la atención en el misterio eucarístico. De la *Primera Carta a los Corintios* (cf. 11, 23-26) está tomado el pasaje fundamental, en el que san Pablo recuerda a la comunidad el significado y el valor de la «Cena del Señor», que el Apóstol había transmitido y enseñado, pero que corrían el riesgo de perderse. El Evangelio, en cambio, es el relato del milagro de la multiplicación de los panes y los peces, en la redacción de san Lucas: un signo atestiguado por todos los Evangelistas y que anuncia el don que Cristo hará de sí mismo, para dar a la humanidad la vida eterna. Ambos textos ponen de relieve la oración de Cristo, en el acto de partir el pan. Naturalmente, hay una neta diferencia entre los dos momentos: cuando parte los panes y los peces para las multitudes, Jesús da gracias

al Padre celestial por su providencia, confiando en que no dejará que falte el alimento a toda esa gente. En la última Cena, en cambio, Jesús convierte el pan y el vino en su propio Cuerpo y Sangre, para que los discípulos puedan alimentarse de él y vivir en comunión íntima y real con él.

Lo primero que conviene recordar siempre es que Jesús no era un sacerdote según la tradición judía. Su familia no era sacerdotal. No pertenecía a la descendencia de Aarón, sino a la de Judá y, por tanto, legalmente el camino del sacerdocio le estaba vedado. La persona y la actividad de Jesús de Nazaret no se sitúan en la línea de los antiguos sacerdotes, sino más bien en la de los profetas. Y en esta línea, Jesús se alejó de una concepción ritual de la religión, criticando el planteamiento que daba valor a los preceptos humanos vinculados a la pureza ritual más que a la observancia de los mandamientos de Dios, es decir, al amor a Dios y al prójimo, que, como dice el Señor, «vale más que todos los holocaustos y sacrificios» (*Mt* 12, 33). También en el interior del templo de Jerusalén, lugar sagrado por excelencia, Jesús realiza un gesto típicamente profético, cuando expulsa a los cambistas y a los vendedores de animales, actividades que servían para la ofrenda de los sacrificios tradicionales. Así pues, a Jesús no se le reconoce como un Mesías sacerdotal, sino profético y real. Incluso su muerte, que los cristianos con razón llamamos «sacrificio», no tenía nada de los

sacrificios antiguos, más aún, era todo lo contrario: la ejecución de una condena a muerte, por crucifixión, la más infamante, llevada a cabo fuera de las murallas de Jerusalén.

Entonces, ¿en qué sentido Jesús es sacerdote? Nos lo dice precisamente la Eucaristía. Podemos tomar como punto de partida las palabras sencillas que describen a Melquisedec: «Ofreció pan y vino» (*Gn* 14, 18). Es lo que hizo Jesús en la última Cena: ofreció pan y vino, y en ese gesto, se resumió totalmente a sí mismo y resumió toda su misión. En ese acto, en la oración que lo precede y en las palabras que lo acompañan radica todo el sentido del misterio de Cristo, como lo expresa la Carta a los Hebreos en un pasaje decisivo, que es necesario citar: «En los días de su vida mortal -escribe el autor refiriéndose a Jesús- ofreció ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas a Dios que podía salvarlo de la muerte, y fue escuchado por su pleno abandono a él. Aun siendo Hijo, con lo que padeció aprendió la obediencia; y, hecho perfecto, se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen, proclamado por Dios sumo sacerdote según el rito de Melquisedec» (5, 7-10). En este texto, que alude claramente a la agonía espiritual de Getsemaní, la pasión de Cristo se presenta como una oración y como una ofrenda. Jesús afronta su «hora», que lo lleva a la muerte de cruz, inmerso en una profunda oración, que consiste en la unión de su voluntad con la

del Padre. Esta doble y única voluntad es una voluntad de amor. La trágica prueba que Jesús afronta, vivida en esta oración, se transforma en ofrenda, en sacrificio vivo.

Dice la *Carta a los Hebreos* que Jesús «fue escuchado». ¿En qué sentido? En el sentido de que Dios Padre lo liberó de la muerte y lo resucitó. Fue escuchado precisamente por su pleno abandono a la voluntad del Padre: el designio de amor de Dios pudo realizarse perfectamente en Jesús que, habiendo obedecido hasta el extremo de la muerte en cruz, se convirtió en «causa de salvación» para todos los que le obedecen. Es decir, se convirtió en sumo sacerdote porque él mismo tomó sobre sí todo el pecado del mundo, como «Cordero de Dios». Es el Padre quien le confiere este sacerdocio en el momento mismo en que Jesús cruza el paso de su muerte y resurrección. No es un sacerdocio según el ordenamiento de la ley de Moisés (cf. Lv 8-9), sino «según el rito de Melquisedec», según un orden profético, que sólo depende de su singular relación con Dios.

Volvamos a la expresión de la *Carta a los Hebreos* que dice: «Aun siendo Hijo, con lo que padeció aprendió la obediencia». El sacerdocio de Cristo conlleva el sufrimiento. Jesús sufrió verdaderamente, y lo hizo por nosotros. Era el Hijo y no necesitaba aprender la obediencia, pero nosotros sí teníamos y tenemos siempre necesidad de aprenderla. Por eso, el Hijo asumió

nuestra humanidad y por nosotros se dejó «educar» en el crisol del sufrimiento, se dejó transformar por él, como el grano de trigo que, para dar fruto, debe morir en la tierra. A través de este proceso Jesús fue «hecho perfecto», en griego *teleiotheis*. Debemos detenemos en este término, porque es muy significativo. Indica la culminación de un camino, es decir, precisamente el camino de educación y transformación del Hijo de Dios mediante el sufrimiento, mediante la pasión dolorosa. Gracias a esta transformación Jesucristo llega a ser «sumo sacerdote» y puede salvar a todos los que le obedecen. El término *teleiotheis*, acertadamente traducido con «hecho perfecto», pertenece a una raíz verbal que, en la versión griega del Pentateuco -es decir, los primeros cinco libros de la Biblia- siempre se usa para indicar la consagración de los antiguos sacerdotes. Este descubrimiento es muy valioso, porque nos aclara que la pasión fue para Jesús como una consagración sacerdotal. Él no era sacerdote según la Ley, pero llegó a serlo de modo existencial en su Pascua de pasión, muerte y resurrección: se ofreció a sí mismo en expiación y el Padre, exaltándolo por encima de toda criatura, lo constituyó Mediador universal de salvación.

Volvamos a nuestra meditación, a la Eucaristía, que dentro de poco ocupará el centro de nuestra asamblea litúrgica. En ella, Jesús anticipó su sacrificio, un sacrificio no ritual, sino personal. En la última Cena actúa movido por el «Espíritu eterno» con el que se ofre-

cerá en la cruz (cf. *Hb* 9, 14). Dando gracias y bendiciendo, Jesús transforma el pan y el vino. El amor divino es lo que transforma: el amor con que Jesús acepta con anticipación entregarse totalmente por nosotros. Este amor no es sino el Espíritu Santo, el Espíritu del Padre y del Hijo, que consagra el pan y el vino y cambia su sustancia en el Cuerpo y la Sangre del Señor, haciendo presente en el Sacramento el mismo sacrificio que se realiza luego de modo cruento en la cruz. Así pues, podemos concluir que Cristo es sacerdote verdadero y eficaz porque estaba lleno de la fuerza del Espíritu Santo, estaba colmado de toda la plenitud del amor de Dios, y esto precisamente «en la noche en que fue entregado», precisamente en la «hora de las tinieblas» (cf. *Lc* 22, 53). Esta fuerza divina, la misma que realizó la encarnación del Verbo, es la que transforma la violencia extrema y la injusticia extrema en un acto supremo de amor y de justicia. Esta es la obra del sacerdocio de Cristo, que la Iglesia ha heredado y prolonga en la historia, en la doble forma del sacerdocio común de los bautizados y el ordenado de los ministros, para transformar el mundo con el amor de Dios. Todos, sacerdotes y fieles, nos alimentamos de la misma Eucaristía; todos nos postramos para adorarla, porque en ella está presente nuestro Maestro y Señor, está presente el verdadero Cuerpo de Jesús, Víctima y Sacerdote, salvación del mundo. Venid, exultemos con cantos de alegría. Venid, adoremos. Amén.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
durante la Santa Misa de clausura
del Año Sacerdotal***

*Fiesta del Sagrado Corazón de Jesús.
Plaza de San Pedro. Viernes. 11 de junio
de 2010*

Queridos hermanos en el ministerio sacerdotal, queridos hermanos y hermanas:

El Año Sacerdotal que hemos celebrado, 150 años después de la muerte del santo Cura de Ars, modelo del ministerio sacerdotal en nuestros días, llega a su fin. Nos hemos dejado guiar por el Cura de Ars para comprender de nuevo la grandeza y la belleza del ministerio sacerdotal. El sacerdote no es simplemente alguien que detenta un oficio, como aquellos que toda sociedad necesita para que puedan cumplirse en ella ciertas funciones. Por el contrario, el sacerdote hace lo que ningún ser humano puede hacer por sí mismo: pronunciar en nombre de Cristo la palabra de absolución de nuestros pecados, cambiando así, a partir de Dios, la situación de nuestra vida. Pronuncia sobre las ofrendas del pan y el vino las palabras de acción de gracias de Cristo, que son palabras de transustanciación, palabras que lo hacen presente a Él mismo, el Resucitado, su Cuerpo y su Sangre, transformando así los elementos del mundo; son palabras que abren el mundo a Dios y lo unen a Él. Por tanto, el sacerdocio no es un simple «oficio», sino un sacramento: Dios se vale de un hombre con sus limitacio-

nes para estar, a través de él, presente entre los hombres y actuar en su favor. Esta audacia de Dios, que se abandona en las manos de seres humanos; que, aun conociendo nuestras debilidades, considera a los hombres capaces de actuar y presentarse en su lugar, esta audacia de Dios es realmente la mayor grandeza que se oculta en la palabra «sacerdocio». Que Dios nos considere capaces de esto; que por eso llame a su servicio a hombres y, así, se una a ellos desde dentro, esto es lo que en este año hemos querido de nuevo considerar y comprender. Queríamos despertar la alegría de que Dios esté tan cerca de nosotros, y la gratitud por el hecho de que Él se confíe a nuestra debilidad; que Él nos guíe y nos ayude día tras día. Queríamos también, así, enseñar de nuevo a los jóvenes que esta vocación, esta comunión de servicio por Dios y con Dios, existe; más aún, que Dios está esperando nuestro «sí». Junto con la Iglesia, hemos querido destacar de nuevo que tenemos que pedir a Dios esta vocación. Pedimos trabajadores para la mies de Dios, y esta plegaria a Dios es, al mismo tiempo, una llamada de Dios al corazón de jóvenes que se consideren capaces de eso mismo para lo que Dios los cree capaces. Era de esperar que al «enemigo» no le gustara que el sacerdocio brillara de nuevo; él hubiera preferido verlo desaparecer, para que al fin Dios fuera arrojado del mundo. Y así ha ocurrido que, precisamente en este año de alegría por el sacramento del sacerdocio, han salido a la luz los pecados de los sacerdotes, sobre

todo el abuso a los pequeños, en el cual el sacerdocio, que lleva a cabo la solicitud de Dios por el bien del hombre, se convierte en lo contrario. También nosotros pedimos perdón insistentemente a Dios y a las personas afectadas, mientras prometemos que queremos hacer todo lo posible para que semejante abuso no vuelva a suceder jamás; que en la admisión al ministerio sacerdotal y en la formación que prepara al mismo haremos todo lo posible para examinar la autenticidad de la vocación; y que queremos acompañar aún más a los sacerdotes en su camino, para que el Señor los proteja y los custodie en las situaciones dolorosas y en los peligros de la vida. Si el Año Sacerdotal hubiera sido una glorificación de nuestros logros humanos personales, habría sido destruido por estos hechos. Pero, para nosotros, se trataba precisamente de lo contrario, de sentirnos agradecidos por el don de Dios, un don que se lleva en «vasijas de barro», y que una y otra vez, a través de toda la debilidad humana, hace visible su amor en el mundo. Así, consideramos lo ocurrido como una tarea de purificación, un quehacer que nos acompaña hacia el futuro y que nos hace reconocer y amar más aún el gran don de Dios. De este modo, el don se convierte en el compromiso de responder al valor y la humildad de Dios con nuestro valor y nuestra humildad. La palabra de Cristo, que hemos entonado como canto de entrada en la liturgia, puede decirnos en este momento lo que significa hacerse y ser sacerdotes: «Cargad con mi yugo y aprended de

mí, que soy manso y humilde de corazón» (Mt 11,29).

Celebramos la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús y con la liturgia echamos una mirada, por así decirlo, dentro del corazón de Jesús, que al morir fue traspasado por la lanza del soldado romano. Sí, su corazón está abierto por nosotros y ante nosotros; y con esto nos ha abierto el corazón de Dios mismo. La liturgia interpreta para nosotros el lenguaje del corazón de Jesús, que habla sobre todo de Dios como pastor de los hombres, y así nos manifiesta el sacerdocio de Jesús, que está arraigado en lo íntimo de su corazón; de este modo, nos indica el perenne fundamento, así como el criterio válido de todo ministerio sacerdotal, que debe estar siempre anclado en el corazón de Jesús y ser vivido a partir de él. Quisiera meditar hoy, sobre todo, los textos con los que la Iglesia orante responde a la Palabra de Dios proclamada en las lecturas. En esos cantos, palabra y respuesta se compenetran. Por una parte, están tomados de la Palabra de Dios, pero, por otra, son ya al mismo tiempo la respuesta del hombre a dicha Palabra, respuesta en la que la Palabra misma se comunica y entra en nuestra vida. El más importante de estos textos en la liturgia de hoy es el *Salmo 23* [22] – «El Señor es mi pastor» –, en el que el Israel orante acoge la autorrevelación de Dios como pastor, haciendo de esto la orientación para su propia vida. «El Señor es mi pastor, nada me falta». En este primer versículo, se expresan ale-

gría y gratitud porque Dios está presente y cuida de nosotros. La lectura tomada del *Libro de Ezequiel* empieza con el mismo tema: «Yo mismo en persona buscaré a mis ovejas, siguiendo su rastro» (Ez 34,11). Dios cuida personalmente de mí, de nosotros, de la humanidad. No me ha dejado solo, extraviado en el universo y en una sociedad ante la cual uno se siente cada vez más desorientado. Él cuida de mí. No es un Dios lejano, para quien mi vida no cuenta casi nada. Las religiones del mundo, por lo que podemos ver, han sabido siempre que, en último análisis, sólo hay un Dios. Pero este Dios era lejano. Abandonaba aparentemente el mundo a otras potencias y fuerzas, a otras divinidades. Había que llegar a un acuerdo con éstas. El Dios único era bueno, pero lejano. No constituía un peligro, pero tampoco ofrecía ayuda. Por tanto, no era necesario ocuparse de Él. Él no dominaba. Extrañamente, esta idea ha resurgido en la Ilustración. Se aceptaba no obstante que el mundo presupone un Creador. Este Dios, sin embargo, habría construido el mundo, para después retirarse de él. Ahora el mundo tiene un conjunto de leyes propias según las cuales se desarrolla, y en las cuales Dios no interviene, no puede intervenir. Dios es sólo un origen remoto. Muchos, quizás, tampoco deseaban que Dios se preocupara de ellos. No querían que Dios los molestara. Pero allí donde la cercanía del amor de Dios se percibe como molestia, el ser humano se siente mal. Es bello y consolador saber que hay una persona que me

quiere y cuida de mí. Pero es mucho más decisivo que exista ese Dios que me conoce, me quiere y se preocupa por mí. «Yo conozco mis ovejas y ellas me conocen» (Jn 10,14), dice la Iglesia antes del Evangelio con una palabra del Señor. Dios me conoce, se preocupa de mí. Este pensamiento debería proporcionarnos realmente alegría. Dejemos que penetre intensamente en nuestro interior. En ese momento, comprendemos también qué significa: Dios quiere que nosotros como sacerdotes, en un pequeño punto de la historia, compartamos sus preocupaciones por los hombres. Como sacerdotes, queremos ser personas que, en comunión con su amor por los hombres, cuidemos de ellos, les hagamos experimentar en lo concreto esta atención de Dios. Y, por lo que se refiere al ámbito que se le confía, el sacerdote, junto con el Señor, debería poder decir: «Yo conozco mis ovejas y ellas me conocen». «Conocer», en el sentido de la Sagrada Escritura, nunca es solamente un saber exterior, igual que se conoce el número telefónico de una persona. «Conocer» significa estar interiormente cerca del otro. Quererle. Nosotros deberíamos tratar de «conocer» a los hombres de parte de Dios y con vistas a Dios; deberíamos tratar de caminar con ellos en la vía de la amistad de Dios.

Volvamos al *Salmo*. Allí se dice: «Me guía por el sendero justo, por el honor de su nombre. Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo: tu vara y tu cayado

me sosiegan» (23 [22], 3s). El pastor muestra el camino correcto a quienes le están confiados. Los precede y guía. Digámoslo de otro modo: el Señor nos muestra cómo se realiza en modo justo nuestro ser hombres. Nos enseña el arte de ser persona. ¿Qué debo hacer para no arruinarme, para no desperdiciar mi vida con la falta de sentido? En efecto, ésta es la pregunta que todo hombre debe plantearse y que sirve para cualquier período de la vida. ¡Cuánta oscuridad hay alrededor de esta pregunta en nuestro tiempo! Siempre vuelve a nuestra mente la palabra de Jesús, que tenía compasión por los hombres, porque estaban como ovejas sin pastor. Señor, ten piedad también de nosotros. Muéstranos el camino. Sabemos por el Evangelio que Él es el camino. Vivir con Cristo, seguirlo, esto significa encontrar el sendero justo, para que nuestra vida tenga sentido y para que un día podamos decir: «Sí, vivir ha sido algo bueno». El pueblo de Israel estaba y está agradecido a Dios, porque ha mostrado en los mandamientos el camino de la vida. El gran *salmo* 119 (118) es una expresión de alegría por este hecho: nosotros no andamos a tientas en la oscuridad. Dios nos ha mostrado cuál es el camino, cómo podemos caminar de manera justa. La vida de Jesús es una síntesis y un modelo vivo de lo que afirman los mandamientos. Así comprendemos que estas normas de Dios no son cadenas, sino el camino que Él nos indica. Podemos estar alegres por ellas y porque en Cristo están ante nosotros como una realidad

vivida. Él mismo nos hace felices. Caminando junto a Cristo tenemos la experiencia de la alegría de la Revelación, y como sacerdotes debemos comunicar a la gente la alegría de que nos haya mostrado el camino justo de la vida.

Después viene una palabra referida a la “cañada oscura”, a través de la cual el Señor guía al hombre. El camino de cada uno de nosotros nos llevará un día a la cañada oscura de la muerte, a la que ninguno nos puede acompañar. Y Él estará allí. Cristo mismo ha descendido a la noche oscura de la muerte. Tampoco allí nos abandona. También allí nos guía. “Si me acuesto en el abismo, allí te encuentro”, dice el *Salmo* 139 (138). Sí, tú estás presente también en la última fatiga, y así el salmo responsorial puede decir: también allí, en la cañada oscura, nada temo. Sin embargo, hablando de la cañada oscura, podemos pensar también en las cañadas oscuras de las tentaciones, del desaliento, de la prueba, que toda persona humana debe atravesar. También en estas cañadas tenebrosas de la vida, Él está allí. Señor, en la oscuridad de la tentación, en las horas de la oscuridad, en que todas las luces parecen apagarse, muéstrame que tú estás allí. Ayúdanos a nosotros, sacerdotes, para que podamos estar junto a las personas que en esas noches oscuras nos han sido confiadas, para que podamos mostrarles tu luz.

«Tu vara y tu cayado me sosiegan»: el pastor necesita la vara contra las bes-

tias salvajes que quieren atacar el rebaño; contra los salteadores que buscan su botín. Junto a la vara está el cayado, que sostiene y ayuda a atravesar los lugares difíciles. Las dos cosas entran dentro del ministerio de la Iglesia, del ministerio del sacerdote. También la Iglesia debe usar la vara del pastor, la vara con la que protege la fe contra los farsantes, contra las orientaciones que son, en realidad, desorientaciones. En efecto, el uso de la vara puede ser un servicio de amor. Hoy vemos que no se trata de amor, cuando se toleran comportamientos indignos de la vida sacerdotal. Como tampoco se trata de amor si se deja proliferar la herejía, la tergiversación y la destrucción de la fe, como si nosotros inventáramos la fe autónomamente. Como si ya no fuese un don de Dios, la perla preciosa que no dejamos que nos arranquen. Al mismo tiempo, sin embargo, la vara continuamente debe transformarse en el cayado del pastor, cayado que ayude a los hombres a poder caminar por senderos difíciles y seguir a Cristo.

Al final del *salmo*, se habla de la mesa preparada, del perfume con que se unge la cabeza, de la copa que rebosa, del habitar en la casa del Señor. En el *salmo*, esto muestra sobre todo la perspectiva del gozo por la fiesta de estar con Dios en el templo, de ser hospedados y servidos por él mismo, de poder habitar en su casa. Para nosotros, que rezamos este *salmo* con Cristo y con su Cuerpo que es la Iglesia, esta perspectiva de esperanza ha adquirido una amplitud

y profundidad todavía más grande. Vemos en estas palabras, por así decir, una anticipación profética del misterio de la Eucaristía, en la que Dios mismo nos invita y se nos ofrece como alimento, como aquel pan y aquel vino exquisito que son la única respuesta última al hambre y a la sed interior del hombre. ¿Cómo no alegrarnos de estar invitados cada día a la misma mesa de Dios y habitar en su casa? ¿Cómo no estar alegres por haber recibido de Él este mandato: “Haced esto en memoria mía”? Alegres porque Él nos ha permitido preparar la mesa de Dios para los hombres, de ofrecerles su Cuerpo y su Sangre, de ofrecerles el don precioso de su misma presencia. Sí, podemos rezar juntos con todo el corazón las palabras del *salmo*: «Tu bondad y tu misericordia me acompañan todos los días de mi vida» (23 [22], 6).

Por último, veamos brevemente los dos cantos de comunión sugeridos hoy por la Iglesia en su liturgia. Ante todo, está la palabra con la que san Juan concluye el relato de la crucifixión de Jesús: «uno de los soldados con la lanza le traspasó el costado, y al punto salió sangre y agua» (*Jn* 19,34). El corazón de Jesús es traspasado por la lanza. Se abre, y se convierte en una fuente: el agua y la sangre que manan aluden a los dos sacramentos fundamentales de los que vive la Iglesia: el Bautismo y la Eucaristía. Del costado traspasado del Señor, de su corazón abierto, brota la fuente viva que mana a través de los siglos y edifica la Iglesia. El corazón

abierto es fuente de un nuevo río de vida; en este contexto, Juan ciertamente ha pensado también en la profecía de Ezequiel, que ve manar del nuevo templo un río que proporciona fecundidad y vida (*Ez* 47): Jesús mismo es el nuevo templo, y su corazón abierto es la fuente de la que brota un río de vida nueva, que se nos comunica en el Bautismo y la Eucaristía.

La liturgia de la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, sin embargo, prevé como canto de comunión otra palabra, afín a ésta, extraída del *evangelio de Juan*: «El que tenga sed, que venga a mí; el que cree en mí que beba. Como dice la Escritura: De sus entrañas manarán torrentes de agua viva» (cfr. *Jn* 7,37s). En la fe bebemos, por así decir, del agua viva de la Palabra de Dios. Así, el creyente se convierte él mismo en una fuente, que da agua viva a la tierra reseca de la historia. Lo vemos en los santos. Lo vemos en María que, como gran mujer de fe y de amor, se ha convertido a lo largo de los siglos en fuente de fe, amor y vida. Cada cristiano y cada sacerdote deberían transformarse, a partir de Cristo, en fuente que comunica vida a los demás. Deberíamos dar el agua de la vida a un mundo sediento. Señor, te damos gracias porque nos has abierto tu corazón; porque en tu muerte y resurrección te has convertido en fuente de vida. Haz que seamos personas vivas, vivas por tu fuente, y danos ser también nosotros fuente, de manera que podamos dar agua viva a nuestro tiempo. Te agra-

decemos la gracia del ministerio sacerdotal. Señor, bendícenos y bendice a todos los hombres de este tiempo que están sedientos y buscando. Amén.

Homilía del Papa, Benedicto XVI, durante la ordenación presbiteral de los diáconos de la diócesis de Roma

Basílica Vaticana. Domingo, 20 de junio de 2010

Queridos hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos ordenandos; queridos hermanos y hermanas:

Como obispo de esta diócesis me alegra particularmente acoger en el *presbyterium* romano a catorce nuevos sacerdotes. Junto con el cardenal vicario, los obispos auxiliares y todos los presbíteros, doy las gracias al Señor por el don de estos nuevos pastores del pueblo de Dios. Quiero dirigiros un saludo particular a vosotros, queridos ordenandos: hoy estáis en el centro de la atención del pueblo de Dios, un pueblos simbólicamente representado por la gente que llena esta basílica vaticana: la llena de oración y de cantos, de afecto sincero y profundo, de auténtica conmoción, de alegría humana y espiritual. En este pueblo de Dios, ocupan un lugar especial vuestros padres y familiares, vuestros amigos y compañeros, vuestros superiores y formadores del seminario, las distintas comunidades parroquiales y las diferentes reali-

dades de la Iglesia de las que procedéis y que os han acompañado en vuestro camino, y a las que vosotros mismos ya habéis servido pastoralmente. Sin olvidar la singular cercanía, en este momento, de numerosísimas personas, humildes y sencillas pero grandes ante Dios, como por ejemplo las monjas de clausura, los niños y los enfermos. Os acompañan con el don preciosísimo de su oración, de su inocencia y de su sufrimiento.

Por tanto, toda la Iglesia de Roma hoy da gracias a Dios y reza por vosotros, pone gran confianza y esperanza en vuestro futuro, y espera frutos abundantes de santidad y de bien de vuestro ministerio sacerdotal. Sí, la Iglesia cuenta con vosotros, cuenta muchísimo con vosotros. La Iglesia os necesita a cada uno, consciente como es de los dones que Dios os ofrece y, al mismo tiempo, de la absoluta necesidad del corazón de todo hombre de encontrarse con Cristo, salvador único y universal del mundo, para recibir de él la vida nueva y eterna, la verdadera libertad y la alegría plena. Así pues, todos nos sentimos invitados a entrar en el «misterio», en el acontecimiento de gracia que se está realizando en vuestro corazón con la ordenación presbiteral, dejándonos iluminar por la Palabra de Dios que se ha proclamado.

El Evangelio que hemos escuchado nos presenta un momento significativo del camino de Jesús, en el que pregunta a los discípulos qué piensa la gente

de él y cómo lo consideran ellos mismos. Pedro responde en nombre de los Doce con una confesión de fe que se diferencia de forma sustancial de la opinión que la gente tiene sobre Jesús; él, en efecto, afirma: «Tú eres el Cristo de Dios» (cf. *Lc* 9, 20). ¿De dónde nace este acto de fe? Si vamos al inicio del pasaje evangélico, constatamos que la confesión de Pedro está vinculada a un momento de oración: «Jesús oraba a solas y sus discípulos estaban con él» (*Lc* 9, 18). Es decir, los discípulos son incluidos en el ser y hablar absolutamente único de Jesús con el Padre. Y de este modo, se les concede ver al Maestro en lo íntimo de su condición de Hijo, se les concede ver lo que otros no ven; del «ser con él», del «estar con él» en oración, deriva un conocimiento que va más allá de las opiniones de la gente, alcanzando la identidad profunda de Jesús, la verdad. Aquí se nos da una indicación bien precisa para la vida y la misión del sacerdote: en la oración está llamado a redescubrir el rostro siempre nuevo del Señor y el contenido más auténtico de su misión. Solamente quien tiene una relación íntima con el Señor es aferrado por él, puede llevarlo a los demás, puede ser enviado. Se trata de un «permanecer con él» que debe acompañar siempre el ejercicio del ministerio sacerdotal; debe ser su parte central, también y sobre todo en los momentos difíciles, cuando parece que las «cosas que hay que hacer» deben tener la prioridad. Donde estemos, en cualquier cosa que hagamos, debemos «permanecer siempre con él».

Quiero subrayar un segundo elemento del Evangelio de hoy. Inmediatamente después de la confesión de Pedro, Jesús anuncia su pasión y resurrección, y tras este anuncio imparte una enseñanza relativa al camino de los discípulos, que consiste en seguirlo a él, el Crucificado, seguirlo por la senda de la cruz. Y añade después -con una expresión paradójica- que ser discípulo significa «perderse a sí mismo», pero para volverse a encontrar plenamente a sí mismo (cf. *Lc* 9, 22-24). ¿Qué significa esto para cada cristiano, pero sobre todo qué significa para un sacerdote? El seguimiento, pero podríamos tranquilamente decir: el sacerdocio jamás puede representar un modo para alcanzar la seguridad en la vida o para conquistar una posición social. El que aspira al sacerdocio para aumentar su prestigio personal y su poder entiende mal en su raíz el sentido de este ministerio. Quien quiere sobre todo realizar una ambición propia, alcanzar el éxito personal, siempre será esclavo de sí mismo y de la opinión pública. Para ser tenido en consideración deberá adular; deberá decir lo que agrada a la gente; deberá adaptarse al cambio de las modas y de las opiniones y, así, se privará de la relación vital con la verdad, reduciéndose a condenar mañana aquello que había alabado hoy. Un hombre que plantee así su vida, un sacerdote que vea de esta forma su ministerio, no ama verdaderamente a Dios y a los demás; sólo se ama a sí mismo y, paradójicamente, termina por perderse a sí mismo. El sacerdocio -recordémoslo siempre- se

funda en la valentía de decir sí a otra voluntad, con la conciencia, que debe crecer cada día, de que precisamente conformándose a la voluntad de Dios, «inmersos» en esta voluntad, no sólo no será cancelada nuestra originalidad, sino que, al contrario, entraremos cada vez más en la verdad de nuestro ser y de nuestro ministerio.

Queridos ordenandos, quiero proponer a vuestra reflexión un tercer pensamiento, estrechamente relacionado con el que acabo de exponer: la invitación de Jesús a «perderse a sí mismo», a tomar la cruz, remite al misterio que estamos celebrando: la Eucaristía. Hoy, con el sacramento del Orden, se os concede presidir la Eucaristía. Se os confía el sacrificio redentor de Cristo; se os confía su cuerpo entregado y su sangre derramada. Ciertamente, Jesús ofrece su sacrificio, su entrega de amor humilde y completo a la Iglesia, su Esposa, en la cruz. Es en ese leño donde el grano de trigo que el Padre dejó caer sobre el campo del mundo muere para convertirse en fruto maduro, dador de vida. Pero, en el plan de Dios, esta entrega de Cristo se hace presente en la Eucaristía gracias a la *potestas sacra* que el sacramento del Orden os confiera a vosotros, los presbíteros. Cuando celebramos la santa misa tenemos en nuestras manos el pan del cielo, el pan de Dios, que es Cristo, grano partido para multiplicarse y convertirse en el verdadero alimento de vida para el mundo. Es algo que no puede menos de llenaros de

íntimo asombro, de viva alegría y de inmensa gratitud: el amor y el don de Cristo crucificado y glorioso ya pasan a través de vuestras manos, de vuestra voz y de vuestro corazón. Es una experiencia siempre nueva de asombro ver que en mis manos, en mi voz, el Señor realiza este misterio de su presencia.

¡Cómo no rezar, por tanto, al Señor para que os dé una conciencia siempre vigilante y entusiasta de este don, que está puesto en el centro de vuestro ser sacerdotes! Para que os dé la gracia de saber experimentar en profundidad toda la belleza y la fuerza de este servicio presbiteral y, al mismo tiempo, la gracia de poder vivir cada día este ministerio con coherencia y generosidad. La gracia del presbiterado, que dentro de poco se os dará, os unirá íntimamente, más aún, estructuralmente a la Eucaristía. Por eso, en lo más íntimo de vuestro corazón os unirá a los sentimientos de Jesús que ama hasta el extremo, hasta la entrega total de sí, a su ser pan multiplicado para el santo banquete de la unidad y la comunión. Esta es la efusión pentecostal del Espíritu, destinada a inflamar vuestra alma con el amor mismo del Señor Jesús. Es una efusión que, mientras manifiesta la absoluta gratuidad del don, graba en vuestro corazón una ley indeleble, la ley nueva, una ley que os impulsa a insertaros y a hacer que surja en el tejido concreto de las actitudes y de los gestos de vuestra vida de cada día el mismo amor de entrega de Cristo crucificado. Volvamos a

escuchar la voz del apóstol san Pablo; más aún, reconozcamos en ella la voz potente del Espíritu Santo: «Cuantos habéis sido bautizados en Cristo, habéis sido revestidos de Cristo» (*Ga 3, 27*) Ya con el Bautismo, y ahora en virtud del sacramento del Orden, habéis sido revestidos de Cristo. Que al cuidado por la celebración eucarística acompañe siempre el empeño por una vida eucarística, es decir, vivida en la obediencia a una única gran ley, la del amor que se entrega totalmente y sirve con humildad, una vida que la gracia del Espíritu Santo hace cada vez más semejante a la de Jesucristo, sumo y eterno Sacerdote, siervo de Dios y de los hombres.

Queridos hermanos, el camino que nos indica el Evangelio de hoy es la senda de vuestra espiritualidad y de vuestra acción pastoral, de su eficacia e incisividad, incluso en las situaciones más arduas y áridas. Más aún, éste es el camino seguro para encontrar la verdadera alegría. María, la esclava del Señor, que conformó su voluntad a la de Dios, que engendró a Cristo donándolo al mundo, que siguió a su Hijo hasta el pie de la cruz en el acto supremo de amor, os acompañe cada día de vuestra vida y de vuestro ministerio. Gracias al afecto de esta madre tierna y fuerte podréis ser gozosamente fieles a la consigna que como presbíteros se os da hoy: la de configuraros a Cristo sacerdote, que supo obedecer a la voluntad del Padre y amar al hombre hasta el extremo.

Homilía del Papa, Benedicto XVI, durante las Primeras Vísperas en la solemnidad de los apóstoles San Pedro y San Pablo

Basílica de San Pablo extramuros. Domingo, 28 de junio de 2010

Queridos hermanos y hermanas:

Con la celebración de las primeras Vísperas entramos en la solemnidad de San Pedro y San Pablo. Tenemos la gracia de hacerlo en la basílica papal dedicada al Apóstol de los gentiles, congregados en oración ante su tumba. Por eso, deseo orientar mi breve reflexión en la perspectiva de la vocación misionera de la Iglesia. En esta dirección, van la tercera antífona de la salmodia que hemos rezado y la lectura bíblica. Las dos primeras antífonas están dedicadas a san Pedro, la tercera a san Pablo, y dice: «Apóstol san Pablo, tú eres un instrumento elegido para anunciar la verdad a todo el mundo». Y en la lectura breve, tomada del discurso inicial de la *carta a los Romanos*, san Pablo se presenta como «llamado a ser apóstol, escogido para anunciar el Evangelio de Dios» (*Rm 1 1*). La figura de san Pablo, su persona y su ministerio, toda su existencia y su duro trabajo por el reino de Dios, están completamente dedicados al servicio del Evangelio. En estos textos, se advierte un sentido de movimiento, donde el protagonista no es el hombre, sino Dios, el soplo del Espíritu Santo, que impulsa al Apóstol por los caminos del mundo

para llevar a todos la buena nueva: las promesas de los profetas se han cumplido en Jesús, el Cristo, el Hijo de Dios, muerto por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación. Saulo ya no existe; existe Pablo, más aún, existe Cristo que vive en él (cf. *Ga* 2, 20) y quiere llegar a todos los hombres. Por tanto, si la fiesta de los santos patronos de Roma evoca la doble aspiración típica de esta Iglesia, a la unidad y a la universalidad, el contexto en que nos encontramos esta tarde nos llama a privilegiar la segunda, dejándonos, por decirlo así, «arrastrar» por san Pablo y por su extraordinaria vocación.

El siervo de Dios Giovanni Battista Montini, cuando fue elegido Sucesor de Pedro, en plena celebración del concilio Vaticano II, escogió llevar el nombre del Apóstol de los gentiles. Dentro de su programa de actuación del Concilio, Pablo VI convocó en 1974 la Asamblea del Sínodo de los obispos sobre el tema de la evangelización en el mundo contemporáneo, y casi un año después publicó la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, que comienza con estas palabras: «El esfuerzo orientado al anuncio del Evangelio a los hombres de nuestro tiempo, animados por la esperanza, pero a la vez perturbados con frecuencia por el temor y la angustia, es sin duda alguna un servicio que se presta a la comunidad cristiana e incluso a toda la humanidad» (n. 1). Impresiona la actualidad de estas expresiones. Se percibe en ellas toda la particular sensibilidad misionera de

Pablo VI y, a través de su voz, el gran anhelo conciliar a la evangelización del mundo contemporáneo, anhelo que culmina en el decreto *Ad gentes*, pero que impregna, todos los documentos del Vaticano II y que, antes aún, animaba los pensamientos y el trabajo de los padres conciliares, reunidos para representar de modo más tangible que nunca la difusión mundial alcanzada por la Iglesia.

No hay palabras para explicar cómo el venerable Juan Pablo II, en su largo pontificado, desarrolló esta proyección misionera, que -conviene recordar siempre- responde a la naturaleza misma de la Iglesia, la cual, con san Pablo, puede y debe repetir siempre: «Si anuncio el Evangelio, no lo hago para gloriarme: al contrario, es para mí una necesidad imperiosa. ¡Ay de mí si no predicara el Evangelio!» (*1 Co* 9, 16). El Papa, Juan Pablo II, representó «en vivo» la naturaleza misionera de la Iglesia, con los viajes apostólicos y con la insistencia de su magisterio en la urgencia de una «nueva evangelización»: «nueva» no en los contenidos, sino en el impulso interior, abierto a la gracia del Espíritu Santo, que constituye la fuerza de la ley nueva del Evangelio y que renueva siempre a la Iglesia; «nueva» en la búsqueda de modalidades que correspondan a la fuerza del Espíritu Santo y sean adecuadas a los tiempos y a las situaciones; «nueva» porque es necesaria incluso en países que ya han recibido el anuncio del Evangelio. A todos es evidente que mi Predecesor

dio un impulso extraordinario a la misión de la Iglesia, no sólo -repito- por las distancias que recorrió, sino sobre todo por el genuino espíritu misionero que lo animaba y que nos dejó en herencia al alba del tercer milenio.

Recogiendo esta herencia, afirmé al inicio de mi ministerio petrino que la Iglesia es joven, abierta al futuro. Y lo repito hoy, cerca del sepulcro de san Pablo: en el mundo, la Iglesia es una inmensa fuerza renovadora, ciertamente no por sus fuerzas, sino por la fuerza del Evangelio, en el que sopla el Espíritu Santo de Dios, el Dios creador y redentor del mundo. Los desafíos de la época actual están ciertamente por encima de las capacidades humanas: lo están los desafíos históricos y sociales, y con mayor razón los espirituales. A los pastores de la Iglesia, a veces, nos parece revivir la experiencia de los Apóstoles, cuando miles de personas necesitadas seguían a Jesús, y él preguntaba: ¿Qué podemos hacer por toda esta gente? Ellos entonces experimentaban su impotencia. Pero precisamente Jesús les había demostrado que con la fe en Dios nada es imposible, y que unos pocos panes y peces, bendecidos y compartidos, podían saciar a todos. Pero no sólo había -y no sólo hay- hambre de alimento material: hay un hambre más profunda, que sólo Dios puede saciar. También el hombre del tercer milenio desea una vida auténtica y plena, tiene necesidad de verdad, de libertad profunda, de amor gratuito. También en los desiertos del mundo secularizado,

el alma del hombre tiene sed de Dios, del Dios vivo. Por eso Juan Pablo II escribió: «La misión de Cristo redentor, confiada a la Iglesia, está aún lejos de cumplirse», y añadió: «Una mirada global a la humanidad demuestra que esta misión se halla todavía en los comienzos y que debemos comprometernos con todas nuestras energías en su servicio» (*Redemptoris missio*, 1). Hay regiones del mundo que aún esperan una primera evangelización; otras, que la recibieron, necesitan un trabajo más profundo; y hay otras en las que el Evangelio ha echado raíces durante mucho tiempo, dando lugar una verdadera tradición cristiana, pero en las que en los últimos siglos -con dinámicas complejas- el proceso de secularización ha producido una grave crisis del sentido de la fe cristiana y de la pertenencia a la Iglesia.

En esta perspectiva, he decidido crear un nuevo organismo, en la forma de «Consejo pontificio», con la tarea principal de promover una renovada evangelización en los países donde ya resonó el primer anuncio de la fe y están presentes Iglesias de antigua fundación, pero que están viviendo una progresiva secularización de la sociedad y una especie de «eclipse del sentido de Dios», que constituyen un desafío a encontrar medios adecuados para volver a proponer la perenne verdad del Evangelio de Cristo.

Queridos hermanos y hermanas, el desafío de la nueva evangelización in-

terpela a la Iglesia universal, y nos pide también proseguir con empeño la búsqueda de la unidad plena entre los cristianos. Un signo elocuente de esperanza en este sentido es la costumbre de las visitas recíprocas entre la Iglesia de Roma y la de Constantinopla con ocasión de las fiestas de sus respectivos santos patronos. Por esto, acogemos hoy con renovada alegría y reconocimiento la delegación enviada por el Patriarca Bartolomé I, al cual dirigimos el saludo más cordial. Que la intercesión de san Pedro y san Pablo obtenga a toda la Iglesia fe ardiente y valentía apostólica para anunciar al mundo la verdad que todos necesitamos, la verdad que es Dios, origen y fin del universo y de la historia, Padre misericordioso y fiel, esperanza de vida eterna. Amén.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
durante la Santa Misa e
imposición del Palio a los nuevos
Metropolitanos en la solemnidad de
los apóstoles San Pedro y San Pablo***

Basilica Vaticana .Martes, 29 de junio de 2010

Queridos hermanos y hermanas:

Los textos bíblicos de esta liturgia eucarística de la solemnidad de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, en su gran riqueza, ponen de relieve un tema que se podría resumir así: Dios está cerca de sus servidores fieles y los

libra de todo mal, y libra a la Iglesia de las potencias negativas. Es el tema de la libertad de la Iglesia, que presenta un aspecto histórico y otro más profundamente espiritual.

Esta temática atraviesa hoy toda la liturgia de la Palabra. La primera y la segunda lectura hablan, respectivamente, de san Pedro y san Pablo, subrayando precisamente la acción liberadora de Dios respecto de ellos. Especialmente el texto de los *Hechos de los Apóstoles* describe con abundancia de detalles la intervención del ángel del Señor, que libra a Pedro de las cadenas y lo conduce fuera de la cárcel de Jerusalén, donde lo había hecho encerrar, bajo estrecha vigilancia, el rey Herodes (cf. *Hch* 12, 1-11). Pablo, en cambio, escribiendo a Timoteo cuando ya siente cercano el fin de su vida terrena, hace un balance completo, del que emerge que el Señor estuvo siempre cerca de él, lo libró de numerosos peligros y lo libraré además introduciéndolo en su Reino eterno (cf. *2 Tm* 4, 6-8.17-18). El tema se refuerza en el Salmo responsorial (*Sal* 33) y se desarrolla de modo particular en el texto evangélico de la confesión de Pedro, donde Cristo promete que el poder del infierno no prevalecerá sobre su Iglesia (cf. *Mt* 16, 18)

Observando bien, se nota, con relación a esta temática, cierta progresión. En la primera lectura, se narra un episodio específico que muestra la intervención del Señor para librar a Pedro de la prisión; en la segunda, Pablo, sobre

la base de su extraordinaria experiencia apostólica, se dice convencido de que el Señor, que ya lo ha librado «de la boca del león», lo librará «de todo mal» abriéndole las puertas del cielo; en el Evangelio, en cambio, ya no se habla de apóstoles individualmente, sino de la Iglesia en su conjunto y de su seguridad respecto a las fuerzas del mal, entendidas en sentido amplio y profundo. De este modo, vemos que la promesa de Jesús -«el poder del infierno no prevalecerá» sobre la Iglesia- comprende ciertamente las experiencias históricas de persecución sufridas por Pedro y Pablo y por los demás testigos del Evangelio, pero va más allá, queriendo asegurar sobre todo la protección contra las amenazas de orden espiritual; según lo que el propio Pablo escribe en la *Carta a los Efesios*: «Porque nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los principados y las potencias, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus del mal que habitan en las alturas» (*Ef*6, 12).

En efecto, si pensamos en los dos mil años de historia de la Iglesia, podemos observar que -como había anunciado el Señor Jesús (cf. *Mt* 10, 16-33)- a los cristianos jamás han faltado las pruebas, que en algunos períodos y lugares han asumido el carácter de verdaderas persecuciones. Con todo, las persecuciones, a pesar de los sufrimientos que provocan, no constituyen el peligro más grave para la Iglesia. El daño mayor, de hecho, lo sufre por lo que contamina la

fe y la vida cristiana de sus miembros y de sus comunidades, corrompiendo la integridad del Cuerpo místico, debilitando su capacidad de profecía y de testimonio, empañando la belleza de su rostro. El epistolario paulino atestigua ya esta realidad. La *Primera Carta a los Corintios*, por ejemplo, responde precisamente a algunos problemas de divisiones, de incoherencias, de infidelidades al Evangelio que amenazan seriamente a la Iglesia. Pero también la *Segunda Carta a Timoteo* -de la que hemos escuchado un pasaje- habla de los peligros de los «últimos tiempos», identificándolos con actitudes negativas que pertenecen al mundo y que pueden contagiar a la comunidad cristiana: egoísmo, vanidad, orgullo, apego al dinero, etc. (cf. 3, 1-5). La conclusión del Apóstol es tranquilizadora: los hombres que obran el mal -escribe- «no llegarán muy lejos, porque su necedad será manifiesta a todos» (3, 9). Así pues, hay una garantía de libertad, asegurada por Dios a la Iglesia, libertad tanto de los lazos materiales que tratan de impedir o coartar su misión, como de los males espirituales y morales, que pueden corromper su autenticidad y su credibilidad.

El tema de la libertad de la Iglesia, garantizada por Cristo a Pedro, tiene también una pertinencia específica con el rito de la imposición del palio, que hoy renovamos para treinta y ocho arzobispos metropolitanos, a los cuales dirijo mi más cordial saludo, extendiéndolo con afecto a cuantos han

querido acompañarlos en esta peregrinación. La comunión con Pedro y con sus sucesores, de hecho, es garantía de libertad para los pastores de la Iglesia y para las comunidades a ellos confiadas. Lo es en los dos planos que he puesto de relieve en las reflexiones anteriores. En el plano histórico, la unión con la Sede Apostólica asegura a las Iglesias particulares y a las Conferencias episcopales la libertad respecto a poderes locales, nacionales o supranacionales, que en ciertos casos pueden obstaculizar la misión de la Iglesia. Además, y más esencialmente, el ministerio petriño es garantía de libertad en el sentido de la plena adhesión a la verdad, a la auténtica tradición, de modo que el pueblo de Dios sea preservado de errores concernientes a la fe y a la moral. Por tanto, el hecho de que cada año los nuevos arzobispos metropolitanos vengan a Roma a recibir el palio de manos del Papa se ha de entender en su significado propio, como gesto de comunión, y el tema de la libertad de la Iglesia nos ofrece una clave de lectura particularmente importante. Esto aparece evidente en el caso de las Iglesias marcadas por persecuciones, o sometidas a injerencias políticas o a otras duras pruebas. Pero esto no es menos relevante en el caso de comunidades que sufren la influencia de doctrinas erróneas, o de tendencias ideológicas y prácticas contrarias al Evangelio. En este sentido, el palio, por consiguiente, se convierte en garantía de libertad, análogamente al «yugo» de Jesús, que él invita a cada uno a tomar sobre sus

hombros (cf. *Mt* 11, 29-30). Como el mandamiento de Cristo, aun siendo exigente, es «dulce y ligero», y en vez de pesar sobre el que lo lleva, lo alivia, así el vínculo con la Sede Apostólica, aunque sea arduo, sostiene al pastor y la porción de Iglesia confiada a su cuidado, haciéndolos más libres y más fuertes.

Quiero extraer una última indicación de la Palabra de Dios, en particular de la promesa de Cristo según la cual el poder del infierno no prevalecerá sobre su Iglesia. Estas palabras pueden tener también un significativo valor ecuménico, puesto que, como aludí hace poco, uno de los efectos típicos de la acción del Maligno es precisamente la división en el seno de la comunidad eclesial. De hecho, las divisiones son síntomas de la fuerza del pecado, que continúa actuando en los miembros de la Iglesia también después de la redención. Pero la Palabra de Cristo es clara: «*Non praevalerunt*», «No prevalecerán» (*Mt* 16, 18). La unidad de la Iglesia está enraizada en la unión con Cristo, y la causa de la unidad plena de los cristianos -que siempre se ha de buscar y renovar, de generación en generación- también está sostenida por su oración y su promesa. En la lucha contra el espíritu del mal, Dios nos ha dado en Jesús el «Abogado» defensor y, después de su Pascua, «otro Paráclito» (cf. *Jn* 14, 16), el Espíritu Santo, que permanece con nosotros para siempre y conduce a la Iglesia hacia la plenitud de la verdad (cf. *Jn* 14, 16; 16, 13), que

es también la plenitud de la caridad y de la unidad. Con estos sentimientos de confiada esperanza, me alegra saludar a la delegación del Patriarcado de Constantinopla que, según la bella costumbre de las visitas recíprocas, participa en la celebración de los santos patronos de Roma. Juntos damos gracias a Dios por los progresos en las relaciones ecuménicas entre católicos y ortodoxos, y renovamos el compromiso de corresponder generosamente a la gracia de Dios, que nos conduce a la comunión plena.

Queridos amigos, os saludo cordialmente a cada uno: señores cardenales, hermanos en el episcopado, señores embajadores y autoridades civiles -en

particular al alcalde de Roma-, sacerdotes, religiosos y fieles laicos. Os agradezco vuestra presencia. Que los santos apóstoles Pedro y Pablo os obtengan amar cada vez más a la santa Iglesia, Cuerpo místico de Cristo, nuestro Señor, y mensajera de unidad y de paz para todos los hombres. Que os obtengan también ofrecer con alegría por su santidad y su misión las fatigas y los sufrimientos soportados por fidelidad al Evangelio. Que la Virgen María, Reina de los Apóstoles y Madre de la Iglesia, vele siempre sobre vosotros, en particular sobre el ministerio de los arzobispos metropolitanos. Que con su ayuda celestial viváis y actuéis siempre con la libertad que Cristo nos conquistó. Amén.

VIAJES APOSTÓLICOS. VIAJE A CHIPRE, DEL 4 AL 6 DE JUNIO DE 2010

Encuentro del Papa, Benedicto XVI, con los periodistas durante el vuelo hacia Chipre

Viernes 4 de junio de 2010

Dirigió las preguntas, en nombre de los periodistas, el padre Federico Lombardi, director de la Oficina de información de la Santa Sede.

Pregunta: Santidad, le damos las gracias por estar con nosotros, como en cada viaje, y darnos su palabra para orientar nuestra atención en estos días,

que serán muy intensos. Naturalmente, por desgracia la primera pregunta es obligada por la circunstancia que ayer nos afectó tan dolorosamente, el asesinato de monseñor Padovese, que para usted ha sido causa de un profundísimo dolor. Por tanto, en nombre de todos los compañeros, deseo pedirle que nos diga algo sobre cómo ha recibido usted esta noticia y cómo vive el comienzo del viaje a Chipre en este clima.

Respuesta: Como es natural, me duele profundamente la muerte de monseñor Padovese, quien contribu-

yó mucho a la preparación del Sínodo; colaboró, y habría sido un elemento precioso en este Sínodo. Encomendamos su alma a la bondad de Dios. Esta sombra, con todo, no tiene nada que ver con los temas mismos y con la realidad del viaje, porque no debemos atribuir a Turquía o a los turcos este hecho. Es algo sobre lo que tenemos poca información. Seguramente no se trata de un asesinato político o religioso; se trata de un asunto personal. Esperamos aún todas las explicaciones, pero no queremos mezclar ahora esta trágica situación con el diálogo con el islam y con todos los problemas de nuestro viaje. Es un caso aparte, que entristece, pero que no debería oscurecer de ninguna forma el diálogo, en todos los sentidos, que será tema e intención de este viaje.

P.: Chipre es una tierra dividida. Santidad, usted no visitará la parte norte, ocupada por los turcos. ¿Tiene usted un mensaje para los habitantes de esa región? Y ¿cómo cree que su visita puede contribuir a resolver la distancia entre la parte griega y la turca, a avanzar hacia una solución de convivencia pacífica, en el respeto de la libertad religiosa, del patrimonio espiritual y cultural de las diversas comunidades?

R.: Este viaje a Chipre es, en muchos sentidos, una continuación del viaje del año pasado a Tierra Santa y también del viaje a Malta de este año. El viaje a Tierra Santa tenía tres partes: Jordania, Israel y los Territorios

palestinos. En los tres casos se trataba de un viaje pastoral, religioso; no era un viaje político o turístico. El tema fundamental era la paz de Cristo, que debe ser paz universal en el mundo. Por tanto, el tema era, por una parte, el anuncio de nuestra fe, el testimonio de la fe, la peregrinación a estos lugares que dan testimonio de la vida de Cristo y de toda la historia santa; y, por otra, la responsabilidad común de todos los que creen en un Dios creador del cielo y de la tierra, en un Dios a cuya imagen hemos sido creados. Malta y Chipre añaden con fuerza el tema de san Pablo, gran creyente, evangelizador, y también de san Bernabé, que es chipriota y abrió la puerta para la misión de san Pablo. Así pues, los temas son: testimonio de nuestra fe en el único Dios, diálogo y paz. Paz en un sentido muy profundo: no es una añadidura política a nuestra actividad religiosa; la paz es una palabra del corazón de la fe, está en el centro de la enseñanza paulina. Pensemos en la carta a los Efesios, donde dice que Cristo ha traído la paz, ha destruido los muros de la enemistad. Este sigue siendo un mandato permanente; por tanto, no vengo con un mensaje político, sino con un mensaje religioso, que debería preparar más a las almas para encontrar la apertura a la paz. Estas cosas no se consiguen de un día para otro, pero es muy importante no sólo dar los pasos políticos necesarios, sino sobre todo preparar las almas para ser capaces de dar los pasos políticos necesarios, crear la apertura interior a la paz, que, al final, viene de

la fe en Dios y de la convicción de que todos somos hijos de Dios y hermanos y hermanas entre nosotros.

P.: Usted se dirige a Oriente Medio pocos días después de que el ataque israelí a la flotilla delante de Gaza añadiera más tensiones al ya difícil proceso de paz. ¿Cómo cree que la Santa Sede puede contribuir a superar este momento delicado para Oriente Medio?

R.: Diría que nosotros contribuimos sobre todo de forma religiosa. Podemos también ayudar con consejos políticos y estratégicos, pero el trabajo esencial del Vaticano siempre es el religioso, que toca el corazón. Con todos estos episodios que vivimos, existe siempre el peligro de perder la paciencia, de decir «¡ya basta!», de no querer ya buscar la paz. Y aquí me viene a la mente, en este Año sacerdotal, una hermosa anécdota del párroco de Ars. A las personas que le decían: «No tiene sentido que yo ahora vaya a la confesión y a la absolución, porque estoy seguro de que pasado mañana volveré a caer en los mismos pecados», el cura de Ars respondía: «No importa. El Señor voluntariamente olvida que tú, pasado mañana, cometerás los mismos pecados; te perdona ahora completamente. Será magnánimo y seguirá ayudándote, viniendo hacia ti». Así debemos imitar a Dios, su paciencia. Después de todos los casos de violencia, no perder la paciencia, no perder el valor, no perder la magnanimidad de volver a empezar; crear estas disposiciones del corazón para empezar siempre de nuevo, con la

certeza de que podemos ir adelante, que podemos llegar a la paz, que la violencia no es la solución, sino la paciencia del bien. Crear esta disposición me parece el principal trabajo que el Vaticano, sus organismos y el Papa pueden hacer.

P.: Santidad, el diálogo con los ortodoxos ha dado muchos pasos adelante desde el punto de vista cultural, espiritual y de la vida. Con ocasión del reciente concierto que le ofreció el Patriarca de Moscú se notó una profunda sintonía entre ortodoxos y católicos frente a los desafíos planteados al cristianismo en Europa por la secularización. Pero ¿cuál es su valoración sobre el diálogo, también desde el punto de vista más propiamente teológico?

R.: Ante todo quiero subrayar los grandes avances que hemos hecho en el testimonio común de los valores cristianos en el mundo secularizado. Ésta no es sólo una coalición -digamos- moral, política; es, en realidad, una cuestión profundamente de fe, porque los valores fundamentales por los que vivimos en este mundo secularizado no son moralismos, sino que son la fisonomía fundamental de la fe cristiana. Cuando somos capaces de testimoniar juntos estos valores, de comprometernos en el diálogo, en el debate de este mundo, en el testimonio para vivir estos valores, ya hemos dado un testimonio fundamental de una unidad muy profunda en la fe. Naturalmente, hay muchos problemas teológicos, pero también aquí los elementos de unidad son fuertes. Quiero señalar tres

elementos que nos unen, que nos ven cada vez más cercanos, que nos hacen cada vez más próximos. Primero: la Escritura; la Biblia no es un libro caído del cielo, que tenemos ahora y cada uno lo toma, sino que es un libro crecido en el pueblo de Dios y vive en este sujeto común del pueblo de Dios y sólo aquí permanece siempre presente y real; es decir, no se puede aislar la Biblia; la Biblia está en el nexo entre tradición e Iglesia. Esta conciencia es fundamental y pertenece al fundamento de la Ortodoxia y del Catolicismo, y nos indica un camino común. Como segundo elemento, decimos: la tradición, que nos interpreta, que nos abre la puerta de la Escritura, tiene también una forma institucional, sagrada, sacramental, querida por el Señor, es decir, el episcopado; tiene una forma personal, o sea, el colegio de los obispos en su conjunto es testigo y presencia de esta tradición. Y el tercer punto: la llamada *regula fidei*, es decir, la confesión de la fe elaborada en los antiguos Concilios es la suma de cuanto está en la Escritura y abre la «puerta» de interpretación. Después, otros elementos -la liturgia, el amor común a la Virgen- nos unen profundamente y nos parece cada vez más claro que son los fundamentos de la vida cristiana. Debemos ser cada vez más conscientes y profundizar también en los detalles, pero me parece que, aunque las culturas diversas, las situaciones diferentes hayan creado malentendidos y dificultades, crecemos en la conciencia de lo esencial y de la unidad de lo esencial. Quiero añadir que, naturalmente, no es el debate teológico lo que crea de por sí

la unidad; es una dimensión importante, pero toda la vida cristiana, el conocerse, la experiencia de la fraternidad, aprender, a pesar de la experiencia del pasado, esta fraternidad común, son procesos que exigen también gran paciencia. Pero me parece que precisamente estamos aprendiendo la paciencia, así como el amor, y con todas las dimensiones del diálogo teológico seguimos adelante, dejando que el Señor decida cuándo nos dará la unidad perfecta.

P.: Uno de los objetivos de este viaje es la entrega del documento de trabajo del Sínodo de los obispos para Oriente Medio. ¿Cuáles son sus principales expectativas y esperanzas para este Sínodo, para las comunidades cristianas y también para los creyentes de otras religiones en esta región?

R.: El primer punto importante es que aquí se ven diversos obispos, jefes de Iglesias, porque tenemos muchas Iglesias -varios ritos están esparcidos en diversos países, en situaciones diversas- y a menudo parecen aislados, con frecuencia tienen también pocas informaciones de los demás; verse juntos, encontrarse y conocerse uno a otro, los problemas, las diferencias y las situaciones comunes, formar juntos un juicio sobre la situación, sobre el camino a tomar. Esta comunión concreta de diálogo y de vida es un primer punto. El segundo es también la visibilidad de estas Iglesias, es decir, que se vea en el mundo que hay una gran y antigua cristiandad en Oriente Medio, que a menudo no está

ante nuestros ojos, y que esta visibilidad nos ayuda también a estar cerca de ellos, a profundizar nuestro conocimiento recíproco, a aprender unos de otros, a ayudarnos, y ayudar así también a los cristianos de Oriente Medio a no perder la esperanza, a permanecer, aunque las situaciones puedan ser difíciles. Así -tercer punto- en el diálogo entre ellos se abren también al diálogo con los demás cristianos ortodoxos, armenios, etcétera. Y crece una conciencia común de la responsabilidad cristiana y también una capacidad común de diálogo con los hermanos musulmanes, que son hermanos, a pesar de las diferencias; y me parece que se alienta también, a pesar de todos los problemas, a continuar, con una visión común, el diálogo con ellos. Todos los intentos de promover una convivencia cada vez más fructífera y fraterna son muy importantes. Éste es, por tanto, un encuentro interno de la cristiandad católica de Oriente Medio en sus diversos ritos, pero es un encuentro también de apertura, de capacidad renovada de diálogo, de valentía y de esperanza para el futuro.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
en la ceremonia de bienvenida***

*Aeropuerto internacional de Paphos.
Viernes, 4 de junio de 2010*

Señor Presidente, Su Beatitud Crisóstomos, Beatitudes, Excelencias, Distinguidas autoridades, Señores y Señoras

Señor Presidente, le agradezco vivamente su amable invitación a visitar la República de Chipre. Dirijo mis cordiales saludos a Usted, al Gobierno y al pueblo de esta Nación, y le doy las gracias por sus gentiles palabras de bienvenida. Recuerdo aún con gratitud su reciente visita al Vaticano y espero con alegría nuestro encuentro de mañana en Nicosia.

Chipre se encuentra en una encrucijada de culturas y religiones, de historias gloriosas y al mismo tiempo antiguas, pero que todavía tienen un influjo muy visible en la vida de vuestro país. Al haber entrado recientemente en la Unión Europea, la República de Chipre ha comenzado a beneficiarse de intercambios económicos y políticos con los otros países europeos. Dicha pertenencia ha permitido también a vuestro país el acceso a los mercados, a la tecnología y a las innovaciones científicas. Se alberga una viva esperanza de que esta incorporación conduzca a la estabilidad y prosperidad en vuestro país y que otros países europeos, a su vez, se enriquezcan de vuestra herencia espiritual y cultural, que refleja vuestro papel histórico, hallándoos entre Europa, Asia y África. Que el amor a vuestra patria y a vuestras familias, y el anhelo de vivir en armonía con vuestros vecinos bajo la protección amorosa de Dios todopoderoso, os sirva de inspiración para resolver con paciencia las demás preocupaciones que compartís con la comunidad internacional con vistas al futuro de vuestra isla.

Vengo como peregrino y siervo de los siervos de Dios, tras las huellas de nuestros padres comunes en la fe, los santos Pablo y Bernabé. Desde que los apóstoles trajeron el mensaje cristiano a estas orillas, Chipre fue bendecida por una destacable herencia cristiana. Saludo como a un hermano en esta fe a Su Beatitud Crisóstomo II, Arzobispo de Nea Justiniana y de todo Chipre, y espero vivamente encontrar dentro de poco a otros muchos miembros de la Iglesia ortodoxa de Chipre.

También espero saludar a otros responsables religiosos chipriotas. Deseo que se refuercen nuestros vínculos comunes y reitero la necesidad de afianzar la confianza recíproca y la amistad duradera con todos los que adoran al Dios único.

Como Sucesor de Pedro, vengo de modo especial para saludar a los católicos de Chipre, para confirmarlos en la fe (cf. *Lc 22,32*) y animarlos a ser cristianos y ciudadanos ejemplares, para que desempeñen cabalmente su papel en la sociedad, en beneficio de la Iglesia y del Estado.

Durante mi estancia entre vosotros, entregaré también el *Instrumentum laboris*, un documento de trabajo con vistas a la Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos para el Medio Oriente, que se celebrará próximamente en Roma en este año. Esta Asamblea examinará muchos aspectos de la presencia de la Iglesia en la región y los retos que los católicos han de afrontar,

en circunstancias a veces difíciles, viviendo la comunión con la Iglesia católica y ofreciendo su testimonio en el servicio a la sociedad y al mundo. En efecto, Chipre es un sitio apropiado desde el que impulsar la reflexión de nuestra Iglesia sobre el puesto de la secular comunidad católica en el Medio Oriente, nuestra solidaridad con todos los cristianos de la región y nuestra convicción del papel insustituible que tienen en la consolidación de la paz y la reconciliación entre los pueblos.

Señor Presidente, queridos amigos, con estos pensamientos, confío mi peregrinación a María, la Madre de Dios, y a la intercesión de los santos Pablo y Bernabé.

Que Dios bendiga al pueblo de Chipre. Que la Santísima Virgen María os proteja siempre.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante la celebración ecuménica

Área arqueológica de la iglesia de Agia Kiriaki Chrysopolitissa – Paphos. Viernes, 4 de junio de 2010

Queridos hermanos y hermanas en Cristo

“A vosotros gracia y paz abundantes” (*1 P 1, 2*). Saludo con gran alegría a todos vosotros que representáis las comunidades cristianas de Chipre.

Agradezco a Su Beatitud Crisóstomo II sus amables palabras de bienvenida; doy las gracias también a nuestro anfitrión, Su Eminencia Georgios, Metropolitana de Pafos, y a cuantos han hecho posible este encuentro. Me es grato, además, saludar cordialmente a los cristianos de otras confesiones aquí presentes, así como a los pertenecientes a las comunidades armenia, luterana y anglicana.

Verdaderamente es una gracia extraordinaria que podamos estar reunidos en oración en esta iglesia de la *Agia Kiriakì Chrysopolitissa* (Iglesia de la Santísima Señora recubierta de Oro). Acabamos de oír la lectura de los *Hechos de los Apóstoles*, que nos ha recordado que Chipre fue la primera etapa en los viajes misioneros del Apóstol Pablo (cf. *Hch* 13, 1-4). Pablo, “separado” por el Espíritu Santo, junto a Bernabé, oriundo de Chipre, y Marcos, el futuro evangelista, desembarcaron en Salamina, donde comenzaron a anunciar la palabra de Dios en las sinagogas. Atravesaron la isla y llegaron a Pafos, y allí, muy cerca de donde estamos ahora, predicaron en presencia del Procónsul romano Sergio Paulo. Así, desde aquí, el mensaje del Evangelio empezó a difundirse por todo el imperio, y la Iglesia, fundamentada en la predicación apostólica, fue capaz de echar raíces en todo el mundo conocido.

Con razón, la Iglesia en Chipre puede sentirse orgullosa de sus vínculos directos con la predicación de Pablo, Bernabé y Marcos, y de su comunión con la fe apostólica, una comunión que la une

a todas las Iglesias que tienen la misma norma de fe. Ésta es la comunión, real aunque imperfecta, que ya hoy nos une, y que nos impulsa a superar nuestras divisiones y a luchar por recuperar aquella plena unidad visible, que el Señor quiere para todos sus seguidores. Porque, en palabras de Pablo, hay “un solo cuerpo y un solo Espíritu, como una sola es la esperanza de la vocación a la que habéis sido convocados. Un Señor, una fe, un bautismo” (*Ef* 4, 4-5).

La comunión eclesial en la fe apostólica es un don y a la vez una llamada a la misión. El pasaje de los *Hechos* que hemos escuchado nos ha presentado una imagen de la unidad de la Iglesia en oración y de su apertura a la misión bajo la inspiración del Espíritu. Como Pablo y Bernabé, todo cristiano, mediante el bautismo, es “separado” para que dé testimonio profético del Señor resucitado y de su Evangelio de reconciliación, misericordia y paz. En este contexto, la Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos para el Medio Oriente, que se reunirá en Roma el próximo octubre, reflexionará sobre el papel crucial de los cristianos en esta región, les animará en su testimonio evangélico y ayudará a potenciar el diálogo y la colaboración entre los cristianos de la zona. De modo significativo, los trabajos del Sínodo se verán enriquecidos por la presencia de delegados fraternos de otras Iglesias y Comunidades cristianas de la región, como signo del compromiso común al servicio de la palabra de Dios y de nuestra docilidad a la acción de su gracia reconciliadora.

La unidad de todos los discípulos de Cristo es un don que hemos de pedir al Padre, con la esperanza de que reforzará el testimonio del Evangelio en el mundo actual. El Señor rezó por la santidad y la unidad de sus discípulos precisamente para que el mundo crea (cf. *Jn* 17, 21). La lúcida conciencia de que las divisiones entre los cristianos eran un obstáculo para la propagación del Evangelio dio origen, en la Conferencia Misionera de Edimburgo, hace ahora cien años, al movimiento ecuménico moderno. Hoy podemos estar agradecidos al Señor que, mediante su Espíritu, nos ha hecho redescubrir –especialmente en los últimos decenios– el rico patrimonio apostólico que comparten Oriente y Occidente, e intentar, mediante un diálogo paciente y sincero, encontrar las vías para acercarnos los unos a los otros, superando las controversias del pasado y tendiendo a un futuro mejor.

La Iglesia en Chipre, que hace de puente entre Oriente y Occidente, ha contribuido mucho a este proceso de reconciliación. El camino hacia la plena comunión no estará libre de dificultades, pero la Iglesia Católica y la Iglesia Ortodoxa de Chipre están decididas a avanzar en el diálogo y la colaboración fraterna. Que el Espíritu Santo ilumine nuestras mentes y fortalezca nuestra determinación, de manera que juntos podamos llevar el mensaje de la salvación a los hombres y mujeres de nuestro tiempo, que tienen sed de la verdad que realmente hace libres y salva (cf. *Jn* 8, 32), la verdad que se llama Jesucristo.

Queridos hermanas y hermanos, no puedo terminar sin recordar a los santos que adornan a la Iglesia de Chipre, en particular a san Epifanio, obispo de Salamina. La santidad es el signo de la plenitud de la vida cristiana, de una profunda docilidad interior al Espíritu Santo que nos llama a la conversión y a la renovación constante, así como a que nos esforcemos por configurarnos cada vez más con Cristo nuestro Salvador. Conversión y santidad son también los medios privilegiados para abrir la mente y el corazón a la voluntad del Señor que quiere la unidad de su Iglesia. A la vez que damos gracias por el encuentro de hoy y por el amor fraterno que nos une, pedimos a los santos Bernabé y Epifanio, Pedro y Pablo, y a todos los santos de Dios, que bendigan nuestras comunidades, que nos conserven en la fe de los Apóstoles, y que guíen nuestros pasos por el camino de la unidad, la caridad y la paz.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
en el encuentro con las Autoridades
civiles y el Cuerpo Diplomático***

Jardín del Palacio Presidencial de Nicosia. Sábado, 5 de junio de 2010

*Señor Presidente, Excelencias, Señoras
y Señores:*

Me complace vivamente tener la oportunidad de encontrarme con las autoridades políticas y civiles de la República, así como con los miembros

de la comunidad diplomática, en mi viaje apostólico a Chipre. Agradezco al Señor Presidente Christofias las amables palabras con las que me ha saludado en vuestro nombre y a las que correspondo gustoso con mis mejores deseos para vuestro importante trabajo, recordando especialmente la feliz conmemoración del 50 aniversario de la constitución de la República.

Acabo de hacer una ofrenda floral en memoria del difunto Arzobispo Makarios, primer Presidente de la República de Chipre. Como él, cada uno de vosotros, servidores públicos, se esfuerza por servir al bien común de la sociedad, ya sea en el ámbito local, nacional o internacional. Ésta es una noble vocación que la Iglesia aprecia. Desempeñado con fidelidad, el servicio público os permite crecer en sabiduría, integridad y realización personal. Platón, Aristóteles y los estoicos daban una gran importancia a esta realización *-eudemonia-* como objetivo de la vida humana, y veían en la dimensión moral la vía para lograr esta meta. Para ellos, así como para los grandes filósofos árabes y cristianos que siguieron sus huellas, la práctica de la virtud consistía en actuar conforme a la recta razón, en la búsqueda de todo lo que es verdadero, bueno y bello.

Desde una perspectiva religiosa, somos miembros de una única familia humana creados por Dios y llamados a favorecer la unidad y a construir un mundo más justo y fraterno basado en valores permanentes. En la medida en que

cumplimos con nuestro deber, servimos a los demás y cumplimos lo que es justo, nuestra mente se abre más a las verdades más profundas y nuestra libertad se robustece adhiriéndose a lo que es bueno. Mi predecesor, el Papa Juan Pablo II, escribió que la obligación moral nunca debería ser vista como una ley impuesta desde fuera y que reclama obediencia, sino como una expresión de la sabiduría misma de Dios, a la que la libertad humana se somete con solicitud (cf. *Veritatis Splendor*, 41). Como todos los seres humanos, nosotros encontramos nuestra realización última en relación a esta Realidad Absoluta, cuyo reflejo lo encontramos a menudo en nuestra conciencia como una invitación apremiante a servir a la verdad, la justicia y el amor.

Como servidores públicos, conocéis de primera mano la importancia de la verdad, la integridad y el respeto en las relaciones con los demás. Con frecuencia, las relaciones interpersonales son el primer paso para construir auténticos y, en su momento, sólidos vínculos de amistad entre los individuos, los pueblos y las naciones. Esto es parte esencial de vuestra tarea tanto de políticos como de diplomáticos. En países con una delicada situación política, dicha honestidad y apertura a las relaciones personales puede ser el inicio de un bien mayor para las sociedades y los pueblos. Animo a todos los que estáis hoy aquí a aprovechar las oportunidades que se os ofrecen, tanto en el ámbito personal como institucional, para cultivar estas relaciones y, de esta manera, promover el mayor bien del conjunto de

las naciones, así como el auténtico bien de aquellas a las que representáis.

Los antiguos filósofos griegos nos enseñan también que el servicio al bien común se da precisamente a través de la influencia de gente dotada de una clara profundidad moral y de arrojo. Así, la política se ve purificada de intereses personales y de presiones partidistas, poniendo en su lugar unas bases más sólidas. De este modo, las aspiraciones legítimas de aquéllos a quienes representamos son protegidas y favorecidas. La rectitud moral y el respeto imparcial por los demás y su bienestar son esenciales para el bien de la sociedad, ya que crean un clima de confianza en el que los intercambios humanos, ya sean religiosos, económicos, sociales o culturales, civiles o políticos, adquieren fuerza y vigor.

Pero, ¿qué significa en la práctica el respeto y la promoción de la verdad moral en el mundo de la política y la diplomacia nacional e internacional? ¿Cómo puede la búsqueda de la verdad traer una mayor armonía a las regiones más probadas de la tierra? Pienso que esto se puede lograr por tres vías.

En primer lugar, promover la verdad moral significa actuar de manera responsable partiendo del conocimiento de los hechos. Como diplomáticos, sabéis por experiencia que este conocimiento os ayuda a identificar las injusticias y ofensas, así como a considerar de manera desapasionada los intereses de todas las partes involucradas en una

determinada disputa. Cuando las partes superan sus propios puntos de vista sobre lo ocurrido, adquieren una visión objetiva y completa. Quienes deben resolver dichos conflictos son capaces de tomar decisiones justas y promover una auténtica reconciliación, cuando admiten y reconocen la verdad completa sobre una determinada cuestión.

Una segunda vía para promover la verdad moral consiste en poner al descubierto las ideologías políticas que pretenden suplantar la verdad. Las trágicas experiencias vividas durante el siglo veinte han desenmascarado la inhumanidad que resulta de la supresión de la verdad y la dignidad humana. En nuestros días, asistimos a continuos intentos de fomentar supuestos valores bajo la apariencia de paz, desarrollo y derechos humanos. En este sentido, dirigiéndome a la Asamblea General de las Naciones Unidas, llamaba la atención sobre una determinada tendencia a re-interpretar la Declaración Universal de los Derechos Humanos con el objetivo de satisfacer intereses particulares, que comprometerían la coherencia interna de la propia Declaración, apartándose de su intención original (cf. *Discurso a la Asamblea General de las Naciones Unidas*, 18 de abril de 2008).

En tercer lugar, la promoción de la verdad moral en la vida pública requiere un esfuerzo constante para fundamentar la ley positiva sobre los principios éticos de la ley natural. Esta exigencia, en el pasado, fue considerada como algo

evidente, sin embargo, la corriente positivista en las teorías legales contemporáneas está pidiendo la recuperación de este axioma fundamental. Individuos, comunidades y estados, sin la guía de verdades morales objetivas, se volverían egoístas y sin escrúpulos, y el mundo sería un lugar más peligroso para vivir. En cambio, respetando los derechos de las personas y los pueblos se protege y promueve la dignidad humana. Cuando las políticas que propugnamos se encuentran en armonía con la ley natural, que pertenece a nuestra común condición humana, nuestras acciones se vuelven más sensatas y contribuyen al desarrollo de la comprensión, la justicia y la paz.

Señor Presidente, queridos amigos, con estas reflexiones les renuevo mi estima y la de la Iglesia por vuestro importante servicio a la sociedad y a la construcción de un porvenir seguro para nuestro mundo. Invoco sobre todos ustedes los dones celestiales de la sabiduría, la fortaleza y la perseverancia para el cumplimiento de vuestra misión. Muchas gracias.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
durante el encuentro con la
Comunidad Católica de Chipre***

*Colegio Maronita – Nicosia. Sábado,
5 de junio de 2010*

*Queridos hermanos y hermanas en
Cristo:*

Es para mí una gran alegría estar con vosotros, representantes de la comunidad católica de Chipre.

Agradezco al Arzobispo Soueif sus amables palabras de bienvenida en nombre de todos vosotros y, de modo particular, agradezco a los niños su preciosa representación. Saludo a Su Beatitud, el Patriarca Fouad Twal, y también, en la persona de Padre Pizzaballa, aquí presente, expreso mi reconocimiento a la labor grande y paciente de la Custodia Franciscana de Tierra Santa.

En esta ocasión histórica de la primera visita del Obispo de Roma a Chipre, vengo para confirmaros en la fe en Jesucristo y para animaros a permanecer fieles a la tradición apostólica, con un solo corazón y una sola alma (cf. *Hch* 4, 32). Como Sucesor de Pedro, me encuentro entre vosotros para aseguraros mi apoyo, mi oración afectuosa y mi aliento.

Acabamos de escuchar en el Evangelio de Juan cómo algunos griegos, que habían oído hablar de las grandes obras que Jesús había realizado, se acercaron al Apóstol Felipe y le dijeron: “Quisiéramos ver a Jesús” (cf. *Jn* 12, 21). Estas palabras llegan hasta lo más profundo de nuestro corazón. Como los hombres y mujeres del Evangelio, también nosotros queremos ver a Jesús, conocerlo, amarlo y servirlo con “un solo corazón y una sola alma” (cf. *Hch* 4, 32).

Además, al igual que en el Evangelio de hoy, la voz venida del cielo da testimonio de la gloria del nombre de Dios, también la Iglesia proclama su nombre, no sólo en beneficio propio, sino en favor de toda la humanidad (cf. *Jn* 12, 30). También vosotros, que seguís a Cristo hoy, estáis llamados a vivir vuestra fe en el mundo promoviendo, de palabra y de obra, los valores del Evangelio, que os han entregado generaciones de cristianos chipriotas. Estos valores, profundamente enraizados en vuestra cultura así como en el patrimonio de la Iglesia universal, deben seguir inspirando vuestros esfuerzos por la paz, la justicia y el respeto de la vida humana y la dignidad de vuestros conciudadanos. De esta manera, vuestra fidelidad al Evangelio redundará en favor de toda la sociedad chipriota.

Queridos hermanos y hermanas, dada vuestra particular situación, me gustaría destacar una parte esencial de la vida y misión de nuestra Iglesia, me refiero a la búsqueda de una mayor unidad en la caridad con los demás cristianos y al diálogo con los no cristianos. Desde el Concilio Vaticano II especialmente, la Iglesia se ha comprometido a avanzar en el camino de un entendimiento cada vez mayor con nuestros hermanos cristianos para fortalecer los lazos de amor y respeto entre todos los bautizados. Teniendo en cuenta vuestras circunstancias, estáis en condiciones de contribuir de un modo concreto en vuestra vida diaria a la mayor unidad de los cristianos. Os

animo a que lo hagáis, con la confianza de que el Espíritu del Señor, que ha pedido que sus discípulos sean uno (cf. *Jn* 17, 21), estará a vuestro lado en esta importante tarea.

Todavía hay mucho que hacer, en todas las partes del mundo, en el diálogo interreligioso. En este ámbito, los católicos de Chipre se encuentran frecuentemente con oportunidades para una adecuada y prudente actuación. Sólo una labor paciente puede edificar la confianza mutua, superar el peso de la historia y convertir las diferencias políticas y culturales entre los pueblos en motivo para procurar un mayor entendimiento. Os exhorto encarecidamente a intentar crear esa confianza mutua entre cristianos y no cristianos, como fundamento para construir una paz y concordia duradera entre pueblos con diferencias religiosas, políticas y culturales.

Queridos amigos, me gustaría que no perdiérais nunca de vista la profunda comunión que os une entre vosotros y a la Iglesia católica extendida por toda la tierra. Y por lo que se refiere a las necesidades más inmediatas de la Iglesia, os animo a pedir y a promover las vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa. En este Año Sacerdotal que está a punto de terminar, la Iglesia se ha concienciado nuevamente de la necesidad de sacerdotes buenos, santos y bien preparados. Necesita religiosos y religiosas completamente comprometidos con Cristo y con la propagación

del reino de Dios en la tierra. Nuestro Señor ha prometido que los que den su vida como Él lo hizo, la guardarán para la vida eterna (cf. *Jn* 12, 25). Pido a los padres que consideren esta promesa y animen a sus hijos a responder generosamente a la llamada del Señor. Exhorto a los pastores a que se preocupen de los jóvenes, de sus deseos y aspiraciones, y a que los formen en una fe plena.

Permitidme que en este colegio católico dirija unas palabras a todos los que trabajan en las escuelas católicas de la isla, especialmente a los maestros. Vuestro trabajo forma parte de una larga y valiosa tradición de la Iglesia católica en Chipre. Continúad pacientemente al servicio de toda la comunidad, esforzándoos por conseguir una educación excelente. Que el Señor os bendiga abundantemente ya que tenéis confiada la sagrada tarea de la formación de vuestros hijos, que son el don más precioso que Dios todopoderoso os ha dado.

Y ahora me dirijo especialmente a vosotros, queridos jóvenes de Chipre. ¡Sed fuertes en la fe, alegres en el servicio de Dios y generosos con vuestro tiempo y vuestros talentos! Ayudad a construir un futuro mejor para la Iglesia y para vuestro país, poniendo el bien de los demás por encima de vuestro propio bien.

Queridos católicos de Chipre, cultivad la concordia en comunión con la Iglesia universal y con el Sucesor de Pedro, y estrechad vuestros vínculos

fraternos con los demás en la fe, la esperanza y el amor.

De manera especial, deseo transmitir este mensaje a quienes han venido de Kormakiti, Asomatos, Karpasha y Agia Marina. Conozco vuestros anhelos y sufrimientos, y os pido que llevéis mi bendición, mi cercanía y mi afecto a los provenientes de vuestras ciudades, donde los cristianos son un pueblo de esperanza. Por mi parte, deseo fervientemente y rezo para que, contando con la buena voluntad de todos, se pueda asegurar cuanto antes un vida mejor a los habitantes de la isla.

Con estas breves palabras, confío a cada uno de vosotros a la protección de la Bienaventurada Virgen María y a la intercesión de los santos Pablo y Bernabé. Que Dios os bendiga.

***Saludo del Papa, Benedicto XVI,
durante la visita de cortesía a Su
Beatitud Crisóstomos II, Arzobispo
de Chipre***

Arzobispado ortodoxo de Nicosia. Sábado, 5 de junio de 2010

Beatitud

Le saludo con afecto fraterno en el Señor Resucitado y le agradezco su amable recibimiento.

Recuerdo con gratitud su visita a Roma hace tres años, y me alegro de

encontrarlo hoy de nuevo en su querida patria. A través de usted, quiero hacer llegar mi saludo al Santo Sínodo, y a todos los sacerdotes, diáconos, monjes, monjas y fieles laicos de la Iglesia de Chipre.

Antes que nada, quisiera expresar mi gratitud por la hospitalidad que la Iglesia de Chipre dispensó generosamente a la Comisión Conjunta Internacional para el Diálogo Teológico con ocasión del encuentro del año pasado en Pafos. De la misma manera, agradezco el apoyo que la Iglesia de Chipre ha dado siempre a los trabajos del diálogo, mediante la claridad y apertura de sus aportaciones. Que el Espíritu Santo dirija y consolide esta gran iniciativa eclesial, que pretende restaurar la comunión plena y visible entre las Iglesias de Oriente y Occidente, una comunión que debe ser vivida en fidelidad al Evangelio y a la tradición apostólica, apreciando las legítimas tradiciones de Oriente y Occidente, y abierta a la diversidad de dones con los que el Espíritu edifica la Iglesia en unidad, santidad y paz.

Este espíritu de fraternidad y comunión se manifiesta también en la generosa contribución que, en nombre de la Iglesia de Chipre, Vuestra Beatitud envió a quienes el año pasado se vieron afectados por el terremoto de L'Aquila, cerca de Roma, cuyas necesidades están muy presentes en mi corazón. En este mismo espíritu,

me uno a su oración para que todos los habitantes de Chipre encuentren, con la ayuda de Dios, la sabiduría y la fuerza necesaria para trabajar juntos por una solución justa de los problemas pendientes, luchar por la paz y la reconciliación, y construir para las futuras generaciones una sociedad que se distinga por el respeto de los derechos de todos, incluyendo los derechos inalienables de libertad de conciencia y de culto.

Tradicionalmente, se considera a Chipre parte de Tierra Santa, y la situación de conflicto permanente en Oriente Medio es, sin duda, un motivo de reflexión para todos los fieles cristianos. Ninguno puede quedar indiferente ante la necesidad de apoyar, con todos los medios posibles, a los cristianos de esta atormentada región, de manera que estas antiguas Iglesias puedan vivir en paz y prosperidad. Las comunidades cristianas de Chipre pueden encontrar un campo muy fructífero para la cooperación ecuménica en la oración y el trabajo conjunto por la paz, la reconciliación y la estabilidad en la tierra bendecida por la presencia terrena del Príncipe de la Paz.

Con estos sentimientos, agradezco una vez más a Vuestra Beatitud su fraterna acogida, y le aseguro mi oración por usted y por todo el clero y los fieles de la Iglesia de Chipre. Que la alegría del Señor resucitado esté siempre con vosotros.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
durante la Santa Misa con
sacerdotes, religiosos, religiosas,
diáconos, catequistas y exponentes
de movimientos eclesiales de Chipre***

Iglesia parroquial latina de la Santa Cruz – Nicosia. Sábado, 5 de junio de 2010

Queridos hermanos y hermanas en Cristo

El Hijo del Hombre tiene que ser elevado, para que todo el que cree en él tenga vida eterna (cf. *Jn 3,14-15*). En esta Misa votiva, adoramos y alabamos a Nuestro Señor Jesucristo, que con su santa cruz ha redimido al mundo. Con su muerte y resurrección, ha abierto las puertas del cielo y nos ha preparado un sitio, para que nosotros, sus discípulos, podamos participar de su gloria.

Con el gozo de la victoria redentora de Cristo, os saludo a todos, reunidos en la Iglesia de la Santa Cruz, y os agradezco vuestra presencia. Aprecio mucho la cordialidad con la que me habéis acogido. Doy las gracias, de modo particular, a Su Beatitud, el Patriarca Latino de Jerusalén, por sus palabras de bienvenida al comienzo de la Misa, y por la presencia del Padre Custodio de Tierra Santa. He venido a Chipre, primer puerto de destino de los viajes misioneros de san Pablo por el Mediterráneo, siguiendo las huellas de aquel gran Apóstol, para confirmaros en vuestra fe cristiana y para predicar el Evangelio que da vida y esperanza al mundo.

El centro de la celebración de hoy es la cruz de Cristo. Muchos podrían tener la tentación de preguntar por qué nosotros, los cristianos, celebramos un instrumento de tortura, un signo de sufrimiento, de fracaso y derrota. Es verdad que la cruz expresa todos estos significados. Y, sin embargo, a causa del que ha sido elevado en la cruz por nuestra salvación, representa también el triunfo definitivo del amor de Dios sobre todos los males del mundo.

Una antigua tradición cuenta que el madero de la cruz se tomó de un árbol plantado por Set, el hijo de Adán, en el lugar donde Adán fue enterrado. En aquel mismo lugar, conocido como el Gólgota, el lugar de la calavera, Set plantó una semilla del árbol del conocimiento del bien y del mal, el árbol que estaba en medio del jardín de Edén. Gracias a la providencia divina, la obra del Maligno habría sido aniquilada usando contra él sus mismas armas.

Engañado por la serpiente, Adán se apartó de la confianza filial en Dios y pecó comiendo del fruto del único árbol del jardín que le había sido prohibido. Como consecuencia de aquel pecado entró en el mundo el sufrimiento y la muerte. Los efectos trágicos del pecado, es decir, el sufrimiento y la muerte, se hicieron del todo patentes en la historia de los descendientes de Adán. Lo hemos escuchado en la primera lectura de hoy, que evoca la caída y prefigura la redención de Cristo.

Como castigo por sus pecados, el pueblo de Israel, extenuado en el desierto, fue mordido por serpientes, y sólo pudo salvarse de la muerte volviendo su mirada hacia el símbolo que Moisés había elevado, prefigurando la cruz que pondría fin al pecado y a la muerte de una vez por todas. Vemos claramente que el hombre no puede salvarse por sí mismo de las consecuencias de su pecado. No puede salvarse por sí mismo de la muerte. Sólo Dios puede librarlo de su esclavitud moral y física. Y tanto amó Dios al mundo, que envió a su Hijo unigénito, no para condenar al mundo, como requería la justicia, sino para que el mundo se salve por Él. El Hijo unigénito de Dios ha tenido que ser elevado, como Moisés elevó la serpiente en el desierto, para que cuantos lo miren con fe tengan la vida.

El madero de la cruz se transforma en el instrumento de nuestra redención, igual que el árbol del que había sido extraído dio origen a la caída de nuestros progenitores. El sufrimiento y la muerte, consecuencias del pecado, se transformaron precisamente en el medio por el que el pecado fue derrotado. El Cordero inocente fue sacrificado en el altar de la cruz y, sin embargo, de la inmolación de la víctima brotó vida nueva: el poder del Maligno fue destruido por el poder del amor que se autosacrifica.

La cruz, por tanto, es algo más grande y misterioso de lo que puede parecer

a primera vista. Indudablemente, es un instrumento de tortura, de sufrimiento y derrota, pero al mismo tiempo muestra la completa transformación, la victoria definitiva sobre estos males, y esto la convierte en el símbolo más elocuente de la esperanza que el mundo haya visto jamás. Habla a todos los que sufren -los oprimidos, los enfermos, los pobres, los marginados, las víctimas de la violencia- y les ofrece la esperanza de que Dios puede convertir su dolor en alegría, su aislamiento en comunión, su muerte en vida. Ofrece esperanza ilimitada a nuestro mundo caído.

Por eso, el mundo necesita la cruz. No es simplemente un símbolo privado de devoción, no es un distintivo de pertenencia a un grupo dentro de la sociedad, y su significado más profundo no tiene nada que ver con la imposición forzada de un credo o de una filosofía. Habla de esperanza, habla de amor, habla de la victoria de la no violencia sobre la opresión, habla de Dios que ensalza a los humildes, da fuerza a los débiles, logra superar las divisiones y vencer el odio con el amor. Un mundo sin cruz sería un mundo sin esperanza, un mundo en el que la tortura y la brutalidad no tendrían límite, donde el débil sería subyugado y la codicia tendría la última palabra. La inhumanidad del hombre hacia el hombre se manifestaría de modo todavía más horrible, y el círculo vicioso de la violencia no tendría fin. Sólo la cruz puede poner fin a todo ello. Mientras que ningún poder terreno puede salvarnos

de las consecuencias de nuestro pecado, y ninguna potencia terrena puede derrotar la injusticia en su origen, la intervención redentora de Dios Amor puede transformar radicalmente la realidad del pecado y la muerte. Esto es lo que celebramos cuando nos gloriamos en la cruz del Redentor. San Andrés de Creta describe con razón la cruz como “el más excelente de todos los bienes... por el cual y para el cual culmina nuestra salvación y se nos restituye a nuestro estado de justicia original” (*Sermón* 10: PG 97, 1018-1019).

Queridos hermanos sacerdotes, queridos religiosos, queridos catequistas, se nos ha confiado el mensaje de la cruz para que podamos ofrecer esperanza al mundo. Cuando proclamamos a Cristo crucificado, no nos anunciamos a nosotros mismos, sino a Él. No ofrecemos nuestra propia sabiduría al mundo, no proclamamos ninguno de nuestros méritos, sino que actuamos como instrumentos de su sabiduría, de su amor y de méritos redentores. Sabemos que somos simplemente vasijas de barro y, sin embargo, hemos sido sorprendentemente elegidos para ser mensajeros de la verdad redentora que el mundo necesita escuchar. Jamás nos cansemos de admirarnos ante la gracia extraordinaria que se nos ha dado, nunca dejemos de reconocer nuestra indignidad, pero, al mismo tiempo, esforcémonos siempre para ser menos indignos de nuestra noble llamada, de manera que no pongamos en entredicho la credibilidad de nuestro testimonio con nuestros errores y caídas.

En este Año Sacerdotal, permitidme que me dirija de modo especial a los presbíteros aquí presentes, y a quienes se preparan para la ordenación. Meditad las palabras que el Obispo dirige al ordenando cuando le hace entrega del cáliz y la patena: “Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras, y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor”. A la vez que proclamamos la cruz de Cristo, esforcémosnos siempre por imitar el amor gratuito de quien se ofreció a sí mismo por nosotros en el altar de la cruz, de quien es al mismo tiempo sacerdote y víctima, de aquél en cuyo nombre hablamos y actuamos cuando ejercemos el ministerio que hemos recibido. Mientras pensamos en nuestras faltas, tanto individual como comunitariamente, reconozcamos humildemente que hemos merecido el castigo que Él, Cordero inocente, ha sufrido por nosotros. Y si, en consonancia con cuanto nos merecemos, participamos en el sufrimiento de Cristo, alegrémonos porque tendremos una felicidad mucho más grande cuando se revele su gloria.

En mi pensamiento y oración, me acuerdo particularmente de muchos sacerdotes y religiosos de Medio Oriente que están sintiendo en estos momentos una llamada especial a configurar su vida con el misterio de la cruz del Señor. Donde los cristianos son minoría, donde sufren dificultades por tensiones religiosas y étnicas, muchas familias toman la decisión de huir, y también los

pastores tienen la tentación de hacer lo mismo. En situaciones de este tipo, sin embargo, un sacerdote, una comunidad religiosa, una parroquia que se mantiene firme y continúa dando testimonio de Cristo es un signo extraordinario de esperanza, no sólo para los cristianos sino también para todos los que viven en la región. Su sola presencia es una manifestación elocuente del Evangelio de la paz, de la voluntad del Buen Pastor de cuidar de todas las ovejas, del inquebrantable compromiso de la Iglesia en favor del diálogo, la reconciliación y la aceptación amorosa del prójimo. Abrazando la cruz que se les presenta, los sacerdotes y religiosos de Oriente Medio pueden irradiar realmente la esperanza que está en el centro del misterio que celebramos en la liturgia de hoy.

Que nos consuelen las palabras de la segunda lectura de hoy, que expresan magníficamente el triunfo reservado a Cristo después de su muerte en cruz, triunfo que estamos invitados a compartir: «Por eso, Dios lo levantó sobre todo, y le concedió el “Nombre-sobre-todo- nombre”; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble, en el cielo, en la tierra, en el abismo» (*Flp* 2,9-10).

Sí, amados hermanos y hermanas en Cristo, alejémonos de aquella gloria que no sea la de Nuestro Señor Jesucristo (cf. *Ga* 6,14). Él es nuestra vida, nuestra salvación y nuestra resurrección. Él nos ha salvado y liberado.

Homilía del Papa, Benedicto XVI, durante la Santa Misa con ocasión de la publicación del Instrumentum Laboris de la Asamblea Especial para el Medio Oriente del Sínodo de los Obispos

Pabellón de Deportes Eleftheria - Nicosia. Domingo. 6 de junio de 2010

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

Saludo con gozo a los Patriarcas y Obispos de las distintas comunidades eclesiales del Medio Oriente, llegados a Chipre para esta ocasión, y agradezco especialmente a Monseñor Youssef Soueif, Arzobispo Maronita de Chipre, las palabras que me ha dirigido al comienzo de la Misa. Asimismo, saludo muy cordialmente a Su Beatitud Crisóstomos II.

Deseo igualmente expresar mi alegría al poder celebrar la Eucaristía en compañía de tantos fieles chipriotas, en esta tierra bendecida por los trabajos apostólicos de san Pablo y san Bernabé. Saludo a todos cordialmente y agradezco vuestra hospitalidad y la generosa bienvenida que me habéis dispensado. Saludo también, de modo particular, a los filipinos, srilankeses y a las demás comunidades de inmigrantes que forman una parte considerable de la población católica de la isla. Rezo para que vuestra presencia aquí enriquezca la vida y el culto de las parroquias a las que pertenecéis, y para que,

por vuestra parte, encontréis abundante alimento espiritual en la antigua herencia cristiana de esta tierra, en la que habéis establecido vuestro hogar.

Celebramos hoy la solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo. El nombre dado a esta fiesta en Occidente, *Corpus Christi*, se usa en la tradición de la Iglesia para designar tres realidades distintas: el cuerpo físico de Jesús, nacido de la Virgen María; su cuerpo eucarístico, el pan del cielo que nos nutre en este gran sacramento, y su cuerpo eclesial, la Iglesia. Al considerar los distintos aspectos del *Corpus Christi*, llegamos a comprender más profundamente el misterio de comunión que nos une a quienes formamos parte de la Iglesia. En la eucaristía, el Espíritu Santo congrega “en la unidad a cuantos participamos del Cuerpo y Sangre de Cristo” (cf. *Plegaria Eucarística II*), para formar el único pueblo santo de Dios. Como el Espíritu Santo descendió sobre los Apóstoles en el cenáculo de Jerusalén, así también el mismo Espíritu Santo actúa en cada celebración de la Misa con un doble objetivo: santificar las ofrendas del pan y del vino, para que se conviertan en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, y llenar a cuantos se nutren de estas santas ofrendas, para que formen un solo cuerpo, un solo espíritu en Cristo.

San Agustín explica espléndidamente este proceso (cf. *Sermón 272*). Nos recuerda que el pan no se hace a partir de un solo grano, sino de muchos. Para

que todos los granos se transformen en pan, primero hay que molerlos. Alude aquí al exorcismo que han de hacer los catecúmenos antes de su bautismo. Cada uno de nosotros que formamos parte de la Iglesia necesita salir del mundo cerrado de su individualismo y aceptar la ‘compañía’ de los demás, que “comparten el pan” con nosotros. Ya no debemos pensar más a partir del “yo”, sino del “nosotros”. Por esto, todos los días pedimos a “nuestro” Padre el pan “nuestro” de cada día. La condición previa para entrar en la vida divina a la que estamos llamados es derribar las barreras entre nosotros y nuestros vecinos. Necesitamos ser liberados de lo que nos aprisiona y aísla: temor y desconfianza recíproca, avaricia y egoísmo, malevolencia, para arriesgarnos a la vulnerabilidad a la que nos exponemos cuando nos abrimos al amor.

Los granos de trigo, una vez triturados, se mezclan en la masa y se meten en el horno. Aquí, san Agustín se refiere a la inmersión en las aguas bautismales a la que sigue el don sacramental del Espíritu Santo, que inflama el corazón de los fieles con el fuego del amor de Dios. Este proceso que une y transforma los granos aislados en un único pan nos ofrece una imagen sugerente de la acción unificadora del Espíritu Santo sobre los miembros de la Iglesia, realizada de una manera eminentemente a través de la celebración de la eucaristía. Quienes participan en este gran sacramento y se alimentan de su Cuerpo eucarístico se transforman en

el Cuerpo eclesial de Cristo. “Sé lo que ves”, dice san Agustín animándolos, “y recibe lo que eres”.

Estas significativas palabras nos invitan a responder generosamente a la llamada a “ser Cristo” para los que nos rodean. Ahora somos su cuerpo en la tierra. Parafraseando una célebre expresión atribuida a santa Teresa de Ávila, somos los ojos con los que mira compasivamente a los que pasan necesidad, somos las manos que extiende para bendecir y curar, somos los pies de los que se sirve para hacer el bien, y somos los labios con los que se proclama su Evangelio. Sin embargo, es importante comprender que cuando participamos de este modo en su obra de salvación, no estamos honrando la memoria de un héroe muerto prolongando lo que él hizo. Al contrario, Cristo vive en nosotros, su cuerpo, la Iglesia, su pueblo sacerdotal. Al tomarlo a Él como alimento en la eucaristía y acogiendo en nuestros corazones su Espíritu Santo, nos transformamos realmente en el Cuerpo de Cristo que hemos recibido, estamos verdaderamente en comunión con Él y entre nosotros, y nos transformamos en verdaderos instrumentos suyos, dando testimonio de Él en el mundo.

“En el grupo de los creyentes todos pensaban y sentían lo mismo” (*Hch* 4,32). En las comunidades cristianas primitivas que se alimentaban de la mesa del Señor, vemos los efectos de esta acción unificadora del Espíritu

Santo. Ponían sus bienes en común y cualquier apego material era superado por amor a los hermanos. Encontraban soluciones equitativas a sus diferencias, como vemos por ejemplo en la resolución de la disputa entre helenistas y hebreos acerca del suministro diario (cf. *Hch* 6, 1-6). Así, un atento observador pudo comentar poco más tarde: “Mirad cómo se aman estos cristianos, y cómo están dispuestos a morir unos por otros” (Tertuliano, *Apología*, 39). Más aún, su amor no se limitaba al grupo de los creyentes. No se veían a sí mismos como beneficiarios exclusivos y privilegiados de los favores divinos, sino más bien como mensajeros, para llevar la buena noticia de la salvación en Cristo hasta los confines del mundo. De esta manera, el mensaje que Cristo resucitado confió a los Apóstoles se extendió con rapidez por todo el Medio Oriente, y desde allí por el mundo entero.

Queridos hermanos y hermanas en Cristo, como ellos hicieron, también nosotros estamos llamados hoy a tener un sólo corazón y una sola alma, a profundizar en nuestra comunión con el Señor y con los demás, y a dar testimonio de Él ante el mundo.

Estamos llamados a superar nuestras diferencias, a poner paz y reconciliación donde exista un conflicto, a ofrecer al mundo un mensaje de esperanza. Estamos llamados a tender una mano a quien lo necesite, a compartir con generosidad nuestros bienes materiales

con los más desafortunados. Estamos llamados a proclamar de manera incansable la muerte y la resurrección del Señor, hasta que Él vuelva. Por Cristo, con Él y en Él, en la unidad que es el don del Espíritu Santo a la Iglesia, demos honor y gloria a Dios nuestro Padre del cielo, en compañía de todos los ángeles y santos que cantan su alabanza por los siglos. Amén.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
durante la entrega del
Instrumentum Laboris de la
Asamblea Especial para el Medio
Oriente del Sínodo de los Obispos***

Pabellón de Deportes Eleftheria – Nicosia. Domingo, 6 de junio de 2010

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

Agradezco al Señor Arzobispo Eterović sus amables palabras, y renuevo mi saludo a todos los que estáis aquí con motivo de la puesta en marcha de la próxima Asamblea Especial del Sínodo de Obispos para el Medio Oriente. Os agradezco el trabajo realizado con vistas a la preparación de la Asamblea Sinodal, y os aseguro el respaldo de mi oración en esta fase final de la misma.

Antes de comenzar, es justo que recuerde al Obispo Luigi Padovese que, como Presidente de los Obispos Tur-

cos, contribuyó a la preparación del *Instrumentum Laboris* que os entrego hoy. La noticia de su muerte trágica e imprevista, el jueves pasado, nos ha sorprendido y conmocionado a todos. Encomiendo su alma a la misericordia de Dios todopoderoso, destacando su compromiso, especialmente en cuanto Obispo, a favor del entendimiento interreligioso y cultural, y del diálogo entre las Iglesias. Su muerte es un recuerdo luminoso de la vocación de todo cristiano a ser en todo momento testigos valientes de lo que es bueno, noble y justo.

El lema escogido para la Asamblea nos habla de comunión y testimonio, y nos recuerda que los miembros de la primitiva comunidad cristiana «tenían un solo corazón y una sola alma» (*Hch* 4,32). En el centro de la unidad de la Iglesia está la Eucaristía, don inestimable de Cristo a su pueblo y núcleo de nuestra celebración litúrgica de este día de la solemnidad del Cuerpo y la Sangre de Cristo. Por tanto, es muy significativo que haya sido elegido este día para la entrega del *Instrumentum laboris* de la Asamblea Especial.

Oriente Medio ocupa un lugar especial en el corazón de todos los cristianos, puesto que fue allí donde por vez primera Dios se dio a conocer a nuestros padres en la fe. Desde los días en que Abraham, obedeciendo la llamada del Señor, salió de Ur de los Caldeos hasta la muerte y resurrección de Jesús, la palabra salvadora de Dios se fue

cumpliendo en vuestras tierras a través de personas y pueblos concretos. Desde entonces, el mensaje del Evangelio se ha difundido por todo el mundo, pero los cristianos de todas partes continúan mirando hacia Oriente Medio con especial reverencia, a causa de los profetas y patriarcas, apóstoles y mártires a los que tanto debemos, hombres y mujeres que escucharon la palabra de Dios, dieron testimonio de ella, y la transmitieron a quienes pertenecemos a la gran familia de la Iglesia.

La Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos, convocada a petición vuestra, intentará profundizar los vínculos de comunión entre los miembros de vuestras Iglesias locales, así como entre esas mismas Iglesias y con la Iglesia universal. Esta Asamblea desea también animaros en el testimonio que dais de vuestra fe en Cristo, en los países donde esta fe ha nacido y crecido. Es bien conocido que algunos de vosotros soportáis grandes pruebas a causa de la situación actual de la región. La Asamblea Especial es una oportunidad para los cristianos del resto del mundo de ofrecer apoyo espiritual y solidaridad a sus hermanos y hermanas de Oriente Medio. Es una ocasión para poner de relieve el importante valor de la presencia y el testimonio cristiano en los países de la Biblia, no sólo para la comunidad cristiana mundial, sino también para vuestros vecinos y vuestros conciudadanos. Contribuís de muchas maneras al bien común, por ejemplo con la

educación, la atención a los enfermos y la asistencia social, y trabajáis en la construcción de la sociedad. Deseáis vivir en paz y en armonía con vuestros vecinos judíos y musulmanes. A menudo, actuáis como artífices de paz en el difícil proceso de reconciliación. Merecéis el reconocimiento por el papel inestimable que realizáis. Espero firmemente que todos vuestros derechos, incluido el derecho a la libertad religiosa y de culto, sean cada vez más respetados y que nunca más sufráis ninguna clase de discriminación.

Ruego para que el trabajo de la Asamblea Especial ayude a dirigir la atención de la comunidad internacional sobre la difícil situación de los cristianos en Medio Oriente que sufren por sus creencias, de modo que se encuentre una solución justa y duradera a los conflictos que provocan tanto dolor. Con respecto a esta grave cuestión, reitero mi llamamiento personal a que se realice un esfuerzo internacional urgente y concertado para resolver las tensiones que persisten en Medio Oriente, especialmente en Tierra Santa, antes de que dichos conflictos lleven a un mayor derramamiento de sangre.

Con estos deseos, os entrego ahora el texto del *Instrumentum laboris* de la Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos para el Medio Oriente. Que Dios bendiga con abundancia vuestros trabajos, y a todos los habitantes de Oriente Medio.

ÁNGELUS

Pabellón de Deportes Eleftheria – Nicosia. Domingo, 6 de junio de 2010

Queridos hermanos y hermanas:

Es tradición de la Iglesia rezar a mediodía a la Bienaventurada Virgen María, recordando con gozo su pronta aceptación de la invitación del Señor para ser la madre de Dios. Fue una invitación que la turbó y que apenas si pudo comprender. Fue el signo de que Dios había elegido a su humilde sierva, para cooperar con Él en su tarea de salvación. Cómo nos alegramos por su generosa respuesta. A través de su “sí”, la esperanza de los siglos se ve cumplida, y Aquél a quien Israel esperaba desde antiguo entra en el mundo, entra en nuestra historia. Acerca de Él, el ángel había anunciado que su Reino no tendría fin (cf. *Lc 1,33*).

Alrededor de treinta años más tarde, debió de ser duro mantener viva esta esperanza cuando María lloraba al pie de la cruz. Parecía que las fuerzas de las tinieblas acabarían por imponerse. Y con todo, en su interior, ella recordaba las palabras del ángel. Incluso en medio de la desolación del Sábado Santo, la certeza de la esperanza la sostiene hasta la alegría de la mañana de Pascua. Y así nosotros, sus hijos, vivimos con la misma esperanza confiada de que la Palabra hecha carne en el seno de María nunca nos abandonará. Él, el Hijo de Dios y el Hijo de María, fortalece la comunión que nos une, para que po-

damos ser así testigos de Él y del poder de su amor que sana y reconcilia.

Me gustaría ahora decir algunas palabras en polaco en la feliz circunstancia de la beatificación hoy de Jerzy Popiełuszko, sacerdote y mártir.

Envío un cordial saludo a la Iglesia en Polonia, que hoy se alegra con la elevación a los altares del Padre Jerzy Popieluszko. Su celoso servicio y su martirio son un signo especial del triunfo del bien sobre el mal. Que su ejemplo e intercesión incremente la entrega de los sacerdotes y avive la caridad en los fieles.

Imploremos ahora la intercesión de María, nuestra Madre, por cada uno de nosotros, por el pueblo de Chipre, y por la Iglesia de Medio Oriente, con Cristo, su Hijo, el Príncipe de la Paz.

***Saludo del Papa, Benedicto XVI,
durante la visita a la Catedral
Maronita de Chipre***

Nicosia. Domingo 6 de junio de 2010

Queridos hermanos y hermanas en Cristo

Me es muy grato realizar esta visita a la Catedral de Nuestra Señora de las Gracias. Agradezco al Arzobispo Youssef Soueif las amables palabras de bienvenida

que me ha dirigido en nombre de la comunidad Maronita de Chipre y os saludo a todos cordialmente con las palabras del Apóstol: “La gracia y la paz de parte de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo sean con vosotros” (*1 Co* 1,3).

Con la visita a este edificio, peregrino espiritualmente a cada iglesia maronita de la isla. Os aseguro que, con el afecto de un padre, me siento cercano a todos los fieles de estas comunidades tan antiguas.

Esta Iglesia Catedral representa por diversos aspectos la verdadera historia, larga y rica, a veces turbulenta, de la comunidad maronita en Chipre. Los maronitas llegaron a estas orillas en diversos períodos a lo largo de los siglos y a menudo sufrieron duras pruebas por permanecer fieles a su específica herencia cristiana. Sin embargo, y aunque su fe ha sido acrisolada como el oro por el fuego (cf. *1 P* 1, 7), han perseverado en la fe de sus padres, una fe que en este momento ha pasado a vosotros, Maronitas Chipriotas de hoy. Os exhorto a valorar como un tesoro esta gran herencia, este regalo precioso.

El edificio de esta Catedral nos recuerda también una importante verdad espiritual. San Pedro afirma que los cristianos somos piedras vivas que entramos “en la construcción del templo del Espíritu formando un sacerdocio sagrado para ofrecer sacrificios espirituales que Dios acepta por Jesucristo” (*1 P* 2,5). Junto con todos los cristianos del mundo, somos parte de

este gran templo que es el Cuerpo Místico de Cristo. Nuestro culto espiritual, ofrecido en muchas lenguas, en tantos lugares y en una hermosa variedad de liturgias, es una expresión de la única voz del Pueblo de Dios, unido en oración y en agradecimiento a él, en una comunión permanente de unos con otros. Esta comunión, que tanto apreciamos, nos impulsa a llevar la Buena Noticia de nuestra nueva vida en Cristo a toda la humanidad.

Ésta es la tarea que comparto hoy con vosotros: suplico para que vuestra Iglesia, en unión con todos vuestros pastores y con el Obispo de Roma, crezca en santidad, en fidelidad al Evangelio y en amor por el Señor y por todos.

A la vez que os encomiendo a vosotros y a vuestras familias, especialmente a vuestros queridos niños, a la intercesión de San Marón, imparto de corazón a todos la Bendición Apostólica.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante la ceremonia de despedida

*Aeropuerto internacional de Larnaca.
Domingo, 6 de junio de 2010*

Señor Presidente, Distinguidas Autoridades, Señoras y Señores:

Ha llegado el momento de dejaros, después de mi breve pero fructífero Viaje Apostólico a Chipre.

Señor Presidente, le agradezco sus amables palabras y deseo expresar mi gratitud por todo lo que usted, su Gobierno y las autoridades civiles y militares han hecho para que mi visita fuera tan memorable y satisfactoria.

De la misma manera que a otros muchos peregrinos antes que yo, en el momento de dejar vuestras costas, me viene de nuevo a la mente que el Mediterráneo está compuesto por un rico mosaico de pueblos, con sus propias culturas y belleza, su cordialidad y su humanidad. No obstante dicha realidad, el Mediterráneo oriental, al mismo tiempo, no es ajeno a los conflictos ni al derramamiento de sangre, como hemos visto trágicamente en estos últimos días. Redoblemos nuestros esfuerzos para construir una paz real y duradera para todos los pueblos de la región.

Con este objetivo general, Chipre puede jugar un papel singular en la promoción del diálogo y la cooperación. Trabajando pacientemente por la paz de vuestros hogares y por la prosperidad de vuestros vecinos, seréis capaces de escuchar y comprender todos los aspectos de muchas situaciones complejas, y de ayudar a los pueblos a lograr un mayor entendimiento entre unos y otros. Señor Presidente, la comunidad internacional está atenta con gran interés y esperanza al camino que habéis emprendido, y percibo con satisfacción todos los esfuerzos realizados en la promoción de la paz para su pueblo y toda la isla de Chipre.

Doy gracias a Dios por estos días, que han visto el primer encuentro en su propia tierra de la comunidad católica chipriota con el Sucesor de Pedro; igualmente, me llevo un recuerdo muy grato de mis encuentros con otros líderes cristianos, en particular con Su Beatitud, Chrysostomos II, y con otros representantes de la Iglesia de Chipre, a los que agradezco su acogida fraterna. Espero que mi visita se considere como otro paso adelante en el camino abierto con el abrazo en Jerusalén entre el entonces Patriarca Athenagoras y mi venerable predecesor, el Papa Pablo VI. Aquel primer paso profético que dieron juntos nos mostró el camino que también nosotros debemos recorrer. Hemos recibido una llamada divina a ser hermanos, a caminar codo con codo en la fe, con humildad ante Dios Todopoderoso y unidos con el vínculo inquebrantable del afecto mutuo. Invito a los discípulos de Cristo a continuar con esta tarea y les aseguro que la Iglesia católica, con la gracia del Señor, seguirá aspirando a la meta de la perfecta unidad en la caridad, a través de un mayor aprecio de lo que tanto católicos como ortodoxos consideran más valioso.

También quiero expresar nuevamente mi sincera esperanza, acompañada de mi oración, para que juntos, cristianos y musulmanes, sean fermento de paz y reconciliación entre los chipriotas, y sirvan de ejemplo para otros países.

Finalmente, Señor Presidente, le aliento a usted y a su Gobierno en su

alta responsabilidad. Como bien sabe, una de sus más importantes tareas es asegurar la paz y la seguridad de todos los chipriotas. Estas pasadas noches, alojándome en la Nunciatura Apostólica, que se encuentra en la zona de amortiguación de las Naciones Unidas, he visto algo de la triste división de la isla, así como de la pérdida de una parte significativa del legado cultural que pertenece a toda la humanidad. He escuchado también a los chipriotas del norte que desean volver en paz a sus casas y lugares de culto, y me he conmovido profundamente por sus lamentos. Ciertamente, la verdad y la reconciliación, junto con el respeto, son las bases más sólidas para alcanzar un futuro de paz y unidad para la isla, y para la estabili-

dad y prosperidad de todas sus gentes. A este respecto, muchas cosas buenas se han alcanzado en los últimos años a través de un diálogo importante, aunque quede mucho por hacer para superar las divisiones. Le animo a usted y a sus conciudadanos a trabajar con paciencia y firmeza, junto con sus vecinos, en la construcción de un futuro mejor y más estable para todos sus hijos. A este propósito, les aseguro mis oraciones por la paz de todo Chipre.

Señor Presidente, queridos amigos, me despido con estas breves palabras. Muchas gracias y que el Dios, Uno y Trino, y la Santísima Virgen os bendiga siempre. Adiós. La paz sea con vosotros.

SANTA SEDE

SECRETARÍA DE ESTADO

Intervención del Arzobispo Dominique Mamberti, Secretario para las relaciones con los estados, en la sesión de apertura de la 10ª Semana Social de la Iglesia Católica “Testigos de la esperanza y promotores de paz”

La Habana, Cuba. Miércoles, 16 de junio de 2010

“La laicidad del Estado: algunas consideraciones”

La cortés invitación para abrir los trabajos de esta X Semana social me ofrece la agradable ocasión de encontrarme con ustedes: autoridades de la República de Cuba, embajadores acreditados en La Habana, autoridades de la Iglesia católica en Cuba y fieles laicos que participan en estas sesiones. A cada uno les llegue mi más cordial saludo.

Pienso de manera especial en ustedes, queridos fieles aquí presentes, que representan los diversos y más capacitados sectores de la Iglesia en la Isla. Un encuentro como éste tiene entre sus finalidades principales corroborar la vocación y la misión del laicado. En efecto, las Semanas sociales que se desarrollan también en otros países, «constituyen un lugar cualificado de expresión y crecimiento de los fieles laicos, capaz de promover, a alto nivel, su contribución específica a la renovación del orden temporal» (*Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, n. 532). Pero, sobre todo, deseo hacerles

llegar la cercanía paterna del Papa y la afectuosa bendición que Su Santidad, Benedicto XVI me ha confiado para ustedes. Como él mismo escribió hace ya dos años a los obispos de Cuba: «Ustedes saben bien que pueden contar con la cercanía del Papa, y con la fraterna oración y colaboración de las otras Iglesias particulares diseminadas por todo el mundo» (*Mensaje con ocasión del X aniversario de la visita de Juan Pablo II*, 20 de febrero de 2008).

Estoy seguro de que mi presencia en estos días podrá contribuir a reforzar los vínculos de comunión entre los obispos y los fieles de las diócesis cubanas con el Sucesor del Apóstol san Pedro, principio y fundamento visible de la unidad de la Iglesia católica.

Agradezco al Episcopado cubano y a los organizadores de esta Semana social por haberme dado también la posibilidad de compartir algunas reflexiones sobre el tema de la laicidad del Estado. Se trata de un argumento sumamente amplio y de gran actualidad con el cual se encuentran relacionados temas muy importantes. Además, requiere tomar en consideración el plurisecular recorrido de la comunidad humana y de la

Iglesia católica. Tampoco se puede dejar de lado que a través de las distintas épocas de la historia y también en diversos países y áreas culturales la cuestión de la laicidad del Estado ha sido tratada, también hoy, con contenidos y modalidades diferentes. Esto resulta suficiente para comprender que sería ilusorio pensar agotar el argumento en el breve espacio de una prolixa. Me limitaré, por tanto, a algunas consideraciones que me parecen significativas en el contexto de una Semana social con la esperanza de que puedan servirles de estímulo para la reflexión que llevarán a cabo y, luego, para la acción.

Laicidad y cristianismo

Se ha de observar que, aunque el término «laicidad» tanto en el pasado como en el presente se refiere ante todo a la realidad del Estado y asume no pocas veces un matiz o acepción en contraposición a la Iglesia y al cristianismo, no existiría si no fuera por el mismo cristianismo.

Y esto vale tanto para la realidad en sí misma como para el término en cuestión.

En efecto, sin el Evangelio de Cristo no habría entrado en la historia de la humanidad la distinción fundamental entre lo que el hombre debe a Dios y aquello que debe al César; es decir, a la sociedad civil (cf. *Lc 20, 25*). Si pensamos en el contexto histórico en el cual tuvo lugar la encarnación del

Hijo de Dios, sea en lo que se refiere al imperio romano como a la misma comunidad de Israel, no se puede dejar de evidenciar cuán lejano era de la mentalidad común de la época el nuevo planteamiento que Jesucristo hace del rol de la autoridad del Estado en relación a la conciencia del hombre, especialmente en lo que se refiere a su relación con el Trascendente. Por ello, se puede afirmar -como ha señalado el Papa Benedicto XVI- que «la laicidad, de por sí, no está en contradicción con la fe. Es más, diría que es un fruto de la fe, porque el cristianismo fue, desde sus comienzos, una religión universal y, por tanto, no identificable con un Estado; presente en todos los Estados y distinta de cada uno de ellos. Para los cristianos ha sido siempre claro que la religión y la fe no están en la esfera política sino en otra esfera de la realidad humana... La política, el Estado no es una religión sino una realidad profana con una misión específica. Las dos realidades deben estar abiertas una a la otra» (*Entrevista concedida a los periodistas durante el vuelo rumbo a Francia, 12 de septiembre de 2008*).

Aun el mismo término «laicidad», derivado de la palabra «laico», tiene su primer origen en el ámbito eclesial. En efecto, «nació como una indicación de la condición del simple fiel cristiano, no perteneciente al clero ni al estado religioso» (Benedicto XVI, *Discurso a los participantes en el 56° Congreso nacional de la Unión de juristas católicos italianos, 9 de diciembre de 2006*). También

hoy en la Iglesia nosotros reconocemos esta bipartición fundamental creada por el sacramento del Orden entre los bautizados, por el cual los que lo han recibido son clérigos y los demás laicos; de estos dos estados provienen quienes profesan los tres consejos evangélicos en los institutos de vida consagrada (cf. *Código de derecho canónico*, c. 207).

El laico es, entonces, aquél «que no es clérigo»; aunque, obviamente, esto no agota el contenido de la vocación específica de esta categoría de bautizados. Esta es la primera acepción, que resulta totalmente intraeclesial, del término «laicidad».

También la segunda etapa de la evolución de su significado permanece en el ámbito interno de la Iglesia. En este nuevo significado el término no designa ya una categoría de fieles sino que describe el tipo de relación que se instaura entre las autoridades de la Iglesia y las civiles: en efecto, «durante la Edad Media revistió el significado de oposición entre los poderes civiles y las jerarquías eclesiásticas» (Benedicto XVI, *Discurso a los participantes en el 56° Congreso nacional de la Unión de juristas católicos italianos*, 9 de diciembre de 2006). Observemos, sin embargo, que en esta época hubo sí una confrontación y contraste entre estas dos autoridades, pero siempre dentro de una realidad social que se reconocía totalmente cristiana. «El “Regnum” (el sacro imperio), insertado en la “Ecclesia” [Iglesia], marcado por la sacralidad, ejercitaba un papel no sólo

de protección; la Iglesia, a su vez, estaba llamada a tareas también temporales y fuertemente insertada en las estructuras mismas del “Regnum”» (Juan Pablo II, *Homilía durante la visita pastoral a Salerno*, 26 de mayo de 1985, n. 3). Los soberanos, que reivindicaban una no sujeción al Papa, no por esto se consideraban fuera de la Iglesia; cuanto más, deseaban ejercer un rol de control y de organización de la misma Iglesia, pero no había ninguna voluntad de separarse de ella o su exclusión de la sociedad.

Es a partir de la Ilustración y luego de manera dramática durante la Revolución francesa cuando el término «laicidad» llega a designar su contrario: una completa alteridad; es más, una oposición neta entre el ámbito de la vida civil y el religioso y eclesial. Como hacía ver Benedicto XVI, «en los tiempos modernos ha tenido el significado de exclusión de la religión y de sus símbolos de la vida pública mediante su confinamiento al ámbito privado y de la conciencia individual» (*Discurso a los participantes en el 56° Congreso nacional de la Unión de juristas católicos italianos*, 9 de diciembre de 2006). Y observaba: «Así, ha sucedido que al término “laicidad” se le ha atribuido una acepción ideológica opuesta a la que tenía en su origen» (*ib.*).

Este breve esbozo sobre la evolución del término «laicidad» nos permite observar que cada uno de los significados asumidos en las etapas fundamentales de tal desarrollo no ha sido superado y

anulado por la etapa sucesiva: en efecto, «laicidad» todavía designa tanto la condición eclesial de los bautizados que no son clérigos ni religiosos, como la distinción entre la autoridad eclesial y la civil, y como el comportamiento que lleva a excluir la dimensión religiosa del conjunto de la vida social.

Además, podemos observar que estas tres diversas acepciones del término «laicidad» se encuentran estrechamente emparentadas e interdependientes, y ello aparecerá aún más claramente al final de nuestra exposición.

Pero sobre todo comprendemos que, aunque la laicidad es invocada hoy y utilizada no raras veces para obstaculizar la vida y la actividad de la Iglesia, en su realidad profunda y positiva no se hubiera ni siquiera dado sin el cristianismo. Es lo que ha sucedido también con otros valores que hoy son considerados típicos de la modernidad y frecuentemente invocados para criticar a la Iglesia o, en general, a la religión, como el respeto de la dignidad de la persona, el derecho a la libertad, la igualdad, etc., que son en gran parte fruto de la profunda influencia del Evangelio en las diversas culturas, aun cuando más tarde fueron separados y hasta contrapuestos a sus orígenes cristianos.

Laicidad y libertad religiosa

A esta primera consideración de carácter más bien histórico, quisiera agre-

gar una segunda, que nos coloca más en el presente. Me refiero al hecho de que en muchas legislaciones estatales se afirma que la laicidad es uno de sus principios fundamentales; obviamente, sobre todo en lo que se refiere a la relación del Estado con la dimensión religiosa del hombre.

Podemos preguntarnos si es totalmente aceptable un enfoque que coloca en primer lugar la laicidad y, a partir de él, plantea la actitud que el Estado debe asumir frente al credo religioso de sus ciudadanos. Al respecto, no se puede olvidar que de hecho, en nombre de esta concepción, algunas veces se toman decisiones o se emanan normas que objetivamente afectan al ejercicio personal y comunitario del derecho fundamental a la libertad religiosa.

Si partimos de un concepto adecuado del derecho a la libertad religiosa, que se funda en la inviolable dignidad de la persona, tenemos que decir que «la neutralidad, la laicidad o la separación no pueden ser los principios que definen de modo fundamental la posición del Estado frente a la religión» (J. T. Martín de Agar, *Libertà religiosa, uguaglianza e laicità*, en «*Ius Ecclesiae*», 1995, pp. 199-215). Principios como el de la laicidad, «tienen una valencia práctica puramente negativa, de no interferencia... del Estado en las opciones religiosas de los ciudadanos; la libertad religiosa, en cambio, aunque se exprese como incompetencia del Estado en estas opciones, le exige -además- una

actividad positiva a fin de defender, tutelar y promover con justicia los contenidos concretos, no de la religión sino de sus manifestaciones con relevancia social» (*ib.*).

La laicidad, la neutralidad o la separación son, entonces, por sí mismos insuficientes para definir de modo completo la actitud que el Estado debe tener en relación con el credo de sus ciudadanos. Más bien, los Estados «tienen que actuar como garantía de la libertad religiosa y si no se refieren a ella dejan de tener sentido o se transforman en manifestación de estatismo» (*ib.*).

Podemos notar que la falta de una subordinación lógica y ontológica de la laicidad respecto al pleno respeto de la libertad religiosa constituye para esta última una posible y también real amenaza. En efecto, «cuando se pretende subordinar la libertad religiosa a cualquier otro principio, la laicidad tiende a transformarse en laicismo, la neutralidad en agnosticismo y la separación en hostilidad» (*ib.*). En tal caso, paradójicamente el Estado pasa a ser un Estado confesional y ya no auténticamente laico, porque haría de la laicidad su valor supremo, la ideología determinante; justamente una especie de religión, hasta con sus ritos y liturgias civiles.

Para un Estado, el decirse laico no puede significar querer marginar o rechazar la dimensión religiosa o la presencia social de las confesiones re-

ligiosas. Al contrario, debería ser tarea del Estado reconocer el rol central de la libertad religiosa y promoverlo positivamente. Fue precisamente en Cuba donde Juan Pablo II confirmó que «el Estado, lejos de todo fanatismo o secularismo extremo, debe promover un clima social sereno y una legislación adecuada, que permita a toda persona y a toda confesión religiosa vivir libremente su propia fe, expresarla en los ámbitos de la vida pública y poder contar con los medios y espacios suficientes para ofrecer a la vida de la nación sus propias riquezas espirituales, morales y cívicas» (Juan Pablo II, *Homilía en la plaza José Martí de La Habana*, 25 de enero de 1998, n. 4).

Al respecto, ha de reafirmarse la concepción plena del derecho a la libertad religiosa. Ya que, respetarlo no significa simplemente no ejercer coacción o permitir la adhesión personal e interior a la fe. Retomando la enseñanza del concilio Vaticano II sobre la libertad religiosa, Su Santidad, Benedicto XVI ha recordado que el «cuidado de la comunidad civil en relación al bien de los ciudadanos no puede limitarse a algunas dimensiones de la persona, como la salud física, el bienestar económico, la formación intelectual o las relaciones sociales. El hombre se presenta frente al Estado también con su dimensión religiosa, que “consiste ante todo en actos internos voluntarios y libres, por los cuales el hombre se ordena directamente a Dios” (*Dignitatis humanae*, 3)» (*Discurso con ocasión de la visita al*

presidente de la República italiana, 20 de noviembre de 2006). Esto implica que el Estado principalmente no procure impedir este movimiento de la persona hacia su Creador: «Esos actos “no pueden ser mandados ni prohibidos” por la autoridad humana; la cual, por el contrario, tiene el deber de respetar y promover esta dimensión: como enseñó con autoridad el concilio Vaticano II a propósito del derecho a la libertad religiosa, nadie puede ser obligado “a actuar contra su conciencia” y no se le puede “impedir que actúe según su conciencia, sobre todo en materia religiosa”» (*ib.*). Si bien el respeto del acto personal de fe es fundamental, no agota la actitud del Estado en relación a la dimensión religiosa, porque ésta -como la persona humana- tiene necesidad de exteriorizarse en el mundo y de ser vivida no sólo personalmente, sino también comunitariamente. «Ahora bien, sería reductivo -continúa el Santo Padre- considerar suficientemente garantizado el derecho a la libertad religiosa cuando no se hace violencia, no se interviene sobre las convicciones personales o se limita a respetar la manifestación de la fe en el ámbito del lugar de culto. En efecto, no se debe olvidar que “la misma naturaleza social del hombre exige que este exprese externamente los actos internos de religión, que se comuniquen con otros en materia religiosa y que profese de modo comunitario su religión” (*ib.*). Así pues, la libertad religiosa no sólo es un derecho del individuo, sino también de la familia, de los grupos religiosos y de la Iglesia misma

(cf. *Dignitatis humanae*, 4-5. 13), y el ejercicio de este derecho influye en los múltiples ámbitos y situaciones donde el creyente se encuentra y actúa» (*ib.*). Se trata, entonces, de coordinar recíprocamente laicidad y libertad religiosa, tomando la primera como un medio importante pero no exhaustivo para respetar la segunda; la cual, a su vez, se debe asumir con todas sus dimensiones, sin reduccionismos que terminan traduciéndose en su negación.

Permítanme abrir brevemente un paréntesis. Un discurso análogo al de la laicidad en relación con el derecho a la libertad religiosa se podría hacer sobre la relación existente entre el principio de la igualdad y el de la libertad. No se puede en nombre de una igualdad teórica, que no percibe las diversas realidades, equiparar todas las situaciones jurídicas sin tener en cuenta sus diferencias de hecho. En efecto, «tratar... de igual modo relaciones jurídicas distintas es tan injusto como tratar de modo desigual relaciones jurídicas idénticas» (F. Ruffini, *Libertà religiosa e separazione tra Chiesa e Stato*, en *Scritti dedicati a G. Chiodini*, Turín 1975, p. 272). También sobre este aspecto, concierne el derecho a la libertad religiosa; justicia no es dar a todos lo mismo, sino lo que a cada uno le corresponde. Es contrario al principio de igualdad tanto discriminar o privilegiar como uniformar e impedir aquel pluralismo que de hecho existe entre las confesiones religiosas en sus manifestaciones vitales en la sociedad.

¿Qué requiere de los cristianos la laicidad?

Normalmente cuando se trata el tema de la laicidad, la atención se concentra en aquello que comporta para el Estado, sus autoridades, sus estructuras y normas. Sin embargo, no se debe olvidar que aquella que ya Pío XII definió como «legítima y sana laicidad» (*Alocución a la colonia de Las Marcas en Roma, 23 de marzo de 1958*) sirve a tutelar y a promover la libertad religiosa pero también interpela a los creyentes. Tratándose ésta de una Semana social, pienso que es oportuno detenerme un poco más ampliamente sobre este aspecto.

Legítima autonomía del Estado

Ante todo, el respeto del principio de laicidad exige a los católicos reconocer la justa autonomía de las realidades temporales, entre las cuales se encuentra la comunidad política. Se trata de una doctrina expuesta en la constitución pastoral *Gaudium et spes* del concilio Vaticano II y recordada por Benedicto XVI, por la cual «las realidades temporales se rigen según sus normas propias, pero sin excluir las referencias éticas que tienen su fundamento último en la religión. La autonomía de la esfera temporal no excluye una íntima armonía con las exigencias superiores y complejas que derivan de una visión integral del hombre y de su

destino eterno» (*Discurso con ocasión de la visita al presidente de la República italiana, 24 de junio de 2005*).

Una de las «normas propias» de esta realidad temporal que es el Estado es justamente la laicidad; que, sin embargo, siempre se debe comprender y practicar a la luz de una visión integral de la persona humana, de la cual brotan precisamente claras exigencias éticas.

De esto deriva que para los creyentes «la promoción según conciencia del bien común de la sociedad política -como lo afirma un documento de la Congregación para la doctrina de la fe sobre el compromiso y el comportamiento de los católicos en la vida política- nada tiene que ver con el “confesionalismo” o con la intolerancia religiosa» (*Nota doctrinal sobre algunas cuestiones relativas al compromiso y a la conducta de los católicos en la vida política, n. 6*). Estas dos últimas maneras de pensar y de actuar no sólo son incompatibles con la justa laicidad, sino que pueden llegar a ser una amenaza para la libertad religiosa. Al respecto, Juan Pablo II advirtió en el Mensaje para la Jornada mundial de la paz de 1991 que «identificar la ley religiosa con la civil puede efectivamente sofocar la libertad religiosa y, hasta limitar o negar otros derechos humanos inalienables». Podemos, entonces, decir de modo negativo que la laicidad requiere del creyente que evite cualquier tipo de confusión entre la esfera religiosa y la política.

Orden justo y purificación de la razón

Pero, como hemos dicho, el respeto de la autonomía de la realidad temporal «Estado», en la visión cristiana, no significa una autonomía ética, por la cual estaría desconectado e independiente de cualquier norma moral. La historia da testimonio, lamentablemente con abundantes ejemplos, de las consecuencias nefastas de formas de gobierno y de Estado que se han considerado superiores a las leyes y a los valores morales; es decir, que no han buscado la justicia, que es el respeto de los derechos y de cada uno. «Una atención inadecuada a la dimensión moral conduce a la deshumanización de la vida asociada y de las instituciones sociales y políticas, consolidando las “estructuras de pecado”» (*Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, n. 566).

Pero ¿dónde encuentra el Estado las instancias éticas a las cuales puede hacer referencia? Retomando la visión católica de las relaciones entre fe y razón, Su Santidad Benedicto XVI en la encíclica *Deus caritas est* afirma que la razón humana por sí misma puede reconocer las instancias morales de referencia. Pero aclara que si para realizar esta tarea la razón cuenta solamente con sus fuerzas le resultará sumamente difícil lograrlo: «La razón ha de purificarse constantemente, porque su ceguera ética, que deriva de la preponderancia del interés y del poder que la deslumbran, es un peligro que nunca se puede descartar to-

talmente» (n. 28). Consiguientemente, por un lado, en el terreno del uso recto de la razón los cristianos pueden encontrar amplias convergencias también con quienes pertenecen a otras religiones y con todos los hombres de buena voluntad a fin de comprometerse en favor de la dignidad de la persona humana. Por otro lado, la presencia de los cristianos en las cuestiones temporales mantiene alto el impulso de la sociedad en su búsqueda del auténtico bien común. Se coloca aquí, por ejemplo, la obra de formación que realiza la Iglesia sobre todo de los jóvenes.

Concretamente, esta purificación de la razón humana, que es el servicio que la Iglesia y sus miembros ofrecen a la sociedad, se da a través de la propuesta de su doctrina social. En efecto, «la doctrina social de la Iglesia argumenta desde la razón y el derecho natural; es decir, a partir de lo que es conforme a la naturaleza de todo ser humano» y «quiere servir a la formación de las conciencias en la política así como contribuir a que crezca la percepción de las verdaderas exigencias de la justicia y, al mismo tiempo, la disponibilidad para actuar conforme a ella, aun cuando esto estuviera en contraste con situaciones de intereses personales» (*ib.*).

Por lo tanto, las recurrentes acusaciones de injerencia que se esgrimen hoy son todo un pretexto cuando los pastores de la Iglesia recuerdan a los fieles y a todos los hombres de buena voluntad aquellos «valores y princi-

pios antropológicos y éticos radicados en la naturaleza del ser humano, reconocibles a través del recto uso de la razón», dice el Papa en el discurso ya citado del 20 de noviembre de 2006. Como recuerda el Santo Padre: «La Iglesia no puede ni debe emprender por cuenta propia la empresa política de realizar la sociedad más justa posible. No puede ni debe sustituir al Estado. Pero tampoco puede ni debe quedarse al margen en la lucha por la justicia. Debe insertarse en ella a través de la argumentación racional y debe despertar las fuerzas espirituales, sin las cuales la justicia, que siempre exige también renunciaciones, no puede afirmarse ni prosperar» (*Deus caritas est*, 28).

La misión de los laicos

En el Cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia, los diversos miembros tienen vocaciones y misiones distintas en la Iglesia y en la sociedad, y esto vale también en relación con la realización de cuanto la laicidad del Estado exige de los cristianos. De este modo, al Magisterio le compete un rol distinto de aquel que le corresponde a los laicos: mientras a los pastores de la Iglesia les toca iluminar las conciencias con la enseñanza, «el deber inmediato de actuar en favor de un orden justo en la sociedad» -como afirma Benedicto XVI en su encíclica sobre la caridad- «es propio de los fieles laicos», que lo realizan «cooperando con los demás ciudadanos» (n. 29).

Esto es una consecuencia de la especificidad de la vocación laical, que el concilio Vaticano II ha identificado en el «carácter secular»: «A los laicos pertenece por propia vocación buscar el reino de Dios tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales. Viven en el siglo, es decir, en todas y en cada una de las actividades y profesiones, así como en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social con las que su existencia está como entrelazada. Allí están llamados por Dios a cumplir su propio cometido, guiándose por el espíritu evangélico; de modo que, igual que la levadura, contribuyan desde dentro a la santificación del mundo y de este modo descubran a Cristo a los demás, brillando, ante todo, con el testimonio de su vida, fe, esperanza y caridad. A ellos, muy en especial, corresponde iluminar y organizar todos los asuntos temporales a los que están estrechamente vinculados, de tal manera que se realicen continuamente según el espíritu de Jesucristo y se desarrollen y sean para la gloria del Creador y del Redentor» (*Lumen gentium*, 31).

La misión de los laicos, entonces, es de compromiso, de testimonio, de diálogo, de animación dentro de la sociedad y de sus articulaciones, y en contacto con todos los demás ciudadanos. Lo recordaba Juan Pablo II a los jóvenes cubanos el 23 de enero de 1998, durante su memorable visita a esta isla: «No hay verdadero compromiso con la patria sin el cumplimiento de los propios deberes y obligacio-

nes en la familia, en la universidad, en la fábrica o en el campo, en el mundo de la cultura y el deporte, en los diversos ambientes donde la nación se hace realidad y la sociedad civil entreteje la progresiva creatividad de la persona humana. No puede haber compromiso con la fe sin una presencia activa y audaz en todos los ambientes de la sociedad en los que Cristo y la Iglesia se encarnan».

Se trata de una misión, la que aguarda a los fieles laicos, que requiere fundarse sobre una profunda vida espiritual y sobre una sólida formación doctrinal, especialmente en lo que se refiere a la doctrina social de la Iglesia, y no menos sobre la adquisición de las capacidades que el rol, la posición y la profesión exigen.

Conclusión

Con estas consideraciones sobre la vocación laical, hemos regresado a la primera y originaria acepción, del todo intraeclesial, del término «laico/laicidad», a la que he hecho referencia anteriormente. Me parece que ahora puede resultar más claro cómo este significado de «laicidad» se encuentra por sí mismo conectado con los otros

dos que ha asumido a lo largo de la bimilenaria historia de la Iglesia en su relación con la sociedad: laicidad del Estado, que, lejos de ser marginación de la dimensión religiosa y de la comunidad de los creyentes de la vida social en todos sus componentes (laicidad en el sentido de laicismo) pasa a ser respeto y colaboración entre la sociedad civil y la eclesial para el verdadero bien del hombre y de la familia humana (sana laicidad o laicidad positiva).

Hemos trazado así a grandes rasgos las líneas generales de la visión cristiana del tema de la laicidad del Estado. Como antes les decía, en la vida de toda comunidad estatal, estas líneas deben encontrar su correspondiente actuación en la historia, la cultura, la organización del país y, sobre todo, deben tener una concretización práctica y cotidiana.

No me queda, entonces, sino confiarles estas fragmentarias consideraciones más a la reflexión de esta Semana social que entra en el vivo de sus trabajos y a la cual le deseo que llegue a ofrecer impulsos positivos sobre cuestiones tan importantes -como las que se tratarán- para el compromiso de la Iglesia en Cuba.



CRÓNICA DIOCESANA

CRÓNICA DIOCESANA

JUNIO

- Día 2: Funeral por el Rvdo. D. Manuel Blanco Nóvoa en la iglesia parroquial de Santiago de Vilamarín.
- Día 11: Festival de Cáritas en la parroquia de Xunqueira de Espadañedo.
- Día 12: Clausura de curso del movimiento Equipos de Nuestra Señora en el colegio de la Divina Pastora, RR. MM. Franciscanas.
En la parroquia de santa Eufemia la Real del Norte - santo Domingo, se celebró la “Clausura del Itinerario Vocacional”, que con motivo del año Sacerdotal, los seminaristas del Seminario Mayor, han realizado por toda la Diócesis.
- Día 19: Ordenaciones presbiterales en la Capilla del Seminario Mayor del Divino Maestro. D. Luis Quinteiro Fiuza, Administrador Apostólico de Ourense, confirió las Sagradas Órdenes a los Diáconos D. Jonatán Pousada Álvarez, de Santo Domingo de Ribadavia, D. Néstor Álvarez Rodríguez, de Santa María de Vilar de Vacas y D. Miguel Alonso Pérez, de San Miguel de Rosende (Lugo).
Festival intercultural, organizado por la parroquia de San Pío X y la Asociación diocesana de Scouts.
- Día 28: Funeral de D. Berardo Sobrino Vila en la Iglesia parroquial de San Pío X.
- Días 28-30: Programación diocesana de Pastoral en el Santuario de los Milagros.
- Días 29-30: Cursillo de ingreso en el Seminario Menor.



DIÓCESIS
DE OVRENSE
